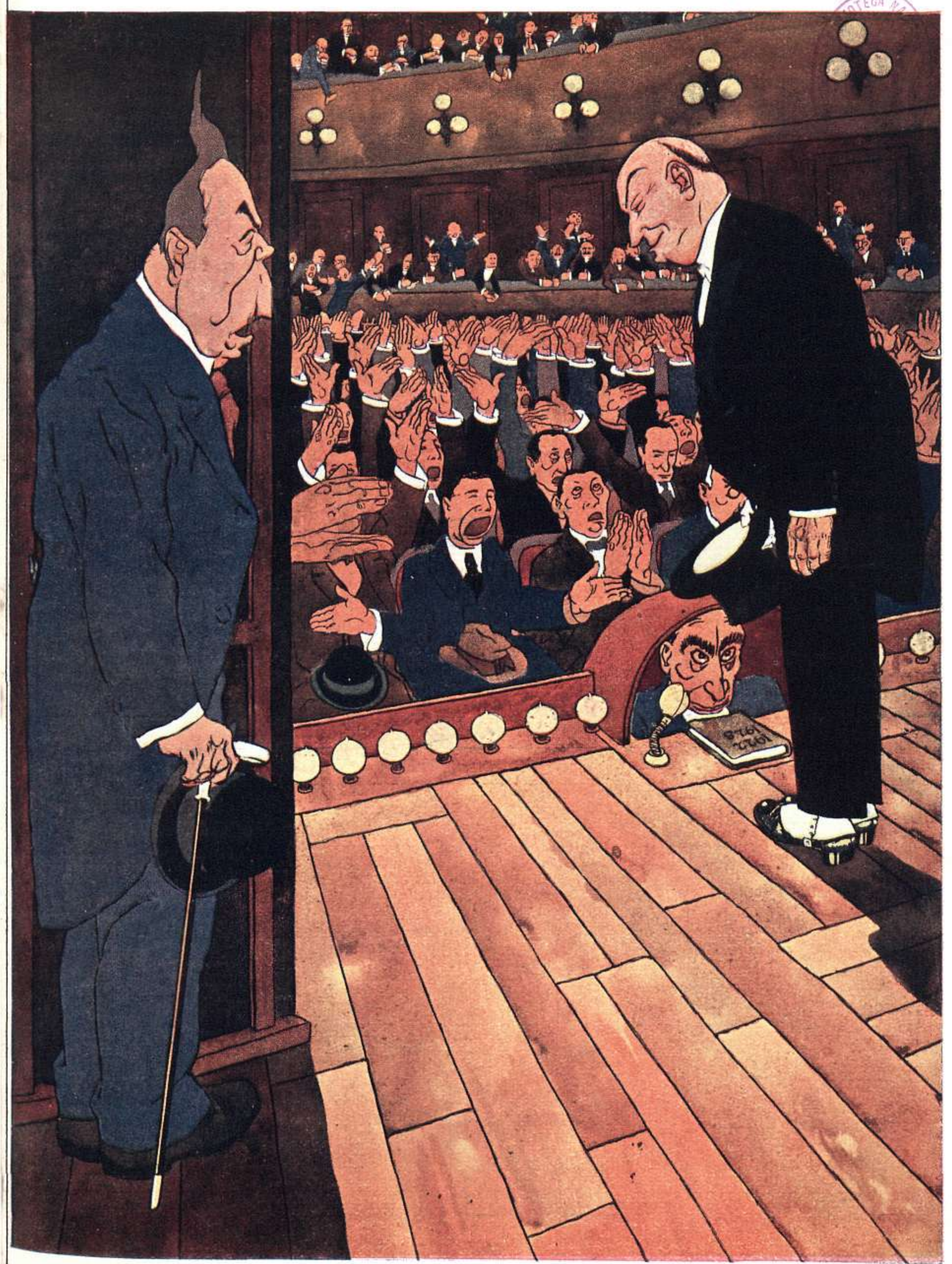
CARAS Y CARETAS



LAS AMARGURAS DE UN AUTOR DRAMÁTICO

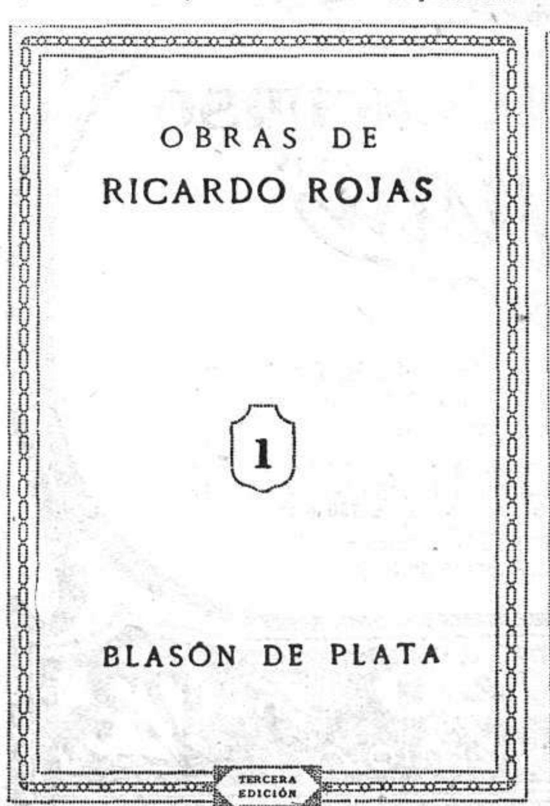
—¡Cómo aplauden mi obra! ¿Por qué no pedirán que salga el autor?

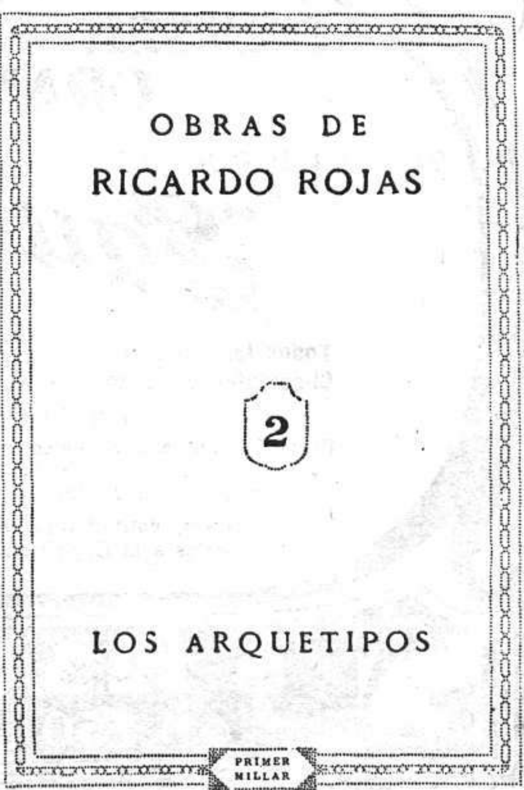
RICARDO ROJAS

LA PUBLICACION DE SUS OBRAS COMPLETAS



En Francia, el doctor Ricardo Rojas sería un *jeune maitre*, pues apenas ha vivido los años suficientes para que allá, como en los demás países de Europa en general, se empezase a poner alguna atención en su obra; pero entre nosotros el autor de *Blasón de plata* es un viejo maestro, no por la edad sino porque lleva ya la mitad de su vida, y tal vez algo más, enriqueciendo las letras nacionales con sus libros. El espacio nos faltaría si quisiéramos, con motivo de haberse iniciado la publicación de sus obras completas, reseñar siquiera de ligera la labor literaria del doctor Rojas. Su última obra, la *Historia de la literatura argentina*, bastaría por sí sola para haber asentado su fama en bases perdurables. Esa obra representa tal suma de contracción y trabajo, que a la verdad sorprende que el autor haya podido escribirla sin dejar de atender las demás ocupaciones de su laboriosa vida. Movido por el amor entrañable que a la patria le tiene, el doctor Rojas ha rastreado hasta escritores y obras que muchos reputarán insignificantes, pero cuyos nombres era necesario conservar como los de escritores y obras precursoras de nuestro florecimiento literario actual. Y sería grave error deducir de ese carácter de la *Historia de la literatura argentina*, que el autor no ha puesto en ella ningún sentido crítico; por el contrario, el doctor Rojas, que es un crítico ilustrado, penetrante y sobre todo de muy buen gusto, pone a cada cual en su lugar. Sólo quería que hubiera justicia para todos, y la discernió con una ecuanimidad que no es una de las menores causas del brillante éxito de su obra. Por lo demás, ese éxito del doctor Rojas no hizo sino confirmar muchos otros anteriores, porque puede decirse, sin temor de la tacha de exageración, que todos sus libros triunfaron con nacer, lo que no tiene sino una explicación: que son buenos y aparecieron en su hora. Patriota ferviente, como ya se apuntó, el doctor Rojas nunca ha circunscrito su patriotismo ni al tiempo ni al espacio, ni siquiera en el campo de las ideas. Su argentinidad — para emplear el vocablo que puso como título a uno de sus más interesantes libros — arranca sus raíces de los tiempos que bien podríamos llamar prehistóricos del país, y abarca hasta la última mota de tierra argentina. Las divisiones geográficas de la república, así como las divisiones políticas, no son para él sino señales visibles de una unidad profunda, tan fatal que aun cuando parece disolverse se disuelve en sí misma, para renacer más variada, pero más sólida. Entendido así — y así debe entenderse — el patriotismo concluye por resolverse en lo que se llama nacionalismo; mas no un nacionalismo egoísta, estrecho y agresivo, sino un nacionalismo atrayente, amplio y cordial, que no exige sino el respeto del espíritu nacional en todas sus expresiones. El estudio de la historia patria atrajo al doctor Rojas desde joven, y al estudiarla vió espectáculos y hombres que no hicieron sino coonfirmar sus ideas, que nunca tuvieron el antipático carácter de prejuicios. Insistimos en este punto, porque nos parece ser como el *alma mater* de toda la obra del doctor Rojas como historiador, como literato, como poeta, como maestro — egregio en cada una de esas manifestaciones de su espíritu, de su hermoso talento, tan argentinos uno y otro.





Olimpíadas del Brasil





Anverso. Reverso.

Artístico premio que el Concejo Deliberante de Buenos Aires destina a las olimpiadas latinoamericanas. Ejemplar único de plata debido al inspirado cincel del señor Juan Carlos Oliva Navarro.

De "Gaspar de la Noche".

CHEVREMORTE

No es aquí donde se respira el musgo de las encinas y los brotes del álamo; no es aquí donde las brisas y las aguas murmuran juntas de amor.

Ninguna fragancia por la mañana después de la lluvia, ni al atardecer durante las horas del rocío; nada para encantar los oídos, más que el grito de algún pajarillo, que busca una brizna de yerba.

¡Desierto que no oye ya la voz de San Juan Bautista! ¡Desierto que que no habitan ya ni los ermitaños ni las palomas!

Así mi alma es una soledad, donde yo, al borde del abismo, con una mano agarrada a la vida y otra a la muerte, lanzo un sollozo desconsolado.

El poeta es como el alhelí, que se agarra débil y odorífero al granito, y que se contenta con menos tierra que sol.

Pero ¡ay!, yo no tengo ya sol, desde que se cerraron aquellos ojos tan encantadores que caldeaban mi genio.

Luis Bertrand.



Déjese guiar por la experiencia de los años.

Recuerde que cuando un producto está consagrado por varias generaciones en en el mundo entero, que cuando su fama y sus altas condiciones se han esparcido por todos los países, debe haber para ello una razón muy poderosa.

IPERBIOTINA

MALESCI

está garantida por la consagración universal, en todo lo que se refiere a curar enfermedades nerviosas y de la sangre. Déjese guiar por la experiencia de los otros.

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: M. C. de MONACO VIAMONTE, 871 BUENOS AIRES



INEXISTENTE

— El sueve murmullo
de pronto ensordece. ¡Qué horrible barullo!
¡Qué ruido espantoso!
Hoy tienes, Marcelo, motivos de orgullo.
¡Marcelo dichoso!
Hoy eres un hombre
que debe, a la fuerza, vivir satisfecho;
hoy gritan tu nombre
los viejos, los mozos, los niños de pecho.
Al verte, la turba te aclama en seguida.
la turba te adora;
elogia tu vida,
tu vida pasada, tus dichas de ahora;
las hojas que narran tu bien conocida
carrera admirable, la gente devora,
¡y a mí se me olvida!
¡y a mí se me ignora!
No hay tanta distancia
entre ambos, Marcelo. No creas que envidio
tus triunfos sonoros. Al fin, un Elpidio
yo creo que es hombre de cierta importancia.
Sin necia jactancia
bien puedo afirmarlo. Así es que protesto
con tono modesto,
pues nadie me cita
ni nadie me nombra
y, en tanto que el pueblo te aclama (maldita
la gracia que me hace), yo soy una sombra.
Y el serlo me aplasta. Y el serlo me abruma
Algunos preguntan, curiosos: — ¿En dónde
se mete ese vice? ¿Por qué ese recelo?
Elpidio se aparta. Elpidio se esconde.
Elpidio se esfuma.
Elpidio desea que brille Marcelo.
Persona apocada,
anhela, olvidada,
vivir a su modo.
El uno lo es todo
y Elpidio no es nada.
Saber lo que dicen ¡me causa un disgusto!
Tú el sol que deslumbra
y yo la penumbra.
No es justo. No es justo.
A veces, con pena, murmuro:
— Dios mío.
¿seré tan inepto?
¿Seré un paradigma o un símbolo frío?
¿o un vago concepto?
¿o un nombre vacío?
Por eso no paso.
A mí, ni por chamba,
me aplaude ninguno. ¿Qué ocurre ¡caramba!
que no me hacen caso?
No pasa un minuto
sin que alguien no diga: «¡Marcelo admirable!
¡Marcelo adorable!»
La gloria acaparas de un modo absoluto,
de un modo, Marcelo, que no es razonable.
Evita, clemente,
que yo eternamente
me vea en el trance que nadie se ha visto.
¿Soy alguien? ¿Soy algo? Lo dudo bastante.
¿Existo? ¿No existo?

DIBUJOS DE MACAYA.



Ahí está su mal

ESE cosquilleo insoportable de la garganta que le obliga a Vd. a toser, y que aparece en el momento en que el resfrío baja de la cabeza al pecho; ese cosquilleo tan fastidioso sobre todo de noche cuando uno está acostado, se quita fácilmente

Aquí el remedio

LAS Pastillas Iodeina Montagu quitan ese cosquilleo en un momento. Una pastilla en la boca es suficiente.

Amás de ser medicamento enérgico, las Pastillas Iodeina Montagu son muy agradables y deben ser usadas en los casos de tos, bronquitis, asma, enfisema y todas las afecciones del aparato respiratorio.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires



De Avellaneda



Núcleo de amigos del coronel Bortagaray que concurrieron al almuerzo ofrecido a éste en la isla Maciel. Asistieron los diputados Alonso, Anastasi y Tomazewsky y distinguidas personalidades.

De "Gaspar de la Noche".

EL ALERTA

La posada — un pavo real sobre su techo — iluminaba sus cristales con el incendio lejano del sol poniente y el sendero serpenteaba luminoso en la montaña.

***

—¡Chist...! ¿No habéis oído nada vosotros? —preguntó uno de la cuadrilla pegando su oreja a la rendija de la ventana.

— Es mi mula — respondió un arriero, — que ha soltado un cuesco en la cuadra.

— ¡Cobarde! — exclamó el bandido. — ¿Es que yo armo esta carabina porque tu mula suelte un cuesco? ¡Alerta! ¡Alerta! ¡Una trompeta! ¡Que vienen los dragones amarillos!

Y de pronto, a los choques de las vasijas, a los punteos de la guitarra, a la risa de las criadas y a la batahola de la multitud sucedió un silencio, durante el cual hubiera podido oírse el bordoneo del vuelo de una mosca,

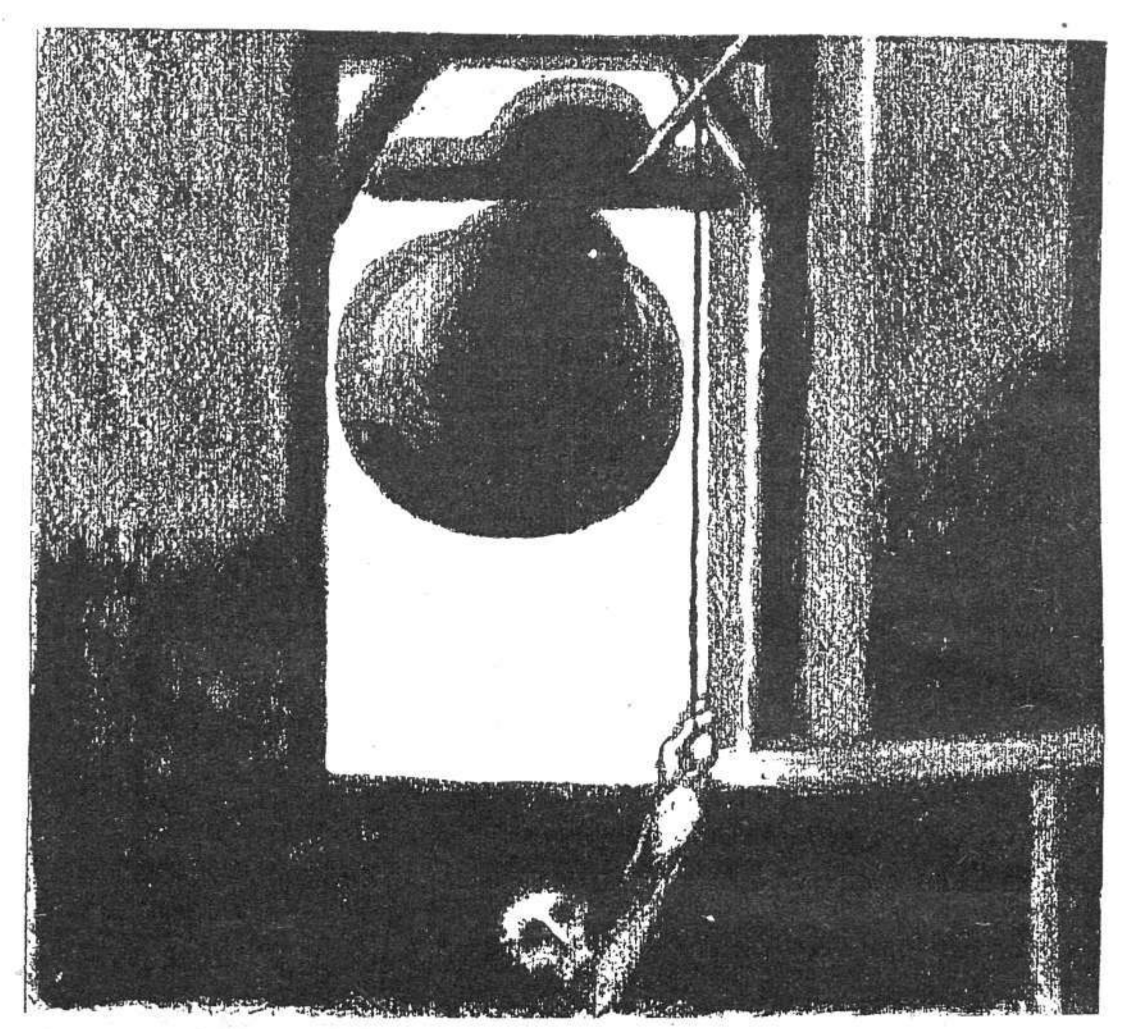
Pero no era más que el cuerno de un vaquero. Los arrieros, antes de embridar sus mulas para poner tierra de por medio, acabaron su bota de vino, ya medio bebida; y los bandoleros, que hacían vanamente carantoñas a las gruesas maritornes de la negra posada, treparon a los camaranchones bostezando de aburrimiento, de cansancio y de sueño.

Luis Bertrand.

Doble valor tendrá el beneficio que otorgues sin que te lo hayan pedido.

Séneca.


Sociedad Anónima Argentina
A. DE MICHELI & Cía
Bdo. de Irigoyen esq. Rivadavia. Buenos Aires
SUC. EN MAR DEL PLATA SAN MARTIN 2573
Nuestro flamante surtido de mercaderías de moda y calidad lo ofrecemos a
PRECIOS MUY REDUCIDOS
SOMBREROS Orión, ala semiplana, color gris natural, cinta negra, azul, marrón o gris, muy elegante.......... $ 14.50
SOMBRERO Orión, ala semiplana, de fieltro mixto en varios tonos........ $ 12.50
GORRAS estilo inglés, gran variedad de gustos, a $ 7.—, 6.50, 5.75, 5.50, 4.75, 3.50 y.......................... $ 2.95
CORBATAS de seda, gustos rayados de moda.......................... $ 0.75
CAMISAS de franeleta inglesa, de excelente resultado, en colores fantasía, con o sin cuello...................... $ 3.95
CALZONCILLOS franeleta de la misma clase.......................... $ 3.20
CAMISAS de zephir, con cuello postizo, muy buena clase y de gustos modernos, a $ 8.75, 7.75 y $ 5.50
CAMISAS con pechera y puños de seda blanca, muy buena calidad........ $ 7.25
CAMISETAS lana, marca «Wolsey», al precio excepcional de.............. $ 8.50
CAMISETAS algodón, blancas, con frisa, calidad superior.............. $ 3.50
CAMISETAS de lana, para niños, a pesos 3.— y...................... $ 2.70
CAMISETAS blancas, mangas cortas, lana merino.......................... $ 6.25
MEDIAS de seda, negras, el par a pesos.......................... 2.—
MEDIAS de algodón, colores surtidos, el par a $ 1.10, 0.55 y.............. $ 0.40
FRAZADAS para 1 plaza, artículo de pura lana, precio excepcional....... $ 8.20
BOTIN ANCA DE POTRO, en color, doble suela, caña fantasía y cuero...... $ 24.50
CONFECCIONES PARA HOMBRES
ELEGANTE TRAJE saco derecho, corte de moda, en ricos gustos ingleses, color gris o marrón, a.......................... $ 42.—
SOBRETODO cruzado, perfectamente confeccionado con géneros de colores gris obscuro o marrón, forros de lana.................. $ 35.—
PERRAMUS, confección especial de la casa, excelente calidad.......................... $ 69.—
AMBO: cazadora y breeche de corderoy, bien confeccionado.......................... $ 38.50
IMPERMEABLE, muy buena calidad, a pesos.......................... 39.50
CONFECCIONES PARA NIÑOS
TRAJECITOS en cheviot azul o sarga en colores, forma marinera, con cuello y puños azules. Para 2 a 5 años.......................... $ 8.50
TRAJE CAZADORA en corderoy, colores marrón o verde, confección muy esmerada. Años 11 a 14, pesos 15.— y 7 a 10, $ 12.50
HORARIO DE VENTAS: de 8.30 a 20 horas.
LOS SABADOS: de 8.30 a 12.30
SOBRETODO casimir con cinturón, variedad en colores, corte muy elegante. Años 11 a 14, pesos 18.50, y 7 a 10, $ 16.—
CREDITOS
A PAGAR EN 10 MESES



E L   C A M P A N E R O

Obscuro, muy obscuro estaba el campanario, y los peldaños de la vieja escalera crujían tristemente bajo los pies del viejo campanero.

El pobre don Bruno tenía miedo y no sabía de qué. Corría ávidamente sobre los escalones hasta llegar a lo alto de la torre, donde estaban las cuerdas de las campanas.

Nunca, cuando iba a tocar a ánimas, se había sentido más conmovido, y el candelero de metal amarillo que llevaba en una de sus manos se estremecía y hacía saltar el sebo derretido por la llama.

Por fin llegó; pero llegó como asfixiado, y antes de tomar las cuerdas para doblar, tuvo necesidad de respirar aire puro, y se asomó a la ventana de la torre.

La noche estaba obscura, pero serena; la multitud de estrellas titilaban a lo lejos; don Bruno pensó que le amenazaban y bajó la cabeza. En la plaza del pueblo, entre las plantas y las flores, bullían las luciérnagas; las miró y retiró la vista horrorizado.

¡Las luciérnagas, al hervir, trazaban con letras de fuego el nombre de su hija!... El pobre campanero, casi desfallecido, tomó las cuerdas y empezó a tocar las campanas nerviosamente, de modo que sus sonidos parecían más bien repiques que tañidos por los muertos.

II

La noche siguiente no quería subir al campanario; iba a decírselo al cura, pero tuvo vergüenza, y cuando llegó la hora volvió a correr de nuevo por los desvencijados escalones, entre los crujidos de la madera y los chisporroteos de la vela de sebo que le alumbraba el camino.

Cada ruido de aquéllos le parecía una voz que le llamaba; cada vez que miraba su proyección en las paredes temblaba de pavura: ¡su propia sombra era un fantasma para el pobre viejo!

Cuando llegó a lo alto de la torre, aunque se ahogaba, guardóse muy bien de sacar por el hueco de la ventana, para respirar un poco de aire fresco, su cabeza encanecida.

Las lechuzas que anidaban en el campanario chirriaban revoloteando en torno de él... Tomó las cuerdas y empezó a doblar. Poco a poco los sonidos se aceleraron y las campanas parecían epilépticas... ¡Ah! Era que había visto allí, sobre la vela de sebo que había colocado en el suelo, flotar, sin quemarse, una sombra que poco a poco fué tomando los perdidos contornos de su hija, de su hija muerta porque él no la dejó casar con Carlos, el hijo de la tía Francisca, que vivía a la vuelta de la escuela.

El infeliz no comprendía que aquel fantasma no era más que el humo negro de la candela agitada por el viento... Soltó las cuerdas, y a obscuras, tropezando con las paredes y la reja de la escalera, saltó de dos en dos los peldaños hasta llegar a la puerta del campanario; allí, desencajado, lívido, rompiendo con ímpetu el cuello de su camisa para respirar, cayó desfallecido, mientras la vela humeaba en lo alto de la torre y chirriaban revoloteando las lechuzas.

III

Cuando murió la hija de don Bruno, Carlos se enloqueció; sin embargo, su demencia asumió un carácter tranquilo y curioso. El mismo día entró de operario en la cajonería fúnebre del pueblo y con sus manos construyó el féretro de su novia. Desde entonces fué el mejor obrero de la casa. Todo el día lo pasaba construyendo ataúdes; riéndose a veces, llorando otras y cantando muchas.

Una de sus canciones predilectas, decía:

Con un tronco de cipré
Yo mismo hice el cajón,
Cuando las tablas clavé
Dejé en él mi corazón.

Y el estribillo:

Martillo de cajonero,
Dale, pega, dale, pega;
El que se muere primero
Más veloz al cielo llega.

Y luego volvía la canción:

Cuando en él inanimada
Pusieron a mi terneza,
Mi corazón de almohada
Sirvió a su rubia cabeza.

Yo la quise y me quería,
Era linda y era buena,
No quisieron fuese mía
Y la asesinó la pena.

Lejos, lejos, en la fosa
Está durmiendo mi amor;
Mientras ella allí reposa
Yo me muero de dolor.

Martillo de cajonero,
Dale, pega, dale, pega;
El que se muere primero
Más veloz al cielo llega.

La cantaba con una voz tan triste, tan triste, que el patrón y los demás compañeros de trabajo se sentían impresionados por el pobre loco, que, impasible, seguía cantando o reventaba en carcajadas estridentes.

IV

—Don Bruno—dijo el cura a la mañana siguiente al campanero,—¿qué modo extraño ha sacado usted para doblar?

Confuso por la pregunta, no encontró respuesta plausible, y permaneció callado.

Pero cuando se halló con el monaguillo, como éste no le inspiraba tanto respeto como el párroco, le confió la causa de sus desaliñados dobles.

El monaguillo se lo contó a una vieja, que se lo contó a una vecina, que, a su vez, se lo refirió a la maestra de escuela, quien lo divulgó por el pueblo, tanto, que llegó por fin a oídos del pobre demente que hacía cajones cantando y riendo.

V

—¡Ah, tiene miedo! — se dijo entre sí Carlos cuando supo lo acaecido al campanero; —¡tiene miedo! ¡Yo lo compondré!

Y en su revuelta cabeza empezó a brotar una siniestra idea de venganza... ¡Oh!, porque él le aborrecía, sobre todo cuando se acordaba de su muerta tan querida, de aquella pobre niña que murió de amor y de pena. ¡El viejo la pagaría!

Y golpeaba con su martillo los clavos dorados de un ataúd. ¡Cuántas veces construyéndolos veía en sus huecos la sombra de su Irene!... ¡No la olvidaba nunca, y siempre se acordaba de aquel baile campestre donde le habló por vez primera, a la sombra de los viejos sauces!

Y sobre todo no podía borrar de su mente la última despedida, cuando ella, moribunda ya, quiso verle ¡el viejo tuvo que ceder esta vez! ¡Ah! ¡Pero ella apenas tuvo tiempo para mirarle con sus apagados ojos negros, y su mano débil y húmeda pretendió estrechar la de él, pero no tuvo fuerzas!

¿Y cuando murió?... ¡Ay, entonces su cráneo experimentó una rara sensación; un desorientamiento de la vida, un vacío del mundo inexplicables y terribles! Desde entonces le llamaban loco; pero no lo estaba, y las pruebas de que no lo estaba, eran que recordaba toda su vida y que se iba a vengar del viejo Bruno.

VI

Cuando cayó la noche, Carlos, sin que le viera nadie, sacó un ataúd, y con él sobre los hombros salió riéndose del taller...

La hora del toque de ánimas se aproximaba. Don Bruno, de quien todos en el pueblo se habían reído a causa de sus temores, volvió a subir los viejos peldaños tembloroso.

La vela le asfixiaba con su humareda y casi no veía...

Los pajarracos nocturnos lanzaban lúgubres gritos. ¡Oh, qué atroz es tener un peso en la conciencia!

Don Bruno ya había tomado una de las cuerdas, cuando de pronto tropezó con algo desconocido para él; el candelero de metal cayósele de la mano, apagando su lumbre en la caída, mientras don Bruno rodaba por tierra.

No era por tierra... ¡no! Su mano pretende saber dónde ha caído... ¡Horror! ¡Es un féretro aquello, el féretro de su hija!

Su espanto no tiene límites; desesperado, con las manos crispadas empieza a tirar la cuerda de la campana, que suena de un modo descompasado.

Cuando el cura y el monaguillo llegaron con luces a la torre, la campana hacía rato que había dejado de sonar.

Un espectáculo extraño se mostró a sus ojos.

Don Bruno, con un pedazo de la cuerda de la campana entre las manos, lívido y sin sentido, yacía atravesado sobre un ataúd.

Le socorrieron; pero apenas volvió en sí: ¡Me muero! — dijo; y luego dirigiéndose al cura:

—¡Confesión!

Los monaguillos se retiraron, y el sacerdote se acercó al pecador.

VII

Al otro día, cuando enterraron a don Bruno, Carlos, loco completamente, seguía el cortejo riéndose y llorando... De cuando en cuando cantaba:

Con un tronco de cipré
Yo mismo hice su cajón...
Cuando sus tablas clavé,
¡No puse mi corazón!

RAFAEL FRAGUEIRO

DIBUJO DE SIRIO

De San Fernando



Comisión de fiestas reunida para formar el programa de las fiestas que la colectividad italiana prepara en ocasión de la histórica fecha del 20 de Septiembre.

Comisión directiva de la sociedad italiana "Unione e Benevolenza", presidida por el señor Pascual Gallo, dirigiendo los trabajos de la tradicional rifa social que se celebrará el 20 de Septiembre.

MALTA URANO
IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.

Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

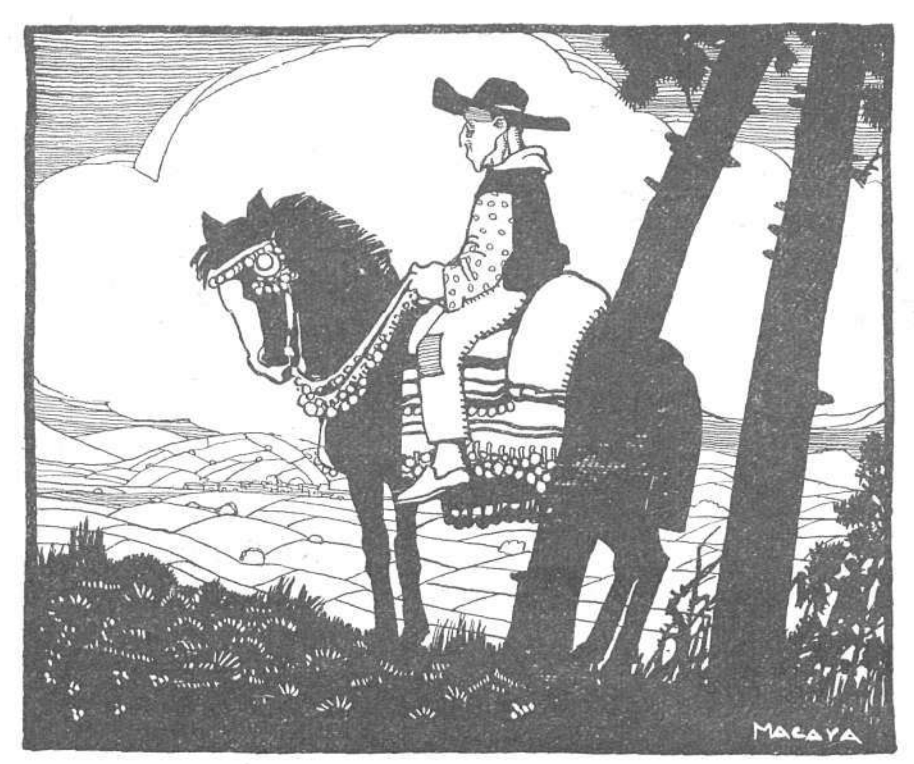
Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársele más barato que los otros, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

Satisface las exigencias de las autoridades y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores:

ESCALADA & Co.
1170-BARTOLOMÉ MITRE-1174
TELÉFONOS: Unión Telef., Rivadavia, 1990 / Coop. Telef., Central, 133





EL NIDO DE GORRIONES

Ancho, huesoso, atlético, con los hombros robustos, las piernas fuertes y el cuerpo encorvado por la edad, era el tío Roque un campesino aragonés que llevaba con energía sus setenta y cinco años y la administración de sus fincas y propiedades, calculadas por los inteligentes del contorno en ciento cincuenta mil duros; un capital, diariamente vigilado por su dueño, que recorría sus tierras sobre un caballejo de mala muerte para inspeccionar y dirigir la siega en agosto, la vendimia en septiembre, la siembra en invierno, el esquileo del ganado en primavera, la recolección de frutos en otoño, las múltiples faenas de la agricultura en todo tiempo, sin cuidarse del calor, ni del frío, ni del aire, ni de la lluvia; atravesando una atmósfera de fuego cuando el sol abrasaba los campos, y una sábana de hielo cuando la nieve, cayendo de las nubes, se extendía en forma de mancha monótona desde los más hondos repliegues del valle hasta los más altos picachos de la sierra.

Porque el tío Roque no quería dejar nada a la inspección ajena; la más insignificante semilla pasaba por entre sus dedos antes de caer sobre la tierra, aquella tierra suya, completamente suya, a la que quería y amaba con ternura de abuelo y codicia de amante celoso; tierra de la que no se había separado nunca y de la que parecía hijo; mejor que hijo, producto. A tal extremo se había compenetrado con ella, que era, por su aspecto, parte integrante de ella misma.

Su cuerpo achaparrado, duro, lleno de ángulos y nudosidades, asemejábale a una encina añosa, dotada, por un capricho de la Naturaleza, de la facultad de trasladarse; su rostro, curtido por la intemperie, era del color de la tierra labrada; no parecía sino que un solo arado había hecho los surcos de la una y las arrugas del otro; como crece entre los surcos la cizaña, desigual, revuelta y salpicándolos a trechos, crecía la barba en la cara rugosa del viejo labrador; hasta su cabeza puntiaguda, coronada de cabellos blancos, recordaba los picos inaccesibles que se erguían sobre la montaña, cubierta de nieves perpetuas. El tío Roque era un pedazo del terruño; las raíces de su vida arrancaban de él.

Ni su dinero, ni sus hijos (cuatro hombretones ya casados), ni sus años, ni sus fatigas fueron bastante a inducirle al reposo, a la existencia cómoda, al vivir quieto de un anciano pudiente... Quebrantábase su salud con el rudo trabajo a que venía entregado desde el amanecer; algunas noches de invierno una tos seca desgarraba su pecho; no pocos días de verano sintió un ahogo, un principio de asfixia, que le hizo detenerse y buscar apoyo en el tronco de un árbol; aconsejóle el médico, multitud de veces, que descansase, que renunciara a la labor diaria; pero el tío Roque se encogía de hombros, se burlaba de consejos y de dolencias, y al romper la aurora se bebía un vaso de aguardiente, ensillaba su caballejo, y al campo, a inspeccionarlo todo, a que trabajasen los braceros, a que produjese la tierra, a que no estropeasen a su querida, la única hembra que había sabido pagarle con usura sus desvelos y su constancia.

¡El reposo! ¡Entregar a manos ajenas el cuidado y conservación de lo suyo! ¡Valiente locura!... ¡No ver sus tierras sino a ratos, y como un paseante más! ¡Como si aquello fuera posible!... ¡Como si él, acostumbrado a trabajar sus terrenos y a dirigirlo todo, pudiera resignarse a vivir inactivo, a convertirse en espectador, a no ver cómo, en las mañanas frías del invierno, desflora la reja del arado la tierra húmeda y palpitante, para que la mano del sembrador arroje en su seno la simiente fecundadora; a no contemplar bajo los rayos abrasadores del sol de agosto cómo el trillo desgrana la requemada espiga y la horquilla la recoge y la pala la aventa para que el trigo caiga convertido en granizo de oro sobre el ancho montón que cubre la era y se eleva en forma de pirámide; quedarse en casa, bajo la sombra perezosa del emparrado, cuando la hoz arranca de la cepa el lozano racimo y el carro lo traslada al lagar y los mozos lo pisotean entonando canciones, hasta que, convertido en mosto, lo recogen las cubas y fermenta en ellas y de ellas sale transformado en chorro rojizo que humedece los labios y calienta la sangre; no tomar parte en la recolección de los frutos, en el esquileo de sus ovejas, en la labor harinera de sus molinos, en la confección y refinamiento de su aceite!... ¿Era eso lo que querían de él? Pues que no lo esperaran. El haría siempre lo mismo: recorriéndolo todo, visitándolo todo, vigilándolo todo.

A caballo, mientras pudiera tenerse firme en la silla; en un carro, si no podía andar. ¡Aunque fuese a arrastras!

¿Quién iba a hacerlo si no lo hacía él? ¿Sus hijos? Tenían que cuidar lo de sus mujeres ¿Un encargado? Como si dijéramos, un ladrón, un tramposo, que no podía querer más que su provecho. Y él solo, quieto, dejándose robar en sus propias narices. ¡Que no!... ¡En seguida!... ¡Apartarse de sus terrones, no saludarlos a todas horas! ¡Cómo iba a intentarlo, si los quería tanto; si en verano, al irse a acostar, dejaba la ventana abierta para recoger todos los rumores de la noche, y no cerraba en tiempo alguno las maderas para no desperdiciar ningún rayo de sol, ninguno; ni siquiera el que se bosqueja en el horizonte al amanecer, sin alumbrar casi, como el parpadeo de unos ojos que se despiertan!

El que quisiera verle furioso, no tenía más que hablarle de ello.

Muchas veces le habían propuesto sus hijos, cada uno de por sí y prescindiendo de los otros, irse a vivir con él, ayudarle. Pero el tío Roque se negó siempre. Si hubiesen estado solteros, bueno; con la recua de la mujer y de los chicos, no; el casado casa quiere. Sabía que de favorecer a uno se hubieran enfadado los demás, y bastante se odiaban al pensar en las eventualidades de la herencia futura, para que añadiese él leña al fuego. Ni un hijo ni un administrador. El uno y el otro le habían de robar. El solo se bastaba para su negocio.

Así pasaron años, y el tío Roque se fué poniendo achacoso y débil: ya no podía montar a caballo; apoyado en un bastón de nudos, recorría sus propiedades y presenciaba las faenas del campo con toda la energía de su espíritu, empeñado en sostener y pasear aquel cuerpo, que se tambaleaba sobre la tumba. Pero como sus dolencias le hacían quedarse en casa muchos días; como no lograba inspeccionarlo todo, ni los mozos iban tan derechos, ni las cosechas producían tanto como antes; como esto era verdad y lo era también que el tío Roque estaba muy enfermo y el trabajo acababa con él, y su salud tenía necesidad — en opinión de los médicos — de absoluto descanso, resolvieron sus hijos obligarle a cambiar de vida, y fueron a verle una noche y hablaron con él, sentándose en torno del sillón donde su padre descansaba y oía sus proposiciones, contrayendo su boca sin dientes y fijando en ellos sus ojos astutos de campesino.

El hijo mayor fué el encargado de decírselo, y se lo dijo claro, con rudeza no desprovista de cariño y de lealtad.

— ¡Padre, usted está inútil!... ¡La vida que lleva no le sienta bien! Es preciso que descanse usted y que arregle la manera de encargar a otro sus negocios.

— ¡A otro! Y, ¿a quién? — repuso el viejo. — ¿A un extraño?

— Eso de ningún modo — contestaron los hijos a coro.

— Entonces, ¿a quién? ¿A uno de vosotros? ¿Queréis vosotros tres que se encargue Antonio de las fincas?

Los preguntados arrojaron sobre el presunto favorecido una mirada de rencor y desconfianza. ¡Encargarse Antonio de todo! Para aprovecharse de ello; para quedarse con lo mejor. De ninguna manera. Preferirían a un cualquiera.

Leíase esto con tanta claridad en sus ojos, en las frases irónicas y sutiles con que respondieron a la pregunta de su padre, que el viejo les dijo, sonriendo con su sonrisa entre burlona y triste:

— Ya veo que eso no os conviene. Lo presumía. No os niego tampoco que estoy malo y que el cultivo de las tierras no anda tan bien como años atrás. ¡Qué remedio!... Tendremos paciencia. Yo haré lo que me sea posible.

— No, padre. Usted necesita descansar. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

— Pues vosotros diréis cómo se arregla.

— Mire usted, como medio, hay uno.

— ¿Cuál?

— Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros a su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos cada uno de su parte, como usted mismo, y usted descansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desee, porque todos le queremos bien, y nos desviviremos por complacerle.

— Vamos — dijo el tío Roque con voz nerviosa, — queréis heredarme en vida.

— ¿*Nosotros?*...

— Sí, no me enfado; es natural que penséis en ello; pero oídme:

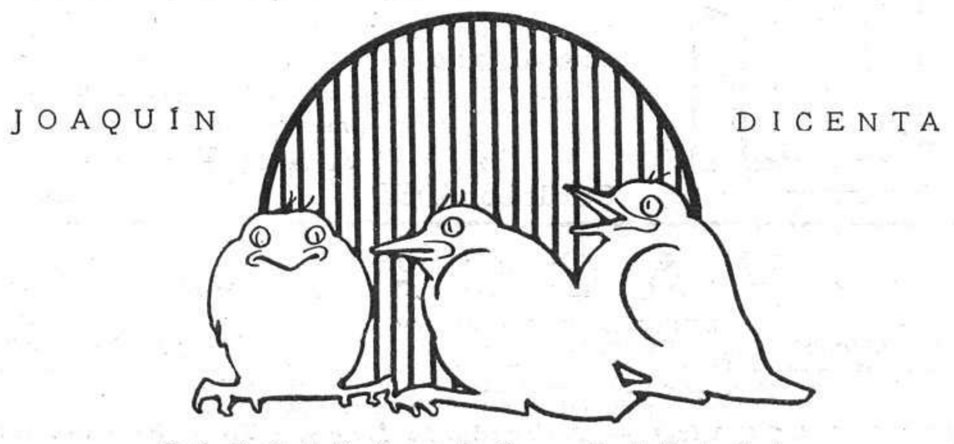
«Cuando vosotros erais muy pequeños cogí yo en el alero de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé a casa; los puse en una jaula y la dejé encima de la ventana. Los padres, que habían venido detrás de los gorriones, empezaron a dar vueltas en rededor de aquella cárcel y a piar dolorosamente. Por fin uno de ellos se echó a volar, volvió a poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer a una de las crías, y mientras él practicaba la operación se fué el otro gorrión y volvió también... cargado de trigo... En fin, que los dos padres mantuvieron a los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado.

«Crecieron las crías, y echaron alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándolos; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros a los padres y di libertad a los hijos. A los padres los encerré. ¿Y sabéis vosotros lo que pasó? — dijo el tío Roque con acento burlón y duro. — Que los padres se murieron de hambre; porque ninguno de los hijos se ocupó de darles de comer.»

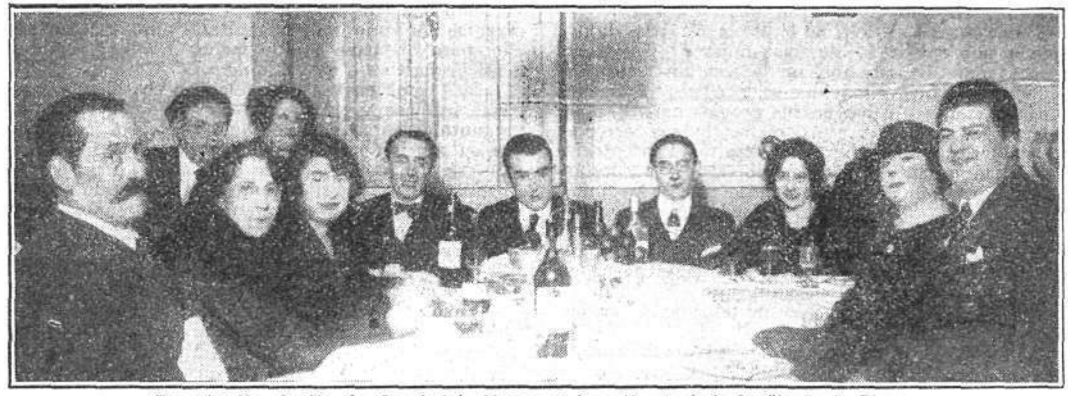
— ¿Y qué queréis decir con eso? — exclamó el mayor de los hijos.

— ¡Qué! Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayáis a vuestra casa y que me dejéis en la mía. Que no me quiero encerrar en la jaula.

Y el tío Roque, riendo a carcajadas, se metió en su cuarto.



De Villa Urquiza



Demostración ofrecida al señor Andrés Aimano en la residencia de la familia Conde Diana.

LA INVENCIÓN DE LOS TIPOS DE IMPRENTA

La historia no sabe todavía con precisión quien dió el primer paso en el arte de la imprenta. Al alemán Gutenberg, los holandeses oponen obstinadamente su compatriota Coster. En éste han celebrado siempre el verdadero inventor, y hecho del asunto una cuestión nacional. Hace dos siglos poco más o menos le erigieron un monumento. En 1823 y en 1856 organizaron grandes fiestas nacionales en su honor. La polémica se apaciguó después. Ahora vuelve a encenderse. Coster ha encontrado un ardiente defensor en el profesor Gotfried Zedler, quien estudió durante veinte años las impresiones primitivas, con el objeto de descubrir la verdad, y ahora afirma, según dice el "Borsenblatt fur den deutschen Buschandel", que la cuestión se ha resuelto en favor del holandés. Zedler ha descubierto, gracias a un examen profundo de la forma de las letras del alfabeto de las primeras impresiones holandesas, que los caracteres fueron fundidos con un proceso más primitivo que el que fué empleado para fundir los caracteres que en Maguncia sirvieron para las primeras impresiones de Gutenberg. Declara, en vista de esto, que se debe prestar fe absoluta a las "Crónicas de Colonia", por las cuales se sabe que Gutenberg encontró el germen de su invención en las impresiones holandesas. Ciertamente, examinado estas primeras tentativas tipográficas, realizadas en Haarlem, se llega a la conclusión de que Coster ideó efectivamente el principio de la fusión de los caracteres de imprenta, pero el método largo y costoso no podía tener fortuna. Gutenberg perfeccionó la idea introduciendo las matrices de metal y otros procesos técnicos que llevaron la imprenta al terreno de la práctica.

MI ACEITE DE OLIVAS "CONDAL"

es importado única y exclusivamente para todas aquellas personas de exquisito paladar y delicadas del estómago y no puede confundirse con la vulgaridad de los malos Aceites que se venden en plaza a fuerza de reclame.

Por esta causa fundamental es hoy el preferido del público, el que más se vende y el único insustituíble.

He aquí algunas opiniones autorizadas acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"

Dr. ELISEO CANTON
A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hepáticos.
Firmado E. CANTON.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI
Director del Hospital Durán.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente depurativo para las afecciones del hígado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI.
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los enfermos del estómago e hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE
Jefe de servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ
El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del aparato digestivo.

Dr. MARIO FUSCHINI
Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del aceite de oliva **CONDAL** es beneficiosa por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. AGUSTIN G. REBUFO
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECHIO
El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastro-intestinales crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 de 1919.



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires

U. T. 4862, Rivadavia - Coop. 230, Central

Dr. PABLO PIRATE
Médico de Policía.
El médico que subscribe certifica haber prescrito el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo resultado particularmente.
Marzo 10 de 1919.

Dr. LUIS U. RABUFFETTI
Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto *útil* en *la dietética de diversas* afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS
Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas; según resultado de su análisis químico puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO
Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los pacientes de afecciones al hígado y gastro-intestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE
Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin terapéutico el aceite **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo ha hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones internas; especialmente hepáticas e intestinales.

Dr. JUAN BOTINELLI
El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de litiásis biliar y colitis el aceite de oliva **CONDAL** con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman sin repugnancia.
Noviembre 1.º de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA
Me es grato manifestarle que el aceite de oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

Escribanos nacionales egresados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales








Señor Eduardo R. Preto. Señor Francisco G. Zelada. Señor Horacio E. Rossi. Señor Raúl B. Labarriére. Señor Francisco V. Grandinetti. Señor Eduardo A. Bonora. Señor Francisco Varela (hijo).

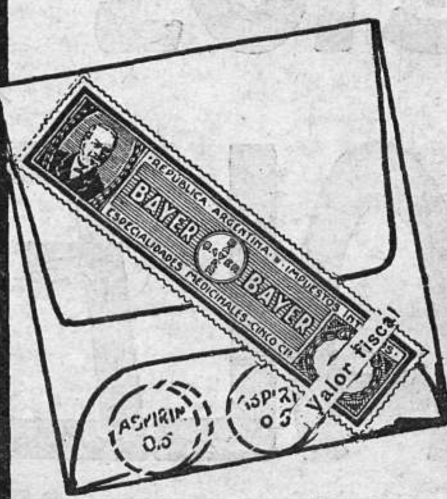
MÁXIMAS Y REFLEXIONES

INTELIGENCIA Y MORAL. — No hace mucho, me decía un escritor español, como resumen de su protesta contra un nombramiento académico en que había triunfado el caciquismo político: «Hay que decir muy alto que quien debe mandar es la *inteligencia*». Si por *inteligencia* se entiende, en cada caso concreto, no la posesión de facultades naturales incultas o barnizadas de cultura, sino la preparación especial en los problemas particulares de cada cargo, la pretensión es justa y razonable. Nadie más que el especialista tiene derecho a dirigir su campo de acción. Pero la inteligencia no basta, y aun diré que ella sola es nociva. Si no la acompaña un fondo ético solidísimo, que va desde la más escrupulosa dignidad e independencia en las ideas hasta la honradez científica que no consiente cambiar la verdad por la hipótesis, ni la adulación por el juicio sincero, todo lo que sobre ella se edifique será sospechoso. Por eso me entristezco cuando veo el entusiasmo de personas de autoridad hacia gentes que, si pueden ostentar una obra literaria o científica más o menos *considerable, más o menos original*, carecen de aquel sentido ético que distingue al hombre nuevo del viejo, único en que cabe fundar la regeneración de mi país. Me entristezco, porque pienso que esas personas, o no son sinceras, o están completamente equivocadas si creen que el mañana mejor con que soñamos y por el que peleamos, puede confiarse tranquilamente a quien vendió la primogenitura de sus ideas por un acta de diputado cunero; a quien deja correr su pluma diariamente por impulsos de pasión o de adulación que busca un premio inmediato; a quien lo subordina todo a su éxito personal, caiga quien caiga, perezca lo que perezca; a quien pone por delante de todo el pasar plaza de original aunque esto le convierta en manzana de la discordia allá donde penetre; a quien es incapaz de ver el fondo social de *toda obra y de encaminar su labor* pensando siempre en los demás, en el efecto sobre su pueblo, no sobre sí mismo; en quien huye de acercarse a los inferiores y a los desvalidos, porque nada pueden dar y aun es de mal gusto mezclarse con ellos, y se encastilla en una aristocracia intelectual infecunda... Y si no creen todo esto y mucho más que pudiera decirse, creen, cuando menos, que todo puede perdonarse y aun es detalle sin importancia ante el brillo del talento.

Rafael Altamira.

¡SOBRE BAYER!

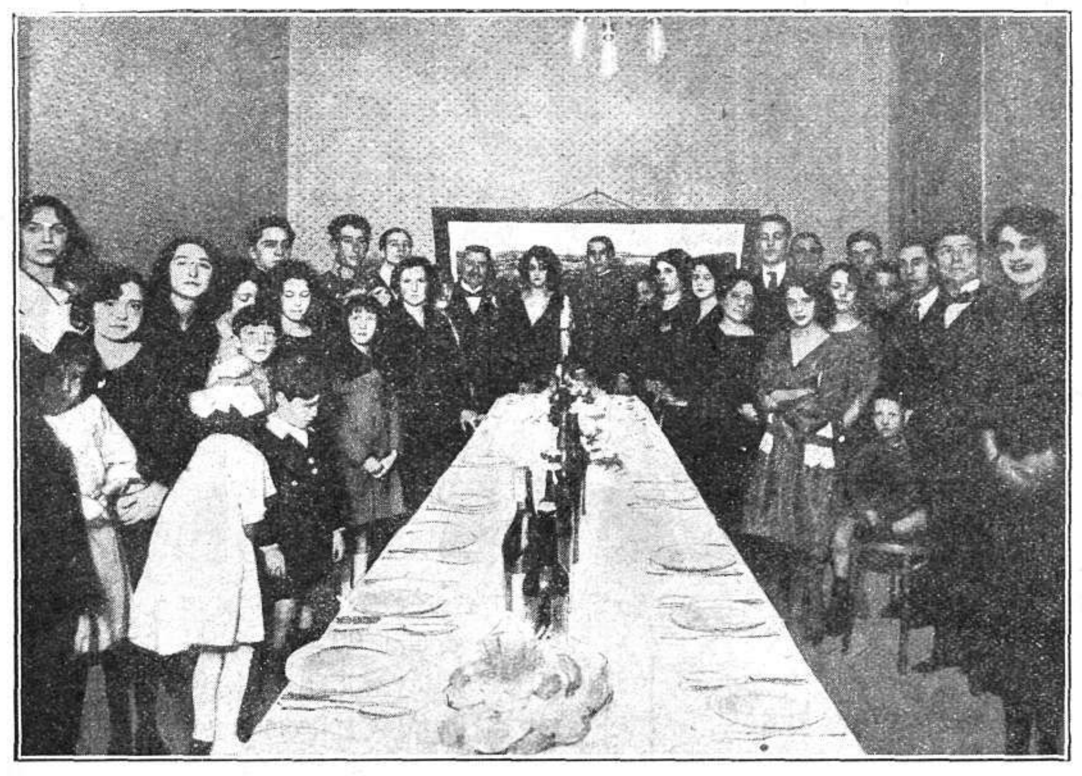




Todo Sobre de Bayaspirina, lleva la garantia de su legitimidad: la estampilla fiscal sanitaria con la Cruz Bayer.

quiere decir: "Tabletas de Aspirina (Bayaspirina) legítimas, puras, limpias y frescas para los compradores al por menor". Ya no tiene usted que exponerse a recibir dos tabletas sucias, pasadas y sin la Cruz Bayer, envueltas en un papel cualquiera. Ese peligroso sistema es un adefesio en pleno siglo de la higiene y la comodidad. Un sobre "transparente", para que usted pueda ver las Tabletas que recibe; "impermeable", para que la humedad no las afecte y se conserven frescas; "hermético", para que ni una partícula de polvo las ensucie, y "sellado", para que usted sepa que nadie ha podido substituirlas. ¡Eso es **EL "SOBRE BAYER"**! ¡Eso es lo moderno! ¡Eso es lo higiénico! ¡Eso es lo racional! ¡Eso es lo decente! ¡Pídalo! ¡Exíjalo!

De Ramos Mejía



Parte de la concurrencia que asistió al lunch servido en casa del señor Novaressi con motivo del enlace de su hija Amalia con el señor Carlos Ilian.

Un drama en el frío



A la puerta del establecimiento se detuvo el automóvil. Bajó primero Sánchez Crosbie y dió la mano a su esposa para ayudarla a descender. Detrás de ellos, Alberto Carrer se deslizó también fuera del coche.

—¿Nunca ha visitado el frigorífico, Carrer? — preguntó Sánchez Crosbie. Y sin esperar la respuesta del acompañante, muy ocupado en limpiarse los faldones de la americana, agregó: — ¿Tú sí, verdad?

—Yo sí, algo he visto... pero hace tanto, que casi no recuerdo...

—Entonces vamos a recorrerlo, ahora que el personal no trabaja... ¡Oh! ¡no te asustes! Veremos sólo las cámaras de hielo... quiero cerciorarme... de una cosa.

Y tomando a su mujer del brazo penetró por el gran portalón de «La Aurora», de donde era gerente y uno de los principales accionistas. Alto, de tez morena y ojos azules, Carlos Sánchez Crosbie acusaba uno de esos temperamentos ardientes, unido a una voluntad tenaz. Habia heredado de la madre su gran capacidad para el comercio; del padre, habilidad jurídica, reuniendo en él a un abogado y un hombre de negocios, de raras condiciones. Sportsman avezado, hombre de mundo, poseía un fondo de ingenua sinceridad, que si nunca se le sorprendía en las transacciones comerciales, era frecuente en sus actos de amistad y en las expansiones de la familia, sobre todo. Adoraba a su esposa, Judit Lalor de Sánchez Crosbie, esbelta y rubia. Trabajaba para ella, había construído aquel palacete de la avenida Callao únicamente para darle gusto. Su gran cabaña se acrecía año por año, para que el oro pudiera correr por las sonrosadas manos de Judit, como un Pactolo inagotable. Rico, con una hermosa mujer, muy bien considerado, a los treinta años Sánchez Crosbie se consideraba un hombre feliz.

—¿Terminó?...

Dijo aquélla, con expresión irónica, dirigiéndose a Alberto Carrer, muy disgustado por la mancha de aceite en los faldones de su americana gris.

—¡Imposible!... Esto no sale sino con bencina... ¡No me explico cómo ese chauffeur! ¡Vas a tener que despedirlo... es una barbaridad!

Sánchez Crosbie se reía de la indignación de Carrer. Lo trataba como a un chico. En realidad no tenía más que veintitrés años y parecía un efebo, por lo rosado, flexible y rubio. Ahora se hallaba muy bien de salud, pero ocho meses antes, cuando llegó a «Los Alamos», parecía en las últimas. Una tuberculosis descuidada en los primeros avances de la enfermedad iba pronto a concluir con él. ¿Cómo se condujo Sánchez Crosbie, con su amigo Carrer? Como un hermano mayor. Llamó un especialista, gastando dinerales. Nada le faltó: enfermeras, inyecciones, cura de aire y sol... A los tres meses caminaba, echaba colores; iba a pasear primero en carruaje, luego en auto. Un día se animó a salir a caballo...

—Ya está sano...— dijo por fin el médico, haría cosa de un mes. — Ha resistido, sin reacción ninguna, dos inyecciones de tuberculina...

Sánchez Crosbie y Judit le habían cuidado como si fuera de la familia. Cuando él tenía que ausentarse por negocios, quedaba ella para velar por el enfermo, para que no hiciera algún desarreglo. Así pasaron los últimos meses de verano, regresando todos en esos días a la capital.

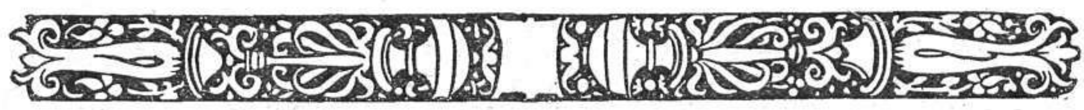
Alberto Carrer no se separaba un minuto del matrimonio. En Palermo, durante las regatas del Tigre... Un sentimiento de gratitud parecía ligarlo a la vida de sus bienhechores. Huérfano, dueño de varias propiedades, podía permitirse aquella asiduidad sin que nadie la tachase de parasitismo. Judit, maternalmente, solía decirle:

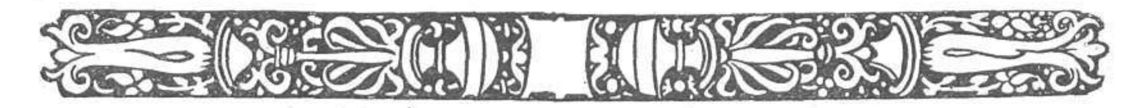
—A usted no le falta sino una novia... y yo se la voy a buscar...

—Sí... como si él precisara...

Agregaba Sánchez Crosbie. Alberto callaba, enigmático, pero su mirada adquiría un brillo particular.

En verdad que el matrimonio, con una mujer así como Judit, no dejaba de ser tentador. Era rubia, rosada, de ojos azules con pestañas ne-





gras. Sus veintiocho años se abrían en una esplendorosa madurez. Cinco años de matrimonio, sin descendencia, habían impreso en todo su ser un encanto exquisito de vida inquieta. Porque la mujer que no ha tenido hijos posee ese doble atractivo de la casada y la soltera...

Habían llegado a la administración del establecimiento y un guardián encargado salió a recibirlos. Era sábado por la tarde y las tareas habían terminado a las doce. Silencioso, enorme, el frigorífico se abría ante ellos como la garganta de un monstruo. Hasta parecía soplar por ahí un aliento de muerte, nauseabundo y helado.

— Vengan, vengan por aquí... Estas cosas no son muy seductoras...

— Te engañas... a mí me agradaría recorrer todo el frigorífico... quisiera que nos llevases a las cámaras donde se congela... Debe ser muy curioso ¿verdad, Carrer?

— Sí... debe ser... pero lo que yo desearía ahora es un poco de bencina para limpiar mi americana... Estoy imposible así...

— Aquí le darán de todo... entremos aquí...

Dijo Sánchez Crosbie, haciéndolos pasar a la oficina. Era un local extenso, con luz que le llegaba desde arriba a través de claraboyas laterales. Había allí varios escritorios, papeles sujetos en pinchos, armarios. A una orden de Sánchez Crosbie, el guardián trajo cepillos de ropa, una botella de nafta refinada, un trozo de paño. Carrer ya se había quitado la americana y se dispuso en seguida a limpiar la horrorizante mancha de su inmaculada ropa.

— Bien... los dejo un momento; tal vez tarde, pero quiero recorrer toda esta parte para cerciorarme... Ya les diré luego...

Y con un gesto que no admitía réplica, Sánchez Crosbie se puso un guardapolvo de hilo, y llamando al guardián salió de la administración.

Quedaron solos Judit y Carrer. Este, con gran parsimonia, vertió unas gotas de nafta en el paño y, enérgicamente, empezó a restregar la mancha grasosa. Restregó un rato, renovando de cuando en cuando la porción de líquido. La nafta, muy refinada, casi no dejaba rastros en la tela, evaporándose en seguida, sin esparcir ese olor desagradable. Pero le faltaba habilidad a aquel puño y la mancha se extendía en lugar de salir. Carrer se detuvo desalentado. Cambiaron una mirada. Judit, que lo había estado contemplando burlonamente, se levantó de su silla y se quitó los guantes, con un ademán rápido y nervioso.

— Deme... usted no sabe hacer estas cosas... tenga, tenga fuerte y bien estirado... así... bueno.

Estaban casi unidos y sus manos chocaban a menudo. Carrer sentía subirle hasta el cerebro aquel hálito de perfume, de piel satinada, a quien la violenta tarea parecía prestar más intensidad, como una fruta que se palpa o un pomo de esencia que se agita... Por un momento, el codo de Judit se apoyó en su brazo, y aquel codo redondo, de una morbidez sonrosada, fué como la chispa eléctrica que todo lo conflagra.

— ¡No!... ¡no!... aquí no...

Pero los labios de Carrer ya habían encontrado los suyos, ya sus dos mejillas ardientes se habían apretado en un delicioso estrujón... Ya estaban de nuevo frente a frente, muy serios, cumpliendo aquella vulgar tarea. Y todo había pasado en un segundo de vorágine. Cuando se restableció un poco la agitación de sus corazones, ella dijo con una inquietud reflexiva:

— ¡Mira que tontera hemos hecho... Pudo vernos! ¿A qué buscar el peligro? Tienes que prometerme juicio en adelante, si no no seremos amigos... ¿sabes?

— Sí... te lo prometo... comprendo que abusamos de la suerte... Ya en la estancia era lo mismo... ¿te acuerdas?... un día casi me sorprende en tu habitación...

— ¡Sí... calla!

Carrer se puso de nuevo la americana. Hablaron un rato de cosas indiferentes, ella sentada y él paseando a lo largo de la oficina. Sentóse también por último, y quedaron los dos en silencio. Una voz que al principio no reconocieron, les gritó desde afuera:

— ¡Salgan!... Judit, Carrer... salgan, que vamos ver las cámaras de congelación...

Los dos se miraron, como interrogándose. La voz volvió a sonar, pero esta vez sí la reconocieron:

— ¿Y... qué hacen que no vienen?... pónganse los guardapolvos... ahí hay varios...

Era Sánchez Crosbie que los llamaba desde afuera. En un segundo, casi de un salto, se hallaron a su lado. Estaba atardeciendo y en el patio una vaga penumbra no dejaba distinguir bien las fisonomías.

— Por acá...

Dijo Sánchez Crosbie, abriendo una puerta.

Cuando salió a recorrer el frigorífico en compañía del guardián su primer impulso fué dirigirse a la playa de matanza. Estaba desierta a la sazón. La recorrió toda, encontrándola en buenas condiciones de aseo. Sánchez Crosbie recordaba haberla visitado en un día de faena. Más de mil novillos se habían sacrificado desde el amanecer y la hecatombe no tenía miras de terminar. De los corrales sombríos y malolientes arreaban a los animales y los embretaban. Antes de darles el mazazo, caían en una cisterna donde se bañaban, recibiendo una ducha, además. La piel quedaba limpia y morían sin una mácula. Todo el piso de la playa parecía cubierto por una alfombra tibia de terciopelo carmesí, y una ola de agua sanguinolenta corría por las canaletas, desapareciendo en el albañal con un glu glu siniestro. Una multitud de hombres, con delantal blanco, interminablemente, degollaban, descuartizaban, entre el relámpago de los cuchillos que hendían la carne y las hachas que partían los grandes huesos sembrando de esquirlas el piso. Las medias reses doradas de grasa eran impelidas después por los muchachos, que las deslizaban por un cable merced a una pequeña roldana. Una tras otra, pesadas, gordas, pasaban y pasaban en dirección a las cámaras de hielo... Y todo esto en medio de una nube de vapor escapado de las grandes bateas donde se lavaban las vísceras. Era una atmósfera mareante que a veces producía ligeros vahídos. Pero ahora, el local estaba silencioso y desierto.

Sánchez Crosbie, después de visitar los corrales de vacunos, se dirigió por una escalera a la parte alta del edificio, donde estaba el ganado lanar. Un terrible tufo de álcali le penetró hasta el cerebro, le hizo arder la pituitaria, le obligó a entornar los párpados, como si se los quemaran con un ácido. Pasó rápidamente entre el plácido rebaño de ovejas, cuyas emanaciones volteaban. Se encaminó hacia una claraboya lejana, en busca de una ráfaga de aire puro. Conocía bien aquellas aglomeraciones de ganado y sabía que no había forma de evitarlas cuando entraban muchas cabezas al establecimiento. Pero se sacrificaban tantas por semana, que pronto se raleaban, desaparecían, para dar entrada a nuevas majadas, que arribaban sin cesar, entre un interminable balido plañidero... ¡Y qué dulce, mansa manera de morir!

Sánchez Crosbie se apoyó un instante contra los vidrios de la claraboya. Se hallaba junto a las oficinas, y, mirando por las ventanillas de ventilación, abarcó una gran parte





de la sala. Su mujer en ese instante frotaba la americana, que Carrer sostenía con sus manos. Las cabezas estaban casi juntas, Judit se apoyaba en el brazo de su amigo...

— Salga, señor, venga por aquí... ese aire viciado le ha de haber hecho mal...

Sánchez Crosbie se dejó conducir por el guardián. Las piernas le temblaban, tenía los dientes apretados y la garganta seca. Recibió en la cara un golpe de luz al mismo tiempo que sus pulmones respiraban el aire pleno. Habían llegado al patio de la sección industrial y allí se estaba mejor.

— ¡Sigamos... no tengo nada... ya pasó!

Díjole enérgicamente al guardián, que le traía una copa de agua. Y entró en la sala donde se preparaba la margarina, siguió los galpones de destilería, lavado de huesos, huesos que luego cortados y pulidos se enviaban a Alemania para fabricar teclas de piano... Estuvo en la sala de máquinas... No veía nada. O más bien, tenía ante sus pupilas una visión que le quemaba, le abrasaba los ojos. El cerebro le producía un zumbido y las ideas le huían como pájaros asustados... Consiguió por fin retener a una de ellas, y la aferró con tal desesperación, que ya no vió sino lo que iba a realizar, aquella idea que aleteaba adentro de su cráneo, con sus alas negras, sus alas que obscurecían toda la luz...

— Puede volver a su puesto... ya no lo necesito más...

El guardián se retiró. Sánchez Crosbie entonces llamó a su mujer y al amigo.

La puerta se cerró tras ellos. Estaban en la primera cámara y al principio el aire pareció fresco y agradable. El suelo se hallaba todo cubierto de aserrín y una luz pálida iluminaba las paredes y algunas reses colgadas a enfriar. El iba adelante, luego Judit; detrás, caminando con visible disgusto, marchaba Alberto Carrer. Ninguno hablaba, en un silencio tácito que imponía el ademán de Sánchez Crosbie. Hay situaciones espirituales que no precisan explicación. Basta el silencio, el gesto de uno solo, para que los demás se hallen dominados por aquella actitud, la más fuerte, la más resuelta.

Se abrió otra puerta y entraron a una segunda cámara. La sensación de frialdad que les penetró fué tan brusca que, sin poder dominarse, se estremecieron en un escalofrío. Era la única diferencia, pues allí también colgaban de los tirantes innumerables reses, se apilaban sobre las mesas de mármol, montículos de vísceras. Y la luz pálida ardía a través de la bombita de vidrio, como si el frío le debilitara la fuerza. Había un gran silencio en aquella cámara, en todo el edificio, cuya masa de hielo pesó de pronto sobre sus cabezas. Frío y silencio...

— ¿Para qué venimos acá?... ¡Yo me siento mal!

Protestó Carrer, cuyos pulmones comenzaban a sufrir la fatal influencia del ambiente.

— ¿Se siente mal?... ¡Ay, sí!... este frío no puede hacerle bien a Alberto.

Pero Sánchez Crosbie, sin mirarlos, con un ademán que no admitía réplica, abrió la tercera puerta. Entraron sobrecogidos de inquietud. El se acercó a las carnes que colgaban del gancho y las golpeó con el puño: parecían de madera y daban un sonido hueco. A pesar de su gran malestar, aquel rumor fué como una señal de vida para Judit y Carrer. Esta habló:

— ¿Carlos... por qué te empeñas en seguir aquí?... ¡sentimos mucho frío!... Esto tiene que hacernos mal... a Carrer, que está convaleciente... ¡Yo ya no puedo; parece que me clavaran con agujas de hielo!

— ¡Sí, sí!... yo me siento mal... Salgamos, pues, amigo Carlos...

Sánchez Crosbie tampoco respondió. Acercóse a una mesa y tomó dos vísceras. Estaban rojas y parecían frescas. Las golpeó una contra otra. Daban el sonido de dos piedras, y su tacto era semejante al del mármol. Había allí pilas de hígados, montículos de mollejas, grandes filas de corazones veteados de amarillo y rojo. Tomó un corazón y lo golpeó con rabia.

— ¿Ves?... — dijo — ¿sabes cuántos grados hay aquí?... veinte grados bajo cero... todo ese frío se precisa para helar así un corazón, para endurecerlo de este modo... Sin embargo, hay corazones humanos que laten dentro del pecho, entre el calor de la sangre, y son más fríos, son más duros que esta piedra...— Y tomándole las manos, le puso entre ellas la enorme víscera...

Judit, dando un grito, la dejó caer sin poder reprimir un movimiento de horror y de asco. Retumbó sobre el piso con un ruido sordo.

— ¡Vamos!... ¡Salgamos!...

Gritó Carrer casi llorando. Un frío que llegaba hasta la médula, que penetraba la ropa, la piel, la carne, los huesos; un frío de polo ártico, de planeta muerto, les envolvía, les congelaba la sangre, les hacía sufrir una agonía desesperada.

— ¡Por aquí!... ¡por aquí!...

Dijo Sánchez Crosbie. Y abrió otra puerta más, empujándolos ya, arrojándolos adentro con brazo enérgico. En cuanto dió dos pasos, Carrer lanzó un grito y, arqueándose todo, acurrucándose como un perro friolento, se tiró al suelo, con los ojos vidriosos, la faz lívida e inmóvil... Judit, entonces, pareció comprender.

— ¡Oh! ¡Carlos... perdóname!

Gritó, abrazándose a su marido. Este respondió sin mirala:

— Te perdono... pero no puedo olvidar...

Se abrazó a él más estrechamente. Con sus manos trataba de tomarle la cabeza, dársela vuelta hacia ella, para implorarle en los ojos. Pero Carlos no la miraba, cruzado de brazos como la estatua de lo implacable. Sentía que el frío le penetraba hasta el alma, que pronto su cuerpo rodaría también como el de aquel hombre. Sabía que pronto, los tres...

— ¡Ah!... tú ya no me amas...

Dijo suavemente Judit, que parecía delirar.

— ¡Si te amo... por eso es que muero también!...

Sintió que se deslizaba hacia el suelo desvanecida, y la tomó en sus brazos, apoyando su cabeza sobre el hombro. La cabellera rubia, que había besado con tan ardiente soplo de pasión, le enviaba un hálito perfumado, su aroma, que exhalaba ahora una frialdad casta. Sus ojos se habían entrecerrado, sus labios se abrían...

Sánchez Crosbie sintió también un gran deseo de recostarse, de acurrucarse... Ya sin fuerzas, su cuerpo se volcó hacia atrás, contra el muro de la cámara, la terrible cámara de congelación, cuyos cincuenta grados Fahrenheit, bajo cero, saturaban el cuerpo como un baño de muerte.

La luz aquí era más pálida aún y brillaba como a la distancia. De las molduras, de las tuberías, colgaban estalactitas de nieve, brillantes carámbanos de una blancura inmaculada. Se respiraba un aire polar que helaba la sangre y paralizaba el cerebro...

Tuvo fuerzas aún para estrechar contra su pecho la cabeza de Judit. Miraba su rostro pálido, de una belleza dulce y triste. ¡Cuánto había amado a aquella mujer! Dos lágrimas cayeron de sus ojos y se fueron helando lentamente...

ERNESTO MARIO BARREDA





Enlaces



Señorita María S. Tapia con el señor José Garmay. — Rosario



Señorita Asunta Berardi con el señor Salvador Tranfo. — Capital.



Señorita Filomena Yefe con el señor Juan Poncio. — Las Rosas.



Señorita Joaquina López con el señor Isaac Raposo. — El Trébol.



Silvana-Faina. — Rosario

De Carmen de las Flores



Lunch ofrecido por las autoridades del nuevo Centro Popular Las Flores en el salón de la Sociedad Francesa festejando la reciente fundación de esta institución, que por sus fines culturales llena una necesidad de esta localidad.

EL FANATISMO

Murad, gran visir del sultán Achmet I, era un viejo de 70 años, cruel y sanguinario como nadie. Le llamaban «Gran Justiciero», «Espada del Imperio», «Restaurador de la Monarquía» y dejó fama por sus atrocidades.

Una vez convidó a un festín al gran emir Schad, para hacerlo estrangular. En efecto, mientras los convidados comían arroz, un paje echó el cordón al cuello del emir y lo apretó con tanta fuerza que los granos de arroz saltaron de boca y narices del ahorcado sobre la mesa.

Otra vez hizo detener un jinete que llevaba al anca a un jovencito, y preguntó a éste:

— ¿Por qué te hallabas en el campamento de los rebeldes?

— Porque hube de alistarme por no tener que comer.

— ¿Qué oficio tenía tu padre?

— Tocador de laúd.

— ¡Ah!, ¡ah!, dijo Murad, ¿conque excitabas el valor de los rebeldes contra los fieles? Pues morirás al punto.

Y mandó a sus siervos que mataran al joven por el oficio de su padre.

Pero como todos los soldados, horrorizados y enternecidos, se negasen a obedecer y saliesen corriendo, Murad exclamó:

— ¡Cobardes! ¡Pues yo mismo seré el verdugo de la fe! Y con sus manos temblorosas cogió al niño, le estranguló al borde de un pozo y le arrojó sobre el montón de cadáveres que allí había echado. Luego oró devotamente.

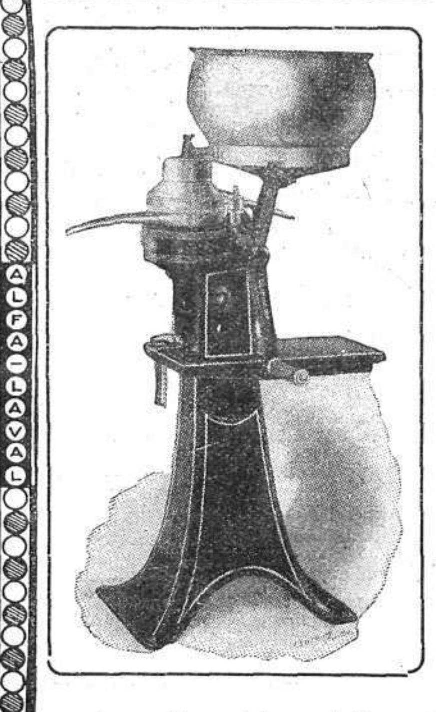
He ahí hasta donde conduce el fanatismo.

EL PRIMER SOMBRERO DE FELPA

John Hetherington fué el primero que hizo un sombrero de copa de felpa de seda y se lo puso para salir a la calle, como anuncio de su tienda. Su primera aparición en las calles de Londres, el día 17 de enero de 1797, escandalizó de tal manera al público que casi se armó un motín, y la policía tuvo que llevarse preso al sombrerero por perturbar el orden.

El famoso sombrero figura hoy en la colección de un opulento yanqui.

ALFA-LAVAL



ALFA-LAVAL

CUARENTA AÑOS
de experiencia en la fabricación de desnatadoras ha dado como resultado **la mejor construcción en todos sus detalles.**

Pidan catálogos y la nueva lista de precios.

Durante la Exposición Rural de Palermo se ordeñan vacas del Establecimiento de Lechería del Sr. Julio Genoud todos los días a las 16 horas **con las Máquinas de Ordeñar ALFA-LAVAL.**

Unicos Importadores:

GOLDKUHL Y BROSTROM LTDA.

Chacabuco, 199 — Buenos Aires

Sucursal en el Uruguay: URUGUAY, 1028 — Montevideo

ALFA-LAVAL

¡Cuidado con los Microbios!
¡Cuidado con la Gripe!

TOMAD LAS

Pastillas VALDA

ANTISÉPTICAS

PARA DEFENDER, PROTEGER Y ACORAZAR

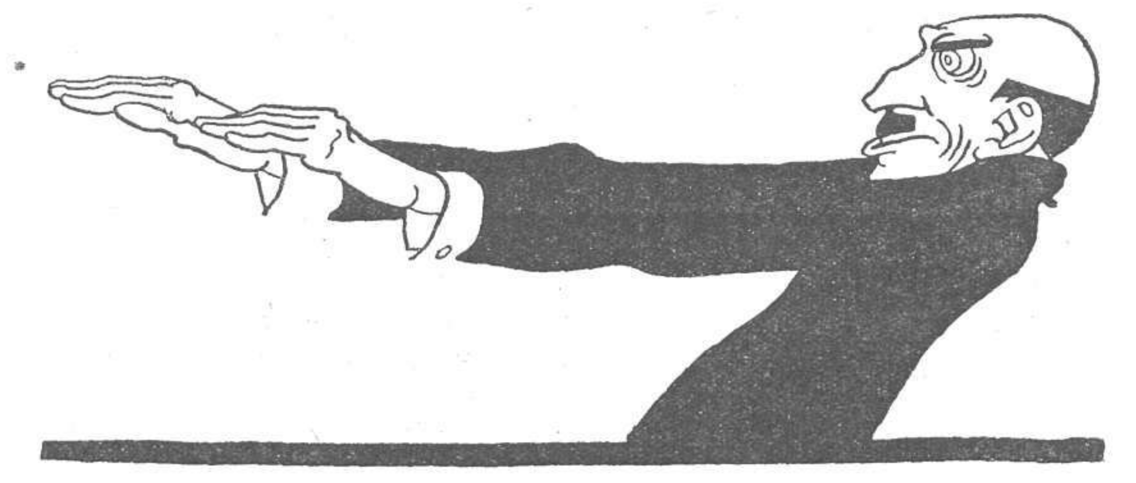
la BOCA, la GARGANTA, los BRONQUIOS y los PULMONES



MUY IMPORTANTE

Las **PASTILLAS VALDA**, legítimas, se venden únicamente en cajas que llevan el nombre de **VALDA** y la estampillas del **IMPUESTO INTERNO** con el nombre de su fabricante **H. CANONNE - Paris.**

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



UN CONCEJAL ANALFABETO

Por ENRIQUE M. RUAS

Qué satisfacción más grande la de poder anunciar una noticia sensacional!:

— ¡Señores, ahora mismo acaba de ocurrir una espantosa catástrofe en el subterráneo! (*Aludiendo a un toque de clarín real o supuesto*). ¿Oyen? ¡Ahí viene! ¡Es el cuerpo de bomberos!

O sino:

— ¡Caballeros, algo sensacional, algo inaudito! La guerra europea acaba de estallar de nuevo. Los prusianos han vuelto a invadir a Bélgica. Los ingleses han movilizado su poderosa flota. Todas las clases del ejército francés han sido convocadas. Reina indescriptible confusión en la Bolsa de Chicago.

Instantáneamente queda uno convertido en el objeto de la atención universal. Todos lo rodean, todos le preguntan qué, todos le preguntan cómo, todos le preguntan cuándo. Los más distantes, al notar tanta agitación, acuden alarmados.

— ¿Qué pasa?

— ¡Algo increíble! ¡La caída del Imperio Romano! ¡El saqueo de Roma por los checoeslovacos!

Y todos preguntan, y todos se informan, y todos quieren saber quien ha traído la noticia, y todos dicen, señalándolo a uno:

— El señor es quien la ha traído.

Y uno saluda.

No es extraño, pues, que el soldado de Maratón dijera *in articulo mortis:*

¿Qué me importa morir? ¡Por un instante,
del Universo el centro me he sentido!

No hace mucho quise ser, yo también, el centro del Universo. Por la mañana había leído que en San Martín de Mendoza había sido elegido concejal un analfabeto, y que la Junta Electoral, habiendo estudiado la cuestión que ese caso suscitaba, había pronunciado el siguiente veredicto:

«Todo analfabeto tiene derecho a ser miembro del Concejo Deliberante.»

Pasando por un café, acerté a distinguir en torno de una mesa la temible sociedad de un grupo de poetas, críticos y literatos. ¿Qué noticia más interesante para ellos que la elección de un concejal analfabeto? Me detuve y entré:

— Caballeros, buenas tardes. ¡Les advierto que tengo una noticia! En Mendoza han elegido concejal... ¡a un analfabeto!

Pues bien, todo fué que lo oyeran y que empezaran a gritar:

¡Hip, hip, hurrah! ¡Que lo traigan!
¡Que lo traigan! ¡Hip, hip, hurrah!

Y uno desentonando:

— ¡Mozo, tráiganos un concejal analfabeto!

La elección de un concejal analfabeto les causaba el más puro de los regocijos y hubieran sido capaces de sacrificar toda su hacienda por tener a su disposición un ejemplar de la especie.

Pero, después, aquel literario concurso — porque si dijera concurso literario tal vez se entendiese otra cosa — vino a parar en algo parecido a lo que yo me figuraba al principio: «¿Un concejal analfabeto? Era precisamente lo que se merecían las corporaciones municipales». Por eso se alegraban tanto. ¡Porque se había hecho justicia!

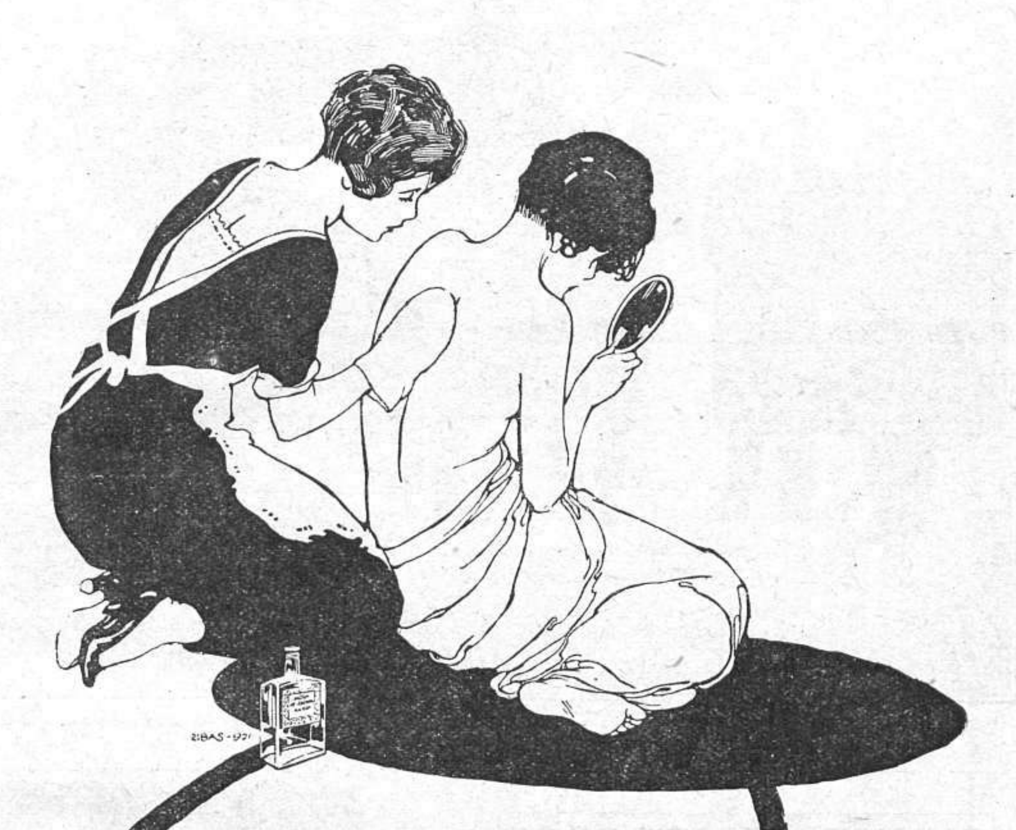
Pero esa sería la opinión de los literatos. La opinión de las personas serias — que es como se llama a las personas que todo lo toman en serio — veíase que era muy distinta. ¿Un concejal analfabeto en San Martín de Mendoza? ¡Ni aun en San Martín de los Andes! ¡Ni siquiera en San Antonio de los Cobres! Porque ¿a dónde iríamos a parar? ¿Qué peligros no se cernirían sobre la democracia? Y en suma, en las filas de las personas serias reinaba verdadera consternación: hablaban de las instituciones; decían que la Junta Electoral de Mendoza había sentado un precedente funesto para el sistema representativo. Estaban real y sinceramente escandalizados.

La oposición de sentimientos entre las personas serias de los círculos respetables y los literatos de los cafés no podía ser más declarada. La misma cosa que motivaba la algazara en los unos motivaba la consternación en los otros. Pero ¿era menester optar entre la irreverencia de los literatos por las corporaciones edilicias y el horror de las personas serias por los concejales analfabetos?

La democracia, sin duda alguna, y so pena de heregía, no puede menospreciar a las corporaciones municipales. Esto es inconcuso. Debe concebirlas como dignas de que en ellas tomen asiento las inteligencias más esclarecidas de su jurisdicción. Pero ¿podría en cambio la democracia menospreciar a los analfabetos ungidos por el voto de sus conciudadanos? Aun cuando pudiese, que de fijo le ha de estar prohibido por artículo especial, debiera abstenerse escrupulosamente de hacerlo. Carlomagno no aprendió a leer hasta los 32 años — y tengo el dato de buena tinta — cuando hacía ya varios que gobernaba su ingobernable imperio. Sin embargo, ya había excedido a todo cuanto hubiera podido hacer en su lugar el famoso Pico de la Mirandola. ¿Y sería cuerdo que la democracia, mañana o pasado, después de recibir alborozada la elección de Pico de la Mirandola, rechazase un diploma de concejal de Carlomagno, sólo por haber encontrado que el electo no había aprendido aun a pintar su firma?

La primitiva asamblea nacional inglesa se llamaba el *Witenagemot*. Durante luengos siglos no hubo uno solo, entre todos sus honorables miembros, que supiese leer ni escribir. Sin embargo, *Witenagemot* no quería decir: *Centro nacional de analfabetos*. Quería decir: *Asamblea de los hombres sabios*.

¿Podía, pues, la Junta Electoral de Mendoza rechazar el diploma de un concejal analfabeto?



Unas buenas fricciones de

Agua de Colonia Añeja

después del baño
tonifican, desengrasan y
perfuman el cuerpo
de quien las usa.

Perfumeria Gal
Madrid

De Bahía Blanca

-l doctor Fernández Verano, presidente de la Liga de Profilaxis Social, con el rector y profesores del colegio nacional después de la brillante conferencia dada en el mismo establecimiento.

SI Ud. es persona culta y juiciosa, que sabe dar la debida importancia a la higiene y a la profilaxia, convendrá en que es preciso mantener la cavidad bucal libre de infección, para que sus dientes sean sanos y hermosos.

KOLYNOS

CREMA DENTAL

es hoy en dia el agente para la limpieza y conservación de la dentadura elegido por toda persona cuidadosa, porque desembaraza al instante la boca de impurezas, limpia los dientes hasta que adquieren la blancura de perlas y los conserva siempre inmaculados.

Advierta a sus amigos en caso que no hayan oído hablar de Kolynos, la crema dentífrica ideal, que no solo desarrolla magnificos efectos sobre la dentadura sino que refresca y perfuma el aliento, dejando en la boca una agradable sensación de limpieza.

Kolynos se puede adquirir en toda drogueria y tiendas de específicos.

Fabricantes: THE KOLYNOS COMPANY
New-Haven, U. S. A.



Agentes: MAYON Ltda.
1245, Avda. DE MAYO, 1257 - Buenos Aires

FILOSOFÍA DEL HOMBRE QUE SILBA

I.—El silbido: Su importancia biológica y social.



Un conjunto escénico que este año nos oreó de europeísmo, la compañía francesa del «Ba-Ta-Clan», cuenta con un elemento cuya importancia me temo que nuestro público no haya apreciado debidamente: cuenta con un artista silbador, monsieur Attic, «dans son double sifflement».

— Y ¿qué tiene de particular el trabajo de ese señor? — me diréis.

Un momento. Vamos por partes.

En primer término, pensad en la profunda transformación de nuestras costumbres teatrales que significa el hecho de que los artistas silben desde el escenario. Es, sencillamente, desempeñar una misión que tradicionalmente llenaba gustosísimo el mismo público. ¿Adónde llegaremos por el camino emprendido?... Nada puede pronosticarse; pero ¿tendría algo de extraño que en no lejano día fuesen las compañías quienes silbasen a coro a aquellos públicos que no resultasen de su agrado? Ese día habría perdido el público su más sagrada atribución.

El solo hecho de la venida de un silbador francés a nuestro país ya está poniendo de relieve la importancia social del silbido. Ese caballero ha debido abandonar su patria, su hogar, sus amistades; ha debido separarse de las cosas familiares y queridas de todos los días; ha debido abrir un paréntesis en el curso de su existencia habitual; ha debido afrontar los riesgos y las molestias de una travesía tan larga como dispendiosa. Y todo, ¿para qué?... Todo para venir a silbar en una tierra extraña.

En cuanto a la importancia biológica del silbido, ocioso parece enunciar siquiera el tema. Se ha venido sosteniendo hasta aquí que los dos signos que distinguen al ser humano de los animales inferiores son el llanto y la risa... Error, profundo error. Hay caballos y perros que lloran y ríen. Dicen otros que el signo distintivo es la palabra. ¡Falsedad mayor aún! ¿Acaso no habla el «Psittacus coronatus»? ¿Acaso no habla el «Deroptius accipitrinus»? ¿Acaso no hablan algunos diputados?

La verdad es ésta: los signos que distinguen al hombre del resto de los animales son la facultad de silbar y la facultad de aplaudir. Son las dos únicas funciones que a los animales inferiores les están vedadas. Se dice que silban ciertas especies del orden Ofidios; se dice que silban los mirlos... No hay en esto sino una anfibología: al sonido inexpresivo que emiten esos animales se le llama silbido porque sí, sin razón alguna; pero ¿vamos a equipararlo al silbo humano, tan dúctil y tan expresivo, tan cambiante, tan vario, tan rico de matices? Son, evidentemente, cosas distintas.

Desengañaos: cuando el Hacedor dió a la palma humana forma concóidea; cuando dispuso que al pasar el aire entre los dientes incisivos y los labios contraídos se produjese un sonido más o menos armonioso (no todos somos artistas silbadores), le dotó de los dos únicos atributos que le diferenciarían del resto de los animales y que le permitirían ejercer predominio sobre las otras especies.

II.—La Sibilática como arte. Su antigüedad.

Todo es confusión en cuanto atañe a la obscura infancia de la Humanidad. Esto no obstante, puede afirmarse resueltamente que desde el principio de los tiempos fué conocida la Sibilática, si no como ciencia, sí en cuanto actividad empírica. El hombre primitivo silbaba, de esto no cabe duda. Nada nos dice la Biblia acerca de Adán y Eva. ¿Silbaron Adán y Eva?... Es muy probable. ¿En qué iban a distraer sus paradisíacos ocios? ¿Cómo iban a disipar su hastío en una época en que no se conocían instrumentos musicales de cuerda ni de viento, en una época en que no existían el cinematógrafo, las orquestas típicas ni las novelas semanales?... Hay que suponer que no se pasarían el día comiendo manzanas.

En cuanto a Abel, nuestro caballeroso y malogrado ascendiente, la cosa es indubitable: Abel silbaba. «Y fué Abel pastor de ovejas», dice el versículo 2, cap. IV del Génesis. Ahora bien: ¿cómo puede un pastor, para atraer al aprisco a su grey dispersa, abstenerse de silbar? ¿Cómo, si no es silbando, convoca a sus fieles mastines?

Y quien dice Abel, dice todos los primitivos pobladores de la Tierra. En aquellas rudimentarias agrupaciones — ya sedentarias, ya trashumantes — que vivían de la caza y de la pesca, llenaba el silbido una verdadera necesidad. Antes de que el paulatino perfeccionamiento de las artes le permitiese fabricar rabeles, albogues, zampoñas y caramillos, ¿qué fué lo primero que se le ocurrió al hombre de las cavernas? Llevarse a la boca los dedos medio e índice y emitir un sonido más o menos estridente.

Por estas razones, y mirando las cosas desde un punto de vista estrictamente filarmónico, cabe considerar la boca humana como el más antiguo de los instrumentos de viento.

III.—La Sibilática como ciencia. Una nueva interpretación del progreso humano.

Hay una verdad incontestable: el Teatro refleja la vida. Hay una verdad fácilmente demostrable: el Teatro influye sobre la vida de los pueblos y modifica su manera de pensar y de sentir. Es lo que quiere decirse cuando se define al Teatro como «la escuela de las costumbres».

Hay, por otra parte, una verdad de orden histórico: el Teatro es, si no la más antigua manifestación artística, una de las más antiguas. Cuando el hombre-alfarero de la prehistoria coció la primera escudilla, es probable que ya hubiese representado mimos o farsas, las cuales, revistiendo al principio un carácter meramente coreográfico, no eran, en suma, sino formas rudimentarias del arte teatral. Faltaban milenios para llegar al tango con corte, y, posteriormente, al teatro del señor Vaccarezza. El plesiosaurio todavía estaba lejos: debería aparecer, muchos siglos después, en la Patagonia.

Andando el tiempo surgen las atelanas, las «fabulae tabernariae», con que se regocijaba el primitivo pueblo osco; y, en fin, la comedia ática. Entramos en el período histórico del Teatro.

Abreviando: si el Teatro es la más antigua forma artístico-literaria — como parece probable — es el arte que enseña y acostumbra a la Humanidad al trabajo del Pensamiento. La Civilización no es sino un constante esfuerzo del Pensamiento por superar los obstáculos que se

oponen a la felicidad humana. Esto es en resumen el Progreso, en el cual creo ciegamente, pese a la adversa opinión de otros eminentes filósofos.

Ahora bien: en los lejanos tiempos en que no existía crítica teatral, ¿cómo se sabía cuáles eran las obras buenas y cuáles eran las malas? ¿Sabiendo la opinión del asesor teatral? No, puesto que las empresas de aquellas edades atrasadas no tenían asesor. Sencillamente: eran buenas obras las que el público aplaudía, y malas las que silbaba. Las obras silbadas, así fuesen la obra del genio, eran proscritas y condenadas a desaparecer. Como se ve, no hemos adelantado gran cosa con la incorporación de asesores a las empresas, porque hoy tampoco se sabe si una obra es buena o mala hasta que se estrena.

Y de que los antiguos tenían costumbre de silbar aquellas obras literarias que no les complacían, no cabe duda. No sólo silbaba el público en general: silbaban los críticos, lo que les ahorraba el trabajo de escribir sus críticas. Ahí está Zoilo, el comentarista de Homero, de quien nos dice Campoamor:

«silban, como Zoilo a Homero...»

En síntesis: el silbo ha encauzado el Pensamiento desde el principio de la Humanidad; «ergo» ha dirigido el Progreso, que es una mera concreción externa del Pensamiento.

Véase si tiene o no tiene importancia el estudio concienzudo de la Sibilática, o Ciencia del Silbo.

IV.—Introducción general al estudio de la Sibilática. Apuntaciones para una clasificación metódica del silbo.

El silbido humano se divide en dos grandes clases:

1.ª — El silbido provocado.
2.ª — El silbido espontáneo.

A la primera pertenece el que se oye al final de determinados espectáculos teatrales. El silbido provocado carece de importancia científica. No tiene importancia más que para el autor silbado y para su familia.

Tanto el provocado como el espontáneo se subdividen en colectivo e individual. El provocado-individual constituye una especie rara. En los teatros, a lo menos, si silba un espectador, terminan por silbar todos, excepto la «claque», cuyos componentes son remunerados justamente para que repriman sus deseos de silbar y contrarresten el silbido colectivo.

El silbido espontáneo-individual abarca varios casos o tipos. Es a saber:

a) El silbador de tranvía.
b) El silbador callejero.
c) El silbador orquestal.

Conviene estudiar aisladamente cada subespecie.

Silbador de tranvía. — El silbador de tranvía se llama así, y no, por ejemplo, «silbador ferroviario», debido a que en los trenes existe el recurso de cambiar de coche para evitar su proximidad, y este recurso nos está vedado cuando viajamos en tranvía, salvo que abonemos nuevo boleto, lo que siempre resulta irritante.

El silbador tranviario puede ser:

a') Consuetudinario.
b') Ocasional.

Se les distingue en la práctica por un procedimiento bastante sencillo. Suponed que, durante un viaje en tranvía estáis leyendo por cuarta vez una novela semanal, con la firme resolución de sacar algo en limpio, cuando oís silbar a vuestras espaldas «La copa del olvido». Si os dais vuelta para mirar cara a cara al ejecutante y éste se reduce a silencio, es que habéis tenido la dicha de tropezar con un silbador ocasional. Si, en vez de callar, insiste con vigor reconcentrado... resignación, mis pobres amigos: se trata de un silbador consuetudinario.

No es raro el silbido colectivo-tranviario. Prodúcese cuando otros pasajeros, contaminados de furor filarmónico, corean al consuetudinario, con evidente complacencia del guarda. En tales casos aconseja la prudencia abandonar el tranvía-conservatorio.

Silbador callejero. — Este silbador no es peligroso, sobre todo si marcha en dirección contraria a la nuestra. Puede serlo, en cambio, si sigue nuestros pasos.

En rigor, todos somos un poco silbadores callejeros. Muchas veces, al pasar junto a nosotros una bella adolescente, ante la cual hemos querido aparentar la mayor indiferencia, la más completa serenidad, hemos vuelto a sentirnos dueños de nuestro «ego», de nuestra conciencia momentáneamente eclipsada, para decirnos:

— Pero ¡qué idiota! ¿No estaba silbando «Milonguita»?...

Silbador orquestal. — Este silbador ejerce sus malas artes en las salas de espectáculos. Conoce, el canalla, todas las piezas que ejecuta la orquesta, y las acompaña como si fuese un instrumento más. En realidad es un instrumento de tortura. Dios nos libre de su vecindad.

Al decir que «conoce las piezas» me coloco en el caso más favorable. Lo grave es que las acompañe a pesar de que no las conoce.

V.—El silbador considerado como persona del Derecho.

No pondré fin a estas someras notas, con las que creo dejar cimentada una teoría general de la Sibilática en cuanto conocimiento puro, sin referirme a una cuestión que sin duda será motivo de serias controversias en el terreno jurídico.

Establece una disposición legislativa que, por cada vez que una orquesta ejecute determinada obra musical, debe abonarse al autor de ésta cierto canon o derecho fijado por la ley. Ahora bien: ¿por qué motivo va a substraerse el silbador a esa obligación? ¿Hay diferencia entre ejecutar «El relicario» valiéndose de una ocarina o de una flauta y ejecutarlo silbando? En absoluto; el caso es idéntico. Tocar la flauta, en resumen, no es sino silbar a través de una caña con agujeros. De modo, pues, que a la luz de la sana lógica jurídica, y hasta según las normas positivas, el silbador está obligado a pagar derechos de ejecución.

Pero si le obligamos a pagar tales derechos, quiere decirse que consideramos la boca humana, y por consiguiente el cuerpo todo de que forma parte, como un instrumento musical, es decir, como una cosa («res»). Y aquí nos salen al paso las normas del Derecho Natural para advertirnos que siendo el hombre imagen de la Divinidad, es sencillamente monstruoso considerarle como una cosa. Es de igual modo fundamental en Filosofía Jurídica que siendo el ser humano «sujeto» del Derecho, no se puede en caso alguno considerarle como su «objeto». Pues bien: en ambas herejías incurrimos al equiparar el ser humano a una ocarina.

Ardua es la cuestión, y no seré yo quien pretenda resolverla. Me doy por satisfecho con haberla enunciado.

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

Enlaces



Squadrone-Zolezzi. — Rufino.



Dell'Orsini-Guisande. — Ayacucho.



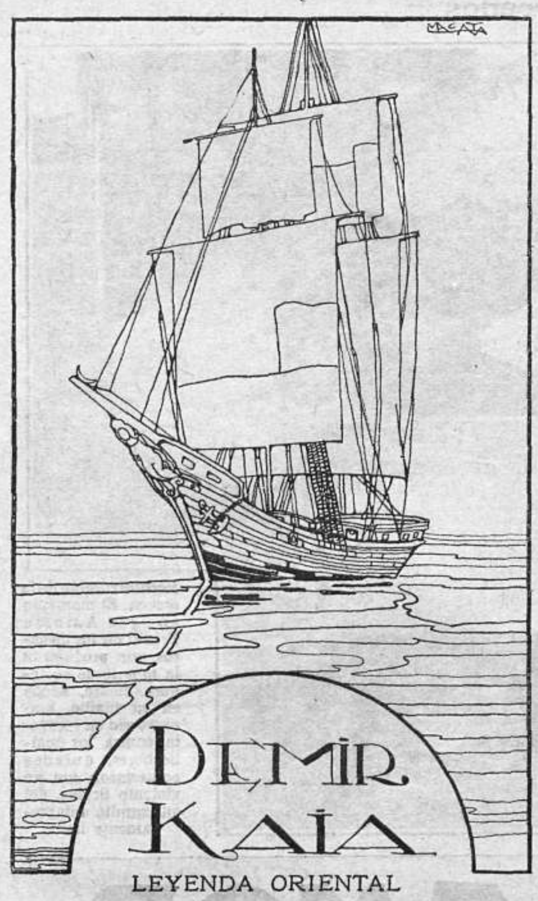
Señorita Adelina Calina con el señor Miguel Moreno. — Trenque Lauquen.



Señorita Sofía Yappert con el señor J. Dalla Costa. — San Carlos Sud.



Del Bosco-Longini. — General Lavalle.



LEYENDA ORIENTAL

El viento se calmó. Tal vez nos viéramos en la precisión de pasar la noche en el mar: nos separaban de la costa más de treinta kilómetros.

Nuestro barco, de dos palos, se balanceaba perezosamente sobre el agua. Las velas mojadas colgaban como trapos.

Una niebla blanca nos rodeaba por todos lados. No se veían las estrellas, ni el cielo, ni el mar, ni la noche. No encendimos las luces.

Seid-Abli, el viejo patrón del barco, sucio y descalzo, nos contó con voz queda y grave una antigua historia en la que creí a pie juntillo, porque la noche era tan extrañamente silenciosa, porque alrededor de nosotros dormía el mar invisible, porque sobre nuestras cabezas se acumulaban nubes blancas.

Le llamaban Demir-Kaia, que quiere decir "Roca de Hierro", y le llamaban de ese modo porque no conocía la piedad, la vergüenza ni el miedo.

Era jefe de una partida que recorría los alrededores de Stambul, la Tesalia, la Macedonia montañosa, las fértiles praderas de Bulgaria. Había matado por su propia mano, entre hombres, mujeres y niños, noventa y nueve seres humanos.

Pero una vez fué, con su banda, rodeado en las montañas por una nutrida tropa del sultán, cuyos días prolongue Allah. Durante tres días enteros luchó desesperadamente contra los soldados, como un lobo contra una jauría. La mañana del cuarto logró atravesar las líneas enemigas y escapar así del peligro. Parte de la banda pereció en el combate, y los demás bandidos fueron ahorcados en la plaza Redonda de Stambul.

Herido, ensangrentado, se acostó Demir-Kaia en una caverna donde le habían dado asilo unos pastores. Y de repente, a media noche, se le apareció un ángel con una espada flamígera en la mano. Demir-Kaia reconoció en él a Asrail, el mensajero de la muerte, y le dijo:

—¡Hágase la voluntad de Allah! Estoy dispuesto.

Pero el ángel le contestó:

—No, Demir-Kaia, tu hora no ha llegado aún. Escucha la voluntad de Dios: cuando te levantes de ese lecho, desentierra tus tesoros ocultos y véndelos. Luego te dirigirás hacia el este y andarás hasta la encrucijada de los siete caminos. Allí construirás una casa con vastos aposentos muy ventilados, con anchos divanes, con fuentes de agua pura y límpida. Tendrás dispuestos comida y bebida y tabaco aromático para los viajeros cansados. Invitarás a cuantos pasen por tu puerta y les servirás como el último de los esclavos. Tu casa será su casa; tu oro, su oro; tu trabajo, su reposo. Y si cumples al pie de la letra estos mandatos, llegará un día en que Allah olvidará tus crímenes y te perdonará la sangre de sus víctimas inocentes.

Pero Demir-Kaia preguntó:

—¿Y cómo podré saber que Allah ha perdonado mis crímenes?

Y el ángel contestó:

—Coge de la hoguera que se está apagando junto a ti una astilla medio quemada y cubierta de ceniza, plántala, y cuando la madera muerta se vista de corteza y empiece a florecer, será señal de que la hora del perdón ha sonado para ti.

Pasaron veinte años. Por todo el país del sultán se hablaba con admiración del albergue situado en la encrucijada de los siete caminos, entre Dchdda y Esmirna. Los mendigos salían de él siempre con la bolsa llena de dinero; los hambrientos, alimentados; los que padecían cansancio, reposados; curados, los heridos.

Por espacio de veinte años, de veinte largos años, Demir-Kaia, todas las noches, había mirado la astilla quemada plantada por él en el patio, pero siempre la había encontrado negra, seca y muerta. Los ojos de águila de Demir-Kaia se habían ido apagando; su cuerpo fornido, encorvándose, sus cabellos, tornándose blancos como las alas de un ángel.

Mas he aquí que una mañana oyó el galope de un caballo y corrió al camino. Sobre un caballo cubierto de espuma marchaba veloz un viajero. Demir-Kaia se lanzó hacia él, se asió a la brida y le rogó:

—¡Hermano mío, entra en mi casa! Refrigera tu rostro con el agua límpida de mis fuentes, come, bebe y fuma una pipa de mi perfumado calián.

Pero el otro gritó furioso:

—¡Déjame, viejo! ¡Lárgate!

Y le escupió en la cara, le dió en la cabeza un fuerte latigazo y siguió galopando.

La sangre orgullosa del viejo bandido se removió en las venas de Demir-Kaia, que cogió una pesada piedra y se la tiró a la cabeza del jinete. Este vaciló y cayó del caballo.

Horrorizado de lo que había hecho, Demir-Kaia corrió hacia el herido y le dijo tristemente:

—¡Hermano mío, te he matado!

Y el moribundo contestó:

—No has sido tú quien me ha matado; ha sido la mano vengadora de Allah. Escucha. El pachá de nuestra región es un hombre injusto y cruel. Mis amigos han organizado contra él una conspiración. Pero, tentado por una rica recompensa, he decidido traicionarlos. Y he aquí que, cuando corría a denunciar a mis amigos, he sido detenido por la piedra que me has lanzado. Es la voluntad de Dios. Quien me ha matado ha sido El.

Lleno de dolor, tornó Demir-Kaia a su casa. La escala de virtud y de arrepentimiento por donde se elevaba con tanta paciencia hacia veinte años se había desplomado de pronto bajo sus pies.

Desesperado, miró la astilla negra y seca que acostumbraba a mirar todos los días. Y de repente —¡oh, milagro!— la vió cubrirse de botones verdes, de hojas y de flores fragantes.

Demir-Kaia cayó de hinojos y empezó a llorar de alegría. Había comprendido que el gran Allah misericordioso, en su sabiduría infinita, le había perdonado la muerte de noventa y nueve inocentes en gracia a la muerte de un solo traidor.

ALEJANDRO KUPRIN

DIBUJO DE MACAYA

De Mercedes

La señora Margarita *Minazzo de Bria*, alevosamente asesinada por los asaltantes que penetraron en su finca, quienes le hicieron una descarga de winchester en momento que intentaba huir en demanda de auxilo.



Reconstrucción de la escena. El momento en que *Antonio* Bria al oir los disparos que produjeron la muerte de su señora madre, acude en su auxilio, descargando su escopeta contra los malhechores, quienes contestaron con un violento tiroteo, del que resultó milagrosamente ileso.

De Coronel Dorrego

Banquete servido en el Hotel Colón, al que siguió animada fiesta social con asistencia de las más prestigiosas familias, al celebrarse el enlace Iribe-Thomas.



Los TEATROS y la MÚSICA en BUENOS AIRES



«EL GATO MONTÉS», DE DON MANUEL PENELLA. — La compañía de óperas, operetas, zarzuelas y revistas de don Manuel Penella se ha presentado en el teatro Avenida con la ópera popular española «El gato montés», de que es autor el propio director de la compañía. Se dice que la composición ha sido uno de los éxitos más grandes obtenidos en la jira del conjunto artístico en Norte América, y que los públicos de habla castellana en ambos hemisferios recibieron la obra como la revelación de un talento musical nuevo y admirable. Los auditorios argentinos la han acogido, ciertamente, con grandes agasajos aplaudiendo calurosamente sus trozos principales; pero no han dejado de considerarla en su verdadero valor, como una pieza de «género chico» magnificada exageradamente hasta la pretensión de drama musical.

La designación de «ópera popular» le conviene, en verdad. Su argumento y la forma de su acompañamiento sonoro son estrechamente de ese carácter.

En un cortijo, entre las sierras de Ronda, vive seña Frasquita y su hijo Rafael, «El Macareno», quienes han recogido una gitanilla, Soleá, abandonada por Juanillo, «El gato montés», cuando fué tomado preso por un asesinato. Rafael está enamorado de la gitana, y al levantarse el telón, todos esperan la vuelta de aquél, ya notable novillero, que ha ido a la corte a iniciar su carrera de torero. Juanillo, entretanto, ha huído de la cárcel y está oculto en las cercanías del cortijo, con una banda de salteadores (oficio que no tiene nada de deshonroso en esos lugares), y suele llegarse hasta la ventana de Soleá a cantarle coplas amenazadoras. Llega Rafael en triunfo, su madre lo recibe como a un héroe, las gentes de los alrededores le hacen una manifestación, y hasta el cura de la aldea próxima acude a bendecirlo; la tribu de gitanos, de la que procede Soleá, aparece también para bailar sus garrotines y una mujer dice la buenaventura al «Macareno», anunciándole la muerte, pero Rafael no hace caso de agüerías, e invita a Soleá con una caña de manzanilla. Al instante entra Juanillo con sus bandidos, y se habrían de trabar en pelea con Rafael si los demás no intervinieran. El incidente no pasa a mayores y todos se retiran en paz. La joven gitana confiesa al cura su amor por Juanillo, pero cuando vuelve Rafael le miente su cariño y le promete serle fiel. De nuevo sale el «Gato montés», reta a duelo al torero, y Soleá se interpone entre ambos, desarma al «Macareno» y Juanillo no quiere matarlo porque no puede defenderse. Rafael deja que el «Gato» se marche sin llamar en su auxilio, y el bandido se va tranquilamente, no sin haber prevenido a su rival que si en la próxima corrida no se deja coger por un toro, él lo matará en el primer encuentro. El pobre Rafael llega a dudar de Soleá, y seña Frasquita, que viene hacia ellos en ese instante, sin sospechar nada, se ofrece a su hijo como la representación de la única verdad: el amor de madre.

El segundo cuadro es la preparación del «Macareno» para la corrida, donde vuelven a aparecer algunos de los tipos ya conocidos en el cortijo, y durante su transcurso no ocurre nada nuevo para el desarrollo de la acción. El tercer cuadro es la corrida misma, vista desde las dependencias interiores de la plaza de Sevilla; escenas admirablemente movidas, por artistas que saben lo que son esas fiestas de sangre y de entusiasmo popular, único espectáculo que puede darnos una idea de los juegos circenses de Roma. Sale el «Macareno» a matar y a poco lo traen entre varios sirvientes de la plaza: el pobre ha muerto... El cuarto cuadro es otra vez el del cortijo, a la luz de la luna. Soleá también ha muerto y la tribu de gitanos viene con flores hasta el féretro de la joven. El «Gato montés» llega igualmente, y su dolor es terrible ante el cadáver de su amada. Desesperado arrebata el cuerpo de la infeliz y huye a sus montañas. Por fin, el último cuadro nos muestra la gruta en que el «Gato» ha ido a esconderse con su presa. Entre las breñas el desgraciado dice a la muerta todo su amor y llora sin consuelo. Uno de los de su banda le anuncia que alguien se acerca, y Juanillo, que no tiene para qué vivir, le pide que no lo deje prender, que lo mate si la benemérita lo descubre. Llegan los del pueblo y tras ellos la Guardia Civil, y el «Gato montés» ordena a su hombre que tire al corazón, y cae muerto sobre el cadáver de Soleá.

Aunque el amor de la gitana es un poco raro y el proceder de Rafael más que singular, puesto que la primera quiere a los dos rivales casi por igual, y el segundo entiende la nobleza y el valor de un modo extraño, la pintura del ambiente, en lo que respecta a los tipos secundarios no deja de tener sus toques felices. Pero evidentemente lo principal en la obra y lo que el autor ha querido destacar es la música.

Tomadas todas las melodías del folk-lore andaluz, ya sea genuino o falsificado por los compositores de género chico, no tiene la pieza sino ese mérito de la exclusividad. El «cante flamenco» y el «Jondo» son las fórmulas habituales de todas las frases, los ritmos ternarios de la «Jota», de las «Peneteras», de los «Boleros», los binarios del «Garrotín» y del «Paso doble», con sus característicos acentos populares, llenan la partitura y se eternizan, unidos por cortos recitativos todavía perfumados de tufo intensamente español. Hay dos o tres fórmulas que tienen el intento de parecerse a temas, pero que surgen escuetos y se pierden luego, sin desarrollarse ni tomar importancia en la trama del asunto musical. Es que, en verdad, la obra no está construída en forma sinfónica, ni denota mucha pericia en el tratamiento de los motivos. Una orquestación más bien sencilla, confía a los instrumentos cantantes la conducción de los unísonos con las voces de la escena, y los demás instrumentos se limitan a marcar, por lo general, el ritmo y la armonización perfectamente tonal del acompañamiento. Son, pues, una serie de trozos característicos, muy bien tomados del tesoro musical español, aplicados con excelente tino a las situaciones del argumento, que forman unidos una zarzuela grande.

La realización vocal de «El gato montés» no es más que aceptable; los artistas no revelan grandes cualidades. La representación escénica es, en cambio, excelente, en especial modo el cuadro de la corrida. El maestro Rando dirige con extraordinario brío la ejecución.

«LA FAMILIA LAERNECHEA», DE DON EDUARDO TRONGÉ. — Las últimas funciones dadas por la compañía de don Roberto Casaux en el teatro Argentino pusieron en escena la comedia de don Eduardo Trongé, «La familia Laernechea», nueva ocasión prestada al director y primer actor del conjunto para demostrar las cualidades magníficas que lo señalan como uno de nuestros más grandes artistas.

Los incidentes de la comedia se reducen a la descripción del personaje principal y apenas hay en ella una acción verdadera o el desarrollo de una intriga real; pero el señor Casaux personifica tan admirablemente el tipo, pinta con tanta exactitud cada uno de sus dichos y de sus hechos, que él solo sostiene el espectáculo sin dejar un punto de ser interesante, característico y divertido. Tiene, en efecto, el señor Casaux la virtud, no común, por cierto, de transfundirse enteramente en su personaje, sin transparentar un momento su propia personalidad a través del ser representado, cambiando de naturaleza, de complexión, de temperamento, con la más fiel adaptación al individuo. Y precisamente de la perfección con que realiza esa metamorfosis proviene la comicidad de sus realizaciones, que resultan más de la precisión maravillosa de su juego escénico que de las salidas y chascarrillos que otros artistas se permiten con exceso.

La compañía al presente se ha trasladado al teatro de la Opera donde ha iniciado una temporada sumamente próspera con la comedia «¡Kolosal mujer!», de Hicken, que ya le dió sonados éxitos en el Politeama.

«UN HOMBRE DE NEGOCIOS», DE D. D. PARRA Y D. T. INSAUSTI. — La compañía Arata-Simari-Franco ha estrenado últimamente en el teatro San Martín la comedia en dos actos «Un hombre de negocios», de los señores Domingo Parra y Torcuato Insausti, como si al fin quisiera apartarse de las piezas de cabaret, que le dieron mejor resultado financiero que artístico.

La pieza de los señores Parra e Insausti es apenas un esbozo, si bien pretende incluirse entre las obras de tesis. Dos socios, cuyos hijos se aman, caen envueltos en la ruina, y mientras el uno arrostra las responsabilidades, purgando la quiebra en la cárcel, el otro huye, rehace la fortuna y vuelve triunfante. Pobre el uno, rico el otro, cada cual se queda con sus ideas del honor y de la dignidad. El mundo agasaja al rico y escarnece al pobre; pero el rico ve al fin su castigo en el rechazo que de su fortuna y de sus principios recibe de su propio hijo, quien al saber, de vuelta de un viaje, en verdad demasiado largo, el comportamiento de su padre, lo abandona para unirse con la hija del pobre.

No basta, ciertamente, poner en escena un conflicto de deberes o una lucha de sentimientos para hacer una obra de tesis. Las dos ideas de la probidad que en esa comedia se contraponen sólo están apuntadas y no conducen a un estudio psicológico de los personajes ni a una observación acertada del medio social. Hay, además, algunas fallas de construcción, como la ignorancia del joven enamorado acerca del destino de su amada... pero ya hemos dicho que se trata de un esbozo de comedia...

Se destacan en la ejecución la señorita Eva Franco y los señores Arata, Simari, Franco y Ciencia.

JOSÉ OJEDA.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, cuentos, novelas y notas: El Hombre y el Zorro juez. El Quirquincho flautista, la Chuña y las Hormigas justicieras, fábulas de **Juan Carlos Dávalos.** El extraordinario caso de mi muerte, por **Alfredo R. Bufano.** El escándalo parlamentario de la señorita Karpiskoa, por **Francisco Grandmontagne.** La «Pompadour» brasileña, por **Assis Cintra.** De los escarmentados, por **Rafael Ruiz López.** La balada de la duda, por **Eugenio Iglesias.** La hora de la resignación, por **Miguel de Unamuno.** Los lagos del Neuquén, por **Alfredo Marcos Muñiz.** El abrazo, por **Samuel Glusberg.** Brisas perfumadas, por **Dina Rosolimo.** El eslabón, por **Félix Esteban Cichero.** Loco, por **Lucas Ayarragaray.** La escalera, por **Jorge Courtalines.** El camino de la libertad, por **Percival Wilde.** Un drama grangiñolesco; caricaturas por Redondo. El drama de la sed, por **S. Fúster Castresoy.**

De Trenque Lauquen

La comisión pro Templo compuesta de caracterizados vecinos y concurrencia que asistió al acto de la colocación de la piedra fundamental de la futura iglesia.


Por más que usted busque no encontrará nunca un aceite puro de oliva tan delicado como el
Boccanegra

DE LA VIDA INQUIETA

El "plato del día"

LA VIZCONDESA CLAUDINA: Veintiocho años, bellísima y — según dicen — viuda varias veces de ambas manos; pero absolutamente irreprochable siempre en sus trajes, conversaciones y actitudes. Viste de blanco. Sus ojos y sus cabellos son del color de la miel.

DON VICENTE, MARQUÉS DEL CHÁPIRO: Seductor de oficio, algo averiado por nueve o diez lustros de vida ociosa, y con amigos en todos los buenos casinos de Europa.

La escena en un restaurant *chic*, al aire libre. El camarero acaba de retirar el «segundo plato», casi intacto.

CLAUDINA. — No come usted nada, marqués.

DON VICENTE. — Muy poco.

CLAUDINA.—¡Mal hecho!... Hace usted la vida de un muchacho; no se abandone usted. (*Le mira coqueteando.*)

DON VICENTE. — No hallo manera de despertar mi estómago: me he puesto inyecciones, me he envenenado con toda clase de aperitivos, y ¡nada!... Lo único que me estimula algo es leer, en ayunas, los telegramas que publica la prensa respecto del hambre en Rusia.

CLAUDINA *hace un pequeño gesto.*

DON VICENTE. — El ver comer incita a comer; creeríase que nuestro estómago se llena de envidia. Esta pasión tan calumniada dicta acciones vituperables, muy cierto, pero también nos obliga al trabajo, padre del Bien. Por envidia queremos ser gloriosos, queremos ser ricos, tener el mejor automóvil, vivir en los mejores hoteles. La envidia es amarga; todos los buenos aperitivos lo son... Cuando veo un hombre del brazo de una hermosa mujer siento envidia de su felicidad y el recuerdo de usted se recrudece: «Si ella me amase — pienso — yo sería dueño de la mujer más linda de España».

CLAUDINA (*mimosa*). — Hasta que se cansase usted de mí: en el amor, como en la mesa, hay un momento en que, fatalmente, llegamos a los postres.

DON VICENTE. — Ese es un grave error lanzado a la circulación por algunos psicólogos de bazar. El cáncer, cuanto más come, más grande es. Claudina: El amor que yo le ofrezco sería como el cáncer... (*Transición.*) Esta langosta que acaban de servirnos parece excelente. ¡Hasta mi estómago se ha conmovido! ¡Voy a servirla a usted!...

CLAUDINA (*afectando gravedad*). — Pero, ¿es verdad lo que ha poco decía usted a propósito del hambre rusa?

DON VICENTE (*sorprendido*). — ¿Usted no lee periódicos?

CLAUDINA. — Los de «moda» únicamente.

DON VICENTE. — ¡Otra equivocación!

CLAUDINA. — ¿Cuál?

DON VICENTE. — Creer que la moda se refiere únicamente a los trajes. ¡Tiene usted candores infantiles! La moda, como la atracción telúrica, está en todas partes. La moda interviene en la indumentaria, en las ciencias, en las bellas artes... En literatura, en arquitectura, hay modas también. ¡Hasta en filosofía!... Nietzsche hace algunos años estuvo «de moda». Más tarde, el modisto de las ideas — de esas ideas que «lleva» todo el mundo — fué Bergson... La inclinación de los hombres a imitarse unos a otros ejerce influencia asimismo en los asesinos: hubo una época, por ejemplo, que podríamos llamar «la era del vitriolo», durante la cual las armas de fuego parecían decirse: «¿Para qué nos habrán inventado?...»

CLAUDINA (*interrumpiéndole*). — Sí, pero... el hambre rusa...

DON VICENTE. — A eso voy; el arte culinario no podía substraerse al momento histórico que sufrimos: actualmente el «plato del día» es la carne humana.

CLAUDINA. — ¡Qué horror! (*Moja sus labios en una copa de chablis.*)

DON VICENTE. — Generalmente son las naciones poderosas y ricas las patrocinadoras de «la moda». En el caso que nos ocupa ha sucedido lo contrario, y hay una graciosa paradoja en el hecho de que no sea un pueblo harto si no un pueblo famélico el descubridor de ese nuevo plato. Maupassant asegura que, una vez, por curiosidad, comió carne de niño, y que no le gustó...

CLAUDINA. — ¡Marqués!... (*Suplicante.*)

DON VICENTE. — La encontró insípida...

CLAUDINA (*melindrosa*). — Conseguirá usted que la langosta me haga daño.

DON VICENTE (*seguro de que la vizcondesa se queja por gusto*). — Pero de Guy de Maupassant, que finó sus días en un manicomio, no debemos hacer caso. Además — y esta consideración la estimo capital — en su época la carne humana «no era de moda». Francia la primera, y luego Inglaterra, Alemania, Italia, los Estados Unidos, han impuesto al mundo sus trajes, sus químicos, sus músicos, sus deportes. ¡Buenos Aires, un día, cruzó el Atlántico y conquistó a Europa con su «tango argentino»!... Unicamente Rusia, la inmensa, la desconocida, permaneció postergada hasta este momento, en que sus cocineros han revolucionado el arte culinario universal con un plato nuevo.

CLAUDINA (*divertida*). — ¿Cree usted que la moda se impodrá?

DON VICENTE. — Probablemente, no; pero supone



—¿Entonces, tío, no os molesta que pasemos aquí nuestras vacaciones?

—Bien seguro que no, muchacho... Con la gente, aves y cochinos que somos en casa... dos de más o de menos no tiene importancia.



—¿Usted canta también?

—No, señora; pero hago lo que quiero con mi instrumento.

—¿Y por qué no se hace usted un traje?



por

EDUARDO ZAMACOIS

un anhelo de renovación y debemos aplaudirla. Sin embargo, Rusia haría mal si se adjudicase íntegro el mérito de su descubrimiento: el canibalismo bolchevique tiene sus antecedentes en España.

CLAUDINA *arquea sus cejas discretamente pintadas.*

DON VICENTE. — Todas las semanas en la «crónica roja» de nuestros periódicos leemos noticias rotuladas así: «Terrible mordisco». O bien: «Se queda con la oreja de su rival entre los dientes»... Esto demuestra que la renovación culinaria de que hablamos pudo nacer en España; desde luego estamos obligados a reconocer que únicamente debía producirse en un pueblo mal alimentado. Desgraciadamente el español es perezoso, todas sus cosas las hace a medias, y por eso nuestros antropófagos no acaban nunca de cerrar perfectamente las mandíbulas; además comen poco y con un par de mordiscos se sienten satisfechos. Evidentemente la raza declina; estamos depauperados. De aquí que la gloria de haber aplicado a la cocina moderna el canibalismo de «los primitivos» corresponde a Rusia.

CLAUDINA. — ¿Qué lástima, verdad?

DON VICENTE. — Yo estoy inconsolable; tanto más cuanto que nosotros hubiéramos puesto en ese «último grito» del arte culinario una gracia latina. El pueblo ruso no es capaz de nada semejante; el ruso— oiga usted a sus grandes novelistas— es rudo, brutal, cruel...

El delicioso momento de la sobremesa ha llegado. El camarero trae el café y las copitas para los licores. La señora vizcondesa beberá *Marie Brisard*, que es dulce. El marqués del Chápiro prefiere el *Kummel*. Un silencio.

DON VICENTE. — Una revista rusa que aparece en París publica noticias interesantísimas acerca del canibalismo moscovita. Los psiquiatras aseguran que la mayoría de esos antropófagos, que sin haber llegado a la locura del hambre comen carne humana, son individuos de malos antecedentes y de inteligencia mezquina. La revista habla de un caníbal de veintitrés años que ha devorado diez y seis personas.

CLAUDINA.—¡¡No!!... (*Se cubre los ojos con las manos.*)

DON VICENTE (*galante*). — No sé si gano o pierdo mirándole a usted las manos en vez de mirarle los ojos.

CLAUDINA (*horrorizada sinceramente*). — ¿Ha dicho usted diez y seis personas!

DON VICENTE. — Sí, vizcondesa; diez y seis: la primera fué su esposa.

CLAUDINA. — ¡Oh!... ¡qué fiera!... ¿Es posible? Los otros quince crímenes son horribles también; pero el de comerse a su mujer es el más espantoso de todos: ¡Vale por los quince!...

DON VICENTE (*siempre paradójico*). — Según consideremos la cuestión. Se ha observado que los infelices rusos, cuando ya no pueden resitir la desesperación del hambre, no salen a la calle, sino que se mastican «en familia»: los padres se comen a los hijos, y viceversa; la esposa se concierta con sus hermanas para guisar al marido. En una palabra: los actos de canibalismo ocurren siempre entre personas que se quieren. Es una teoría que hallo bastante defendible, especialmente en el caso del marido que devora a su mujer.

CLAUDINA *se santigua.*

DON VICENTE. — ¿De qué asombrarse? Una de las manifestaciones supremas del amor es la crueldad: por amor se perdona... por amor se mata...

CLAUDINA (*ríe, hace guiños dubitativos*). — Sí, sí; acaso tenga usted razón. Desgrieux perdona...

DON VICENTE. — Y Otello mata.

CLAUDINA. — Pero de matar a Desdémona, a comérsela...

DON VICENTE. — No hay tanta distancia como usted supone. (*Irónico.*) Vamos, vizcondesa, un poco de memoria... Usted ha sido amada.

CLAUDINA (*vivamente*). — Mucho, marqués.

DON VICENTE. — Lo sé: y... de «aquél» recibió usted, seguramente, más de un buen pellizco.

CLAUDINA (*evasiva*). — ¡Bah!...

DON VICENTE. — ¿Verdad? Y acaso algún mordisco...

CLAUDINA *en la imposibilidad de ruborizarse vuelve la cabeza.*

DON VICENTE. — ¿A qué negar? La pasión ciega, la que vendó a Cupido los ojos, no sabe, fijamente, si besa o si muerde.

CLAUDINA. — ¿Podrá usted callar? Me hace usted reir... Llamamos la atención...

DON VICENTE. — ¿No ha oído usted cómo las madres, en sus raptos de amor, dicen a sus hijos: «Mi vida, mi luz, te comería»?...

CLAUDINA. — Sí, muchas veces.

DON VICENTE. — Y usted misma, al despedirse en una carta del hombre amado, ¿no ha escrito nunca esta hipérbole, divina y bárbara: «Adiós; te «como» a besos»?

CLAUDINA *ríe, vencida.*

DON VICENTE. — ¿Y dónde dejamos aquella frase tan frecuente en las novelas: «Fulano miraba a Zutana «devorándola» con los ojos». Convenimos, pues, que entre un amante y un antropófago apenas existe diferencia.

CLAUDINA (*apurando su cuarta copita de Marie Brisard*). — Lo que usted disponga.

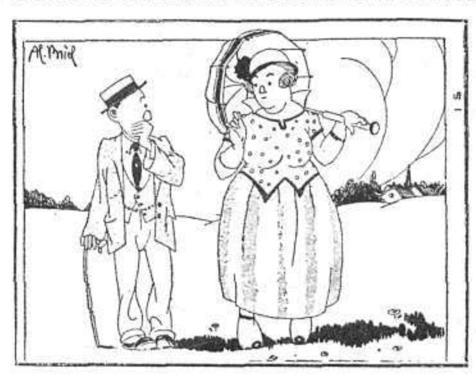
DON VICENTE (*entusiasmado y ahuecando la voz cómicamente*). — Vizcondesa... yo llevo dentro un ruso.

CLAUDINA. — ¿Quiere usted ser juicioso? (*Ríe a carcajadas. El licor la ha aturdido.*)

DON VICENTE. — Vizcondesa... ¡me la comería a usted!... (*Está encendido.*)

Pasa un camarero.

CLAUDINA (*aprovechando la oportunidad*). *¡Garçon!* (*Al marqués, aparte.*) Pida usted la cuenta.



LOS TIEMPOS CAMBIAN

— Decididamente, Gustavo, veo que ya no me amas... Hace 20 años me habrías tomado en tus brazos para pasar este arroyo.



— Oiga; por el precio de la pensión la comida es escasa.
— ¡Sí, pero usted no cuenta el aire del país, que es muy nutritivo!

Notas varias



Doctor Tomás M. González, vicepresidente de la Unión Cívica Radical. — Pampa.



Escribano señor Arturo Bravo Laguna, nombrado titular del registro número 112.



Señor Pablo G. Boulenger, elegido director S. de la C. de Jubilaciones de E. P. y S. Públicos.



Señor Pedro Regau, inspector general del Crédito Argentino. — Navarro.



Doctor Santiago Curci, recientemente egresado de la Facultad de Medicina.



Doctor Alberto Fernández del Casal, que ha obtenido el título a los 18 años.



Doctor J. Carlos Laffont, laureado recientemente doctor en química en la Universidad de la Plata.



Doctor Humberto Visetti, cuya actuación motivó una sentida demostración del vecindario de Rufino.


El mayor atractivo a que aspira toda dama elegante es a obtener un cutis blanco y terso; para conseguirlo emplee en su tocador nuestros productos de belleza, indiscutiblemente los mejores, como son el
JABON HIGIENICO
la CREMA HIGIENICA
y el insustituíble
POLVO GRASOSO
Brissac.
Sus componentes purísimos, su exquisito y delicado perfume no admiten rivales en su superioridad.
Agua Colonia "Royal Brissac", frasco satinado, gran fantasía, tapón vidrio esmerilado, perfume suave y penetrante.
L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443/55
Unión Telefónica, 2045, Belgrano
Loción "Perles D'Amour". Perfume fino de la selva, frasco fantasía con tapa esmeril y estiligut de vidrio.
Artículos todos de esmerada preparación, alta calidad y refinado buen gusto.
Extracto "Brissac Delicieuse", perfume exquisito, extra fuerte, muy duradero, en un elegante estuche, imprescindible para toda dama elegante.
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
JABON HIGIENICO Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro



Picnic realizado el 25 de agosto de 1922 por la "Sociedad Patrones Peluqueros Unidos".

CONTRA EL RUIDO DE LAS FABRICAS

Algunas autoridades municipales opinan que el ruido ensordecedor y constante ejerce saludable influencia en el organismo, y a ese error debemos en parte las enfermedades nerviosas que padecen muchos habitantes de las ciudades populosas. Por más que el individuo esté acostumbrado a un bullicio continuo, hasta el punto de no darse cuenta de que lo está atormentando, es cosa probada que el ruido ejerce en los nervios un efecto deletéreo. Así lo piensa el técnico alemán Walter Ritter, quien recientemente ha propuesto ciertos métodos para eliminar, o por lo menos reducir el estrépito de las fábricas, de los talleres, de las minas, etc. Según el dicho ingeniero, importa mucho que, antes que al ruido mismo, se atienda a las vibraciones que lo producen, pues que son esas vibraciones las que dañan el sistema nervioso.

Lo primero que recomienda es que los fundamentos en que descansa cada máquina sean completamente sólidos, macizos y resistentes a la presión, y el mejor material de que pueden hacerse es el hormigón armado, o la escoria puesta en mortero de cemento puro. Un cimiento semejante no disminuiría el ruido, sin embargo, pues que esos materiales son muy buenos conductores del sonido, y como uno de ellos se hace indispensable por su firmeza y solidez, el ingeniero Ritter aconseja que se mezcle el cemento con arena de cuarzo y finalmente con piedra picada, hasta formar una capa de 10 centímetros de espesor, que venga a servir de base al cimiento. Sobre esa base se ponen capas sucesivas de material muy poco diferente, cal gris y "kieselguhr", cada una de las cuales va firmemente conectada con la de abajo. La capa más alta que remata la obra se hace de cemento kieselguhr y ha de tener de 10 a 20 centímetros de espesor. Un cimiento así formado amortigua mucho el sonido y reduce las vibraciones, porque el uso del material llamado kieselguhr comunica elasticidad al cemento.

La vibración se reduce por medio de un material aislador, y el mejor de esos materiales es la goma elástica, pero ésta no disminuye el ruido. El mejor material que puede ponerse bajo una máquina para omortiguar el ruido es el fieltro de madera muy grueso. Este fieltro opone gran resistencia a la presión, y tiene mucha elasticidad. La experiencia ha comprobado que no llega a deformarse con una presión de 1,450 atmósferas.



¡Pobreza, divina pobreza!

Por Alberto Hidalgo

— Señor Ureña — me dijo a poco de entrar, Tulio Malbrán— señor Ureña, usted perdone... vengo a decirle... lo he pensado mucho... usted perdone... pero... usted perdone...

— ¡Acabe usted, hombre! ¿Qué le pasa?

— ¡Señor Ureña!

— No tenga vergüenza. No tenga temor. Soy su amigo. Lo que usted quiera. Todo lo que yo pueda. Todo. Poco ha de ser. Como sabe, soy pobre. Pero algún sacrificio se hará. ¡No faltaba más! ¡Ya sabe! Hable, hable. ¿Qué le pasa?

— ¡Señor Ureña! ¡No puedo aceptar el puesto que me ha ofrecido!

— ¿Cómo? ¿Le parece poco?

— ¡Me parece mucho!

— ¡Usted se burla, Malbrán! Me deja perplejo. En cuanto me ofrecieron ese puesto, pensé en usted antes que en mí, a pesar de que mi situación no es mejor que la suya. Aquí, en casa, hubo disgustos. La familia quería, naturalmente, que aceptara, y se me llamó loco y hasta desalmado no bien dije que no. Yo pensaba en usted. Usted, con el mísero sueldo que tiene actualmente, con siete hijos y mujer, todos metidos en un zaquizamí, sin amigos, triste, solo, tenía, tiene más que yo derecho a mejorar. Verdad que mi situación no va en zaga de la suya. Verdad. También tengo mujer. También tengo hijos. También vivo en una pieza y gano poco. Pero ¡qué diablo! usted debe sufrir más que yo. Al menos así me lo parece, así lo supuse. Por eso le cedí el cargo. Ahora viene a decirme que no lo acepta, que le parece mucho, y yo no sé qué contestarle. Yo no sé...

— ¡Señor Ureña! Yo se lo diré todo, se lo diré todo. Pero antes prométame que no se va a enfadar conmigo, que me perdona.

— ¡Sí, hombre, sí! ¡Aunque no tengo nada de qué perdonarle!

— Usted verá. Yo tenía dinero, hace unos diez años. Me casé. Creí estar enamorado de mi novia, y no debí estarlo porque al poco tiempo de matrimonio, al poco tiempo, me sentí harto de ella. Y como me sentí, obré. Cada día volvía más tarde a casa. Me distraía en los teatros, en los cafés, en los clubs. No me faltaban amigos, ni amigas. A aquellos les convidaba copas; a éstas, besos, besos y monedas. De cuando en cuando el alcohol se me subía a la cabeza. Entonces me ponía hecho una furia. Mi mujer lloraba, lloraba de verme. Y yo, irritado por sus lágrimas y sus consejos, le pegaba, le pegaba.

— ¡Oh!

— Sí. Le pegaba. Mis hijos mayores, instintivamente, sin comprender nada, claro está, al ver llorar a su madre, poníanse a llorar también. Y avanzaban hacia mí sus bracitos suplicantes. Yo no sólo no me conmovía, sino que, exacerbado, exasperado por los chillidos, los tundía a todos, hijos y madre. Bofetadas, puntapiés, latigazos, repartía a siniestra y a diestra. Luego me marchaba a la calle, a los lupanares, hambriento de besos, ávido de vino...

— ¡Oh!

— De repente sucedió lo que tenía que suceder: la anemia de la hacienda, el desmedro del crédito, la angustia de la amistad. Quedé en la miseria. Faltaba el pan en mi casa. Mis hijos, mi mujer, yo mismo, íbamos cada vez más a prisa hacia la tuberculosis, a la muerte. De pronto alguien me consiguió el puestecillo que ahora tengo. Fué un día de gloria. En casa todos lloramos, pero esta vez de contento. Mi mujer púsose a coser, a tejer, a dar lecciones, con el fin de ayudarme. No volví a salir de noche ni de día, salvo las veces en que lo hacía seguido de mi prole. Hoy amo con delirio a mi mujer, a mis hijos. Los adoro. Sólo el pensamiento de que ella o ellos han de morir, me hace llorar...

Y Tulio Malbrán púsose a llorar desaforadamente, como un niño. No pude contenerme más, y me arrojé en sus brazos, llorando yo también como otro niño. Le dije:

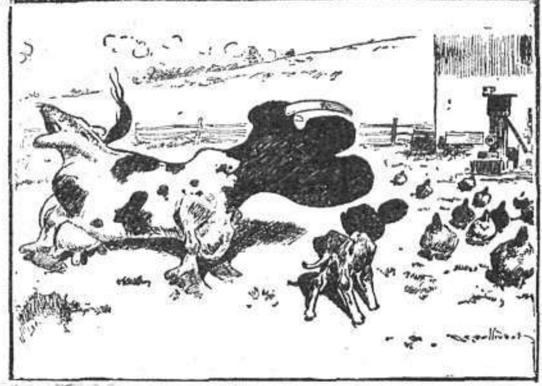
— ¡Tulio! ¡Tulio! ¡Usted me acaba de contar mi propia vida! ¡Ha hecho usted mi biografía! ¡Esa es mi historia!

Quedó absorto.

— ¿Usted? ¿Usted también? — acertó a preguntar.

— ¡Yo! ¡Yo también! — le contesté.

Y esa tarde, eufóricos de nuestra pobreza, arrojando la fortuna que nos visitaba en forma de mejor empleo, Tulio Malbrán y yo, Carlos Ureña, el uno en los brazos del otro, lloramos, no ya como dos niños, sino como dos hombres...



El ternero (refiriéndose a la bomba). — ¿Qué es eso, madre?
La vaca. — Eso, querido mío, es una bomba. Hemos trabajado en colaboración durante muchos años.



— Bueno; ¿quiere usted un pedazo de pan por partir ese tronco?
— Señora, soy un hambriento pero no un desesperado.

Notas Sociales

No no es posible substraernos, amigas lectoras, a la sugestión del ambiente oficial; insensiblemente, ya sea como actoras o como espectadoras, sufrimos en estos momentos la poderosa atracción de las altas esferas... Todo en ellas nos fascina y nos atrae: la nota brillante y señoril en medio de las manifestaciones democráticas; las curiosas combinaciones de último momento; los mil diversos comentarios en derredor de las personalidades de primera fila, y hasta la nota sentimental que realza con sus trazos luminosos tanta ceremonia protocolar...

Alguien ha mencionado con cierta malignidad, comentando una sonada renuncia, el «ocaso de los dioses»... Pero muchas veces las decepciones de nuestra humana ambición se desvanecen y hasta se olvidan ante la esperanza de ver realizarse el más caro de los ensueños sentimentales, y entonces ¿quién puede recordar ni lamentar la pérdida de una posible e importantísima embajada?

Mientras uno de los dioses cuyo ocaso augura la maledicencia oficial navega rumbo a la más hermosa bahía del mundo, le acompaña sin duda la visión de una arrogante y juvenil figura que se ha dejado conquistar por el talento y la firme energía que han distinguido al joven político en su actuación durante el régimen que termina... Al verle frío y austero, haciendo alarde siempre de sus principios democráticos, hasta en los más nimios detalles de la vida diaria, nadie hubiera podido prever que llegara a subyugarle la aristocrática, hermosísima figura que lleva — por singular coincidencia — el nombre predilecto de emperatrices o altezas reales; su porte señoril, su lozana belleza, han hecho una impresión profunda en el corazón que se creía tan bien defendido bajo su glacial envoltura... Luego no le ha faltado tampoco el acicate del amor propio herido, dado que, según se susurra por ahí, la proverbial altivez, o mejor dicho, el *snobismo* vanidoso de ciertos allegados de la bella figura femenina no estaban muy de acuerdo con su inclinación sentimental... Pero tan interesante incógnita ha de despejarse en breves días más, al regreso de la histórica visita...

Mientras tanto, en medio de las brillantes recepciones oficiales, muchas de ustedes, amigas mías, observan con verdadero interés como viven *sous le charme* (¡es tan bonito decirlo en francés!) de algunas de nuestras más interesantes porteñas, personalidades muy destacadas de la diplomacia extranjera... Se asegura que el cultísimo jefe de una misión sudamericana no puede substraerse al encanto fascinador de una atrayente figura juvenil; nadie como ella sabe decir los versos armoniosos de Musset o de Rostand, ni nadie puede expresar con mayor sentimiento las melancólicas endechas criollas, la gracia de las canciones sevillanas que acompaña al rasgueo de su guitarra; pero ninguna de nosotras ha podido averiguar aún si la interesante criolla de nombre hebreo se inclina a aceptar los homenajes del distinguido diplomático; si se decidirá a iluminar con el dorado reflejo de sus cabellos y la clara mirada de sus ojos verdes, el viejo hogar, allá en la poética ciudad llamada la perla del Pacífico...

Rápida y decisiva parece también la conquista de un simpático secretario de embajada que al llegar al nuevo mundo ha tenido la suerte de descubrir en él la más fascinadora de las piedras preciosas: una perla... y lo que es más; una perla que posee la ciencia del *flirt*, con gracia e ingenio a la vez, porque si la gracia chispea en sus negros ojos, es más peligrosa aún la armonía de una estrofa dicha por su autora con una voz vibrante de emoción, o el fresco estallido de su risa juvenil...

Si se abandona por un momento el tema sentimental, los chismecillos de actualidad — allá en las más altas esferas — recobran inmediatamente la preferencia de las que vivimos como actoras o espectadoras de los mil diversos acontecimientos de los días que corren, y merecen especial interés las ambiciones que surgen en derredor del sol que nace... Porque la crónica analiza sin piedad las pequeñas rivalidades íntimas, que suelen ser tan importantes como las que exterioriza la lucha política; así se susurra la derrota sufrida en un día memorable por las aristocráticas y severas personalidades femeninas que se consideraban con derecho exclusivo para ser los satélites favoritos del astro que se levanta; parece que las sorprendió dolorosamente la aparición de alguna estrella errante cuyo fulgor se creía apagado por completo. El hecho es que la crónica maligna tiene tema muy sabroso y que reina una ansiosa expectativa en los altos círculos mundanos. ¿Triunfará la tradición austera e intransigente? ¿Podrá ser suavizada por una tolerancia inspirada en afectuosos y arraigados antecedentes?

¡Chi lo sa!

De todas maneras iniciamos una nueva jornada en nuestras actividades políticas; por lo menos no tendremos que temer una relativa separación entre la vida social y la mundana, porque hasta ahora sólo dos interesantes figuras femeninas eran las que habían conseguido establecer una *entente* cortés entre los círculos oficiales y los netamente mundanos. Porque sólo el respeto y la simpatía que irradian tales personalidades pudo hacer el milagro! La unión ha de ser absoluta esta vez; y ha llegado el caso de probar que la democracia no debe vivir reñida con la cortesía...

No podremos observar ya ni saborear ciertos pequeños detalles llenos de interés; asegura Monsieur Potín que hace muy pocos días, en el acto inaugural de una importante exposición, hubo de discutirse entre dos eminentes personalidades, la oficial y la que representaba a una importante entidad, si los discursos de apertura debían pronunciarse con sombrero o sin él; por último triunfó quien encarnaba la tradición de hidalga cortesía... Pero, en otra oportunidad, cuando se despedía con toda ceremonia una comitiva histórica, dióse el caso que una dama se acercara al ilustre personaje que debía tomar el tren, para pedirle disculpa por la demora de su hijo a quien retenía hasta último momento el Jefe del Estado; y el aludido personaje, *sin descubrirse* ante la dama, y con las manos soldadas a sus bolsillos, contestó un «no es nada, señora...» sin, recordar, ni por asomo, alguna remota lección de cortesía...

La dama duende

Buenos Aires, septiembre 5 de 1922.

NOCTURNO

Un aire fresco limpia las estrellas.
La luna se aparece entre los pinos
y los caminos
surcan las negras rayas de las huellas.

Una ranita toca su cristal
y el silencio que sigue es tan profundo,
que se diría que ha inundado el mundo
una paz celestial.

El cielo es rumoroso como un río,
vuelca sus anchas hojas el nogal
y la ranita toca su cristal,
bajo el rocío.

LEÓNIDAS BARLETTA

Instrumentos Musicales America son imitados pero nunca igualados

Nuestras Grandes Ofertas Reclame

N.° 3013. — Muy buena **GUITARRA**, de voces inmejorables, construída con maderas bien estacionadas, $ **12.—**

N.° 3015. — **GUITARRA** construída en madera extrafina de nogal, cenefa alrededor de la tapa armónica y mosaicos en la boca y cabeza, a pesos.......... **17.—**

N.° 3002. — Hermosa **GUITARRA** construída en madera especialmente escogida de nogal, doble filete alrededor de la tapa armónica, incrustaciones de nácar en la boca......... $ **25.—**

N.° 3021. — Preciosa **GUITARRA** en maderas finas especialmente elegidas. Bonitas incrustaciones de nácar en la boca, voces inmejorables, a pesos........ $ **36.—**

Con cada GUITARRA regalamos el método AMERICA para aprender sin maestro. Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico, aumentando su precio en $ 3.—.

Otros modelos de Guitarras hasta pesos....... **500.—**

Guitarras América

Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

MANDOLINES "AMERICA" de renombrada fabricación italiana. Son los preferidos por su *sonoridad* y elegancia.

N.° 5613. — Precioso **MANDOLIN**, clase buena, voces melodiosas, escudo calado, filetes alrededor de la tapa armónica, finas incrustaciones de nácar en la boca, lira imitación carey, clavijero mecánico. Precio con método para aprender sin maestro....... $ **24.—**

Otros modelos, desde pesos **11.—** hasta $ **400.—**

VIOLINES modelo STRADIVARIUS de fabricación esmerada y voces incomparables.

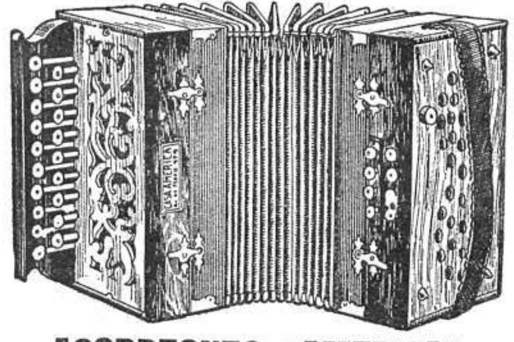
N.° 4100. — **VIOLIN de estudio.** Completo con arco y pez (sin estuche)..... $ **25.—**

N.° 4101. — **VIOLIN tipo Conservatorio.** Completo con estuche, arco y pez..... $ **30.—**

N.° 4102. — **VIOLIN de Orquesta.** Completo con estuche, arco y pez.......... $ **35.—**

N.° 4002. — **VIOLIN de Salón.** Completo con estuche, arco y pez.......... $ **42.50**

Otros modelos finos y antiguos, hasta $ **1000.—**



ACORDEONES "AMERICA"

Los más renombrados por su sólida construcción, terminación esmerada y sonido fuerte y vibrante.

¡OJO! AFICIONADOS ¡OJO! — OFERTA SIN PRECEDENTES

Por sólo **$ 21.—** remitimos libre de todo gasto a cualquier punto de la República, este precioso ACORDEON de 8 bajos y 19 voces, artículo verdaderamente fino que vale el doble. Con el ACORDEON regalamos además el método fácil para aprender a tocarlo en pocos días. Tenemos también un grandioso surtido de Acordeones a piano y semitonadcs que ofrecemos en condiciones muy ventajosas. —

Gran Catálogo ilustrado del instrumento que le interesa, remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

CASA AMERICA

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES **NO CERRAMOS LOS SABADOS**


VALOR LEALDADE E MERITO
LUIS DUFAURS
DOM LUIZ
1830
PORTO
MARTINS & Cia
LUIS DUFAUR
SUCCESSOR
BUENOS AIRES

BUENOS AIRES, 16 DE SEPTIEMBRE DE 1922

AÑO XXV

CARAS Y CARETAS

N.º 1250

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL

RECEPCION OFRECIDA POR EL MINISTRO DOCTOR PEDRO DE TOLEDO

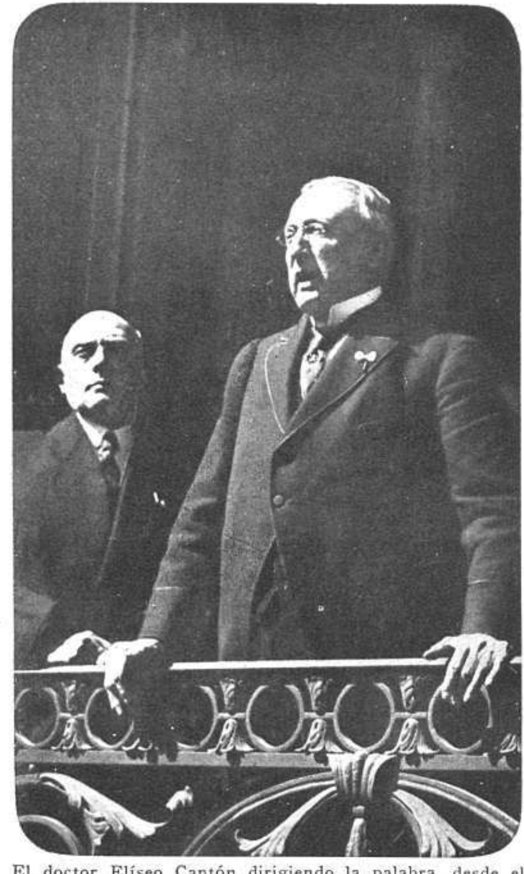
A los actos populares celebrados con intenso regocijo por nuestro pueblo, deben agregarse los que con carácter oficial se han llevado a cabo en esta capital, y en los cuales las autoridades nacionales y la sociedad argentina significaron elocuentemente su homenaje de cariño y admiración hacia el país hermano, en el día de su fiesta magna. El culto representante de Brasil y su distinguida esposa aparecen en esta fotografía, con el senador nacional doctor Vicente Gallo y el doctor Manuel Augusto Montes de Oca, en uno de los salones de la legación.

FOTOS DE BELL.

ACTOS POPULARES EN HOMENAJE AL BRASIL



Instante de plantarse la "Araucaria Brasilensis" en la plaza Constitución; ceremonia auspiciada por la Sociedad Forestal Argentina. El ministro del Brasil arrojando la primera palada de tierra sobre las raíces del simbólico árbol.



El doctor Elíseo Cantón dirigiendo la palabra, desde el balcón de la legación al público que desfiló ante ella. Formaron en la manifestación, las autoridades nacionales, asociaciones deportivas, establecimientos educacionales y un inmenso público, que aclamó con patriótico entusiasmo el nombre de la gran nación.

La cabecera de la grandiosa columna al llegar al palacio de la legación, desde cuyos balcones el doctor Toledo presenció su paso, visiblemente emocionado.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

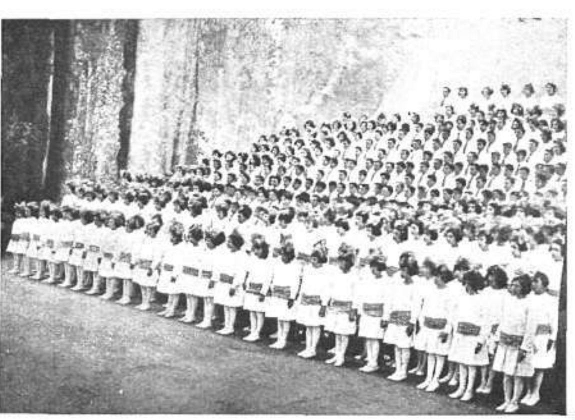
Banquete en honor del Presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, ofrecido por el ministro del Brasil



Los concurrentes al suntuoso banquete servido en la legación. En primera fila se hallan, de izquierda a derecha: el embajador de España, marqués de Amposta, las señoras: Julieta Meyans de Pueyrredón, esposa del ministro de Relaciones Exteriores, y Francisca Da Gama Cerqueira, esposa del diplomático brasileño, el presidente de la república, la señora Regina Pacini, esposa del presidente electo doctor Alvear, y el ministro del Brasil doctor Pedro de Toledo; de pie el doctor Marcelo T. de Alvear, miembros del Poder Ejecutivo, los presidentes de las Camaras de Senadores y Diputados, el presidente de la Corte Suprema, el ministro de Portugal y distinguidas damas. FOTO DE BELL.



Dr. LUCIO M. QUINTANA. Recientemente nombrado subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, en reemplazo del doctor Diego Luis Molinari que renunció a ese cargo.



HOMENAJE ESCOLAR AL BRASIL. — Niños de distintas escuelas dependientes del Consejo Nacional de Educación que tomaron parte en el hermoso festival realizado en el Teatro Colón, al que asistió el presidente de la República y sus ministros.



Dr. TOMAS S. VARELA. Designado por el P. E. para ocupar la cátedra de Dentistería operatoria en la Facultad de Medicina, desempeñada anteriormente por el doctor Nicasio Etchepareborda.

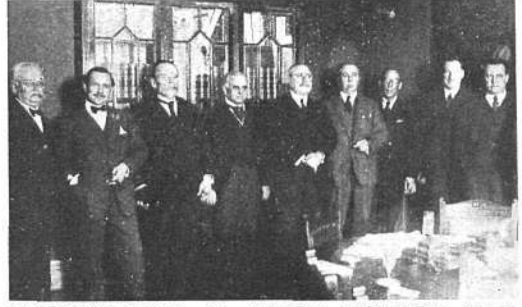


EN HONOR DEL MINISTRO DEL BRASIL. — El diplomático brasileño rodeado por los asistentes al banquete que le ofreció el ministro de Portugal, festejando la gloriosa fecha que celebra su país.

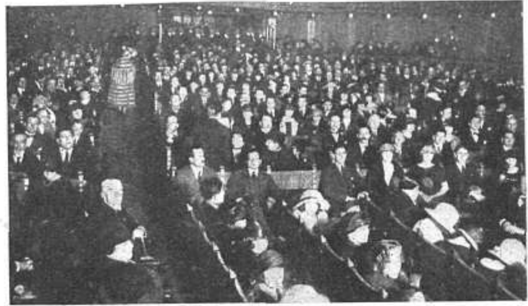




FESTIVAL DE BENEFICENCIA A BORDO DEL VAPOR "MASSILIA" — Grupos de distinguidos concurrentes a la fiesta efectuada en dicha nave, cuyo producto se destinó a beneficio de las Cantinas Maternales y del Aero Club Argentino.



DEMOSTRACION AL SEÑOR ERNESTO MANGUDO. — El obsequiado, con los miembros del directorio de la Cámara Gremial de Cereales y personal superior de la misma, que le tributó un simpático homenaje con motivo de haber cumplido sus bodas de plata en el cargo de secretario de esa institución.



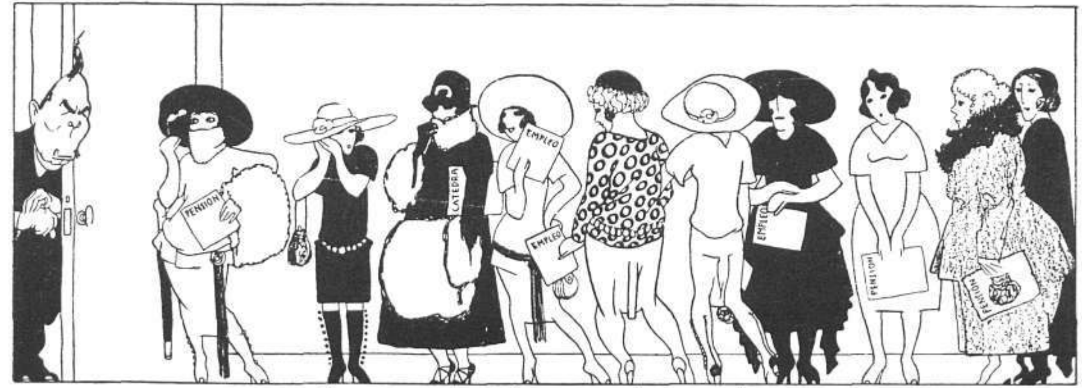
PRIMER CONCIERTO RADIO-TELEFONICO EN NUESTRO PAIS. — Aspecto que presentaba la sala del teatro Cervantes mientras se verificaba el novedoso concierto radio-telefónico, organizado por la sociedad Radio Argentina.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

DICHO Y HECHO, POR SIRIO

EN LA CASA ROSADA

(AUTÉNTICO)

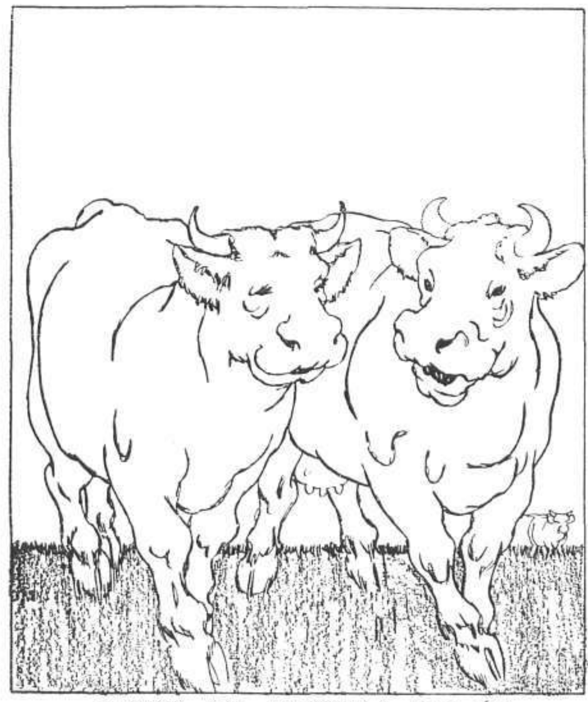


—Que pasen primero las que no tienen sombrero.



MORALEJA

Señoras: para ver al presidente,
deben ir sin sombrero. Es lo prudente.



TODO SE ESPERA DE ÉL

— Hasta nosotras lo esperamos todo de Alvear. ¡A ver si aumentamos de precio!



OBJETOS PERDIDOS

La policia, después de rápida pesquisa, ha encontrado el bastón que se dejó olvidado en un automóvil el doctor Alvear el día de su llegada. Hacemos votos porque no le suceda lo mismo en el otro.

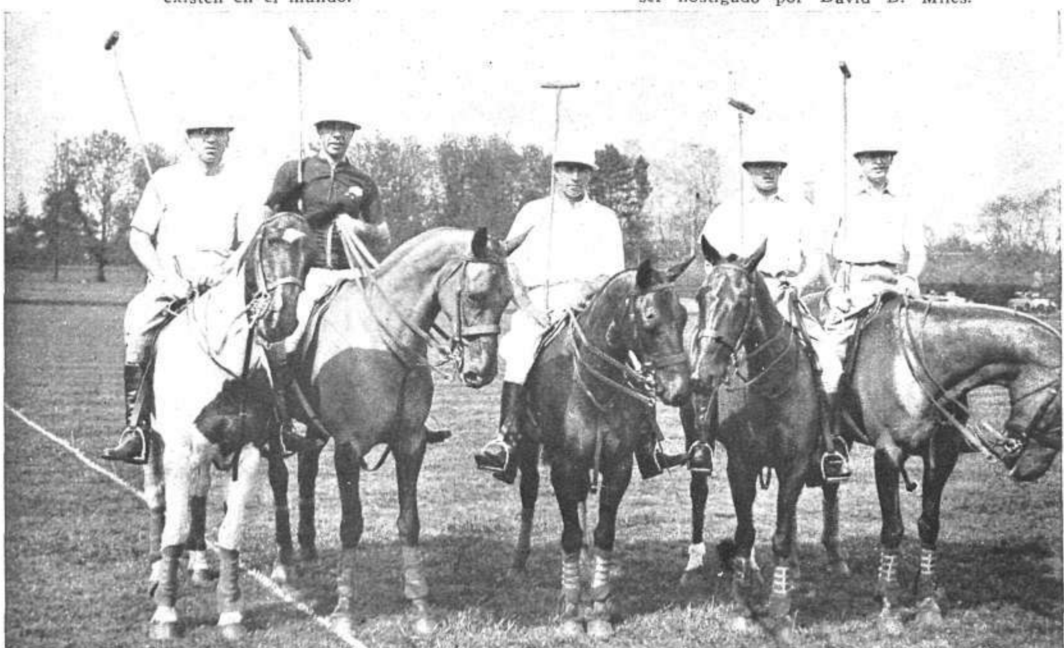
Los grandes triunfos del deporte argentino en el extranjero



Luis Lacey, el famoso capitán del team argentino, considerado por los peritos ingleses y norteamericanos como uno de los jugadores de polo más completos que existen en el mundo.



Interesante fotografía obtenida en un partido de práctica jugado en el Hurlingham Club. En ella se ve a Jack D. Nelson señalar un espléndido goal, a pesar de ser hostigado por David B. Miles.



Los notables jugadores pertenecientes a la Federación Argentina de Polo que tan magníficas victorias han conseguido en Inglaterra venciendo en todos los encuentros en que tomaron parte. Su reciente y brillante triunfo sobre el team de Meadow Brook, campeón norteamericano que detentaba ese título desde diez años atrás. ha sido recibido con general alegría en nuestro país. Al ganar ese campeonato abierto, los jugadores argentinos, obtienen de hecho el título de campeones del mundo, pues el team vencido lo había logrado en los partidos disputados con los jugadores ingleses. De izquierda a derecha, están: A. H. Peña (suplente), David B. Miles, Juan B. Miles, L. Nelson (suplente) y Jack D. Nelson.

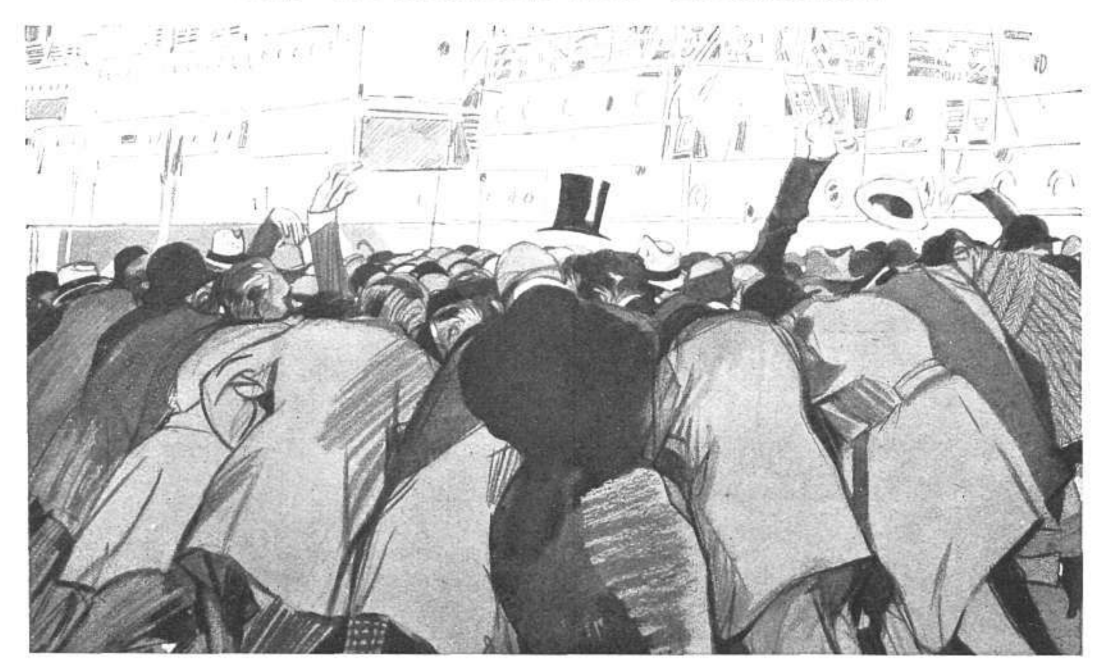


Los componentes del team de tiradores, que se clasificaron campeones latino-americanos de fusil, ocupando los siete primeros puestos en la olimpiada de Río de Janeiro.



El equipo de esgrima que después de lucida actuación ha conquistado los títulos de campeones latino-americanos de florete y espada en el mismo certamen.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



No se trata de un partido de rugby o football. Son todos los partidos políticos que se disputaron el primer abrazo de Alvear.

DIBUJO DE ALVAREZ.

MITIN DE LOS EMPLEADOS Y OBREROS FERROVIARIOS

Los ferroviarios congregados en la plaza del Congreso escuchando la palabra de los oradores, después de haber hecho entrega del petitorio en favor de las reformas de la ley 10.650 a los miembros de la Comisión de Legislación del Trabajo de la Cámara de Diputados, donde se tratarían las nuevas modificaciones introducidas en esa ley de jubilaciones.

FOTO DE BELL.



Monseñor Baudrillart visitando la prestigiosa institución "Alliance Française", donde le fué dispensado un cariñoso recibimiento.



Los miembros de la comisión de recepción al ilustre prelado. rodeándolo después de haber pronunciado su conferencia en el Palace Theatre.



Demostración ofrecida por el personal docente del Colegio Nacional en honor de los profesores Enrique Sempé y Fortunato Velasco, quienes se acogieron a la jubilación.



El jefe político, las autoridades de esta ciudad y el cuerpo consular que acudieron a presentar sus saludos al cónsul del Brasil en ocasión de celebrar aquel país el centenario de su independencia.

DE CHILE



Recepción que el ministro del Uruguay ofreció en la Legación con motivo del aniversario de la independencia de su país.



El Presidente de la República y algunas de las distinguidas personas que asistieron al palacio de la Moneda, donde se celebró una fiesta de carácter íntimo.



Interesante grupo de conocidas familias de esta sociedad en el atrio de la iglesia San Vicente de Paúl, al verificarse el enlace Bolados-Alcalde Vicuña.



Concurrentes al animado festival deportivo y social a que dio lugar la inauguración de la nueva cancha del Golf Club de Viña del Mar.



SIRIO XXII

FIGURAS DE ACTUALIDAD

Dr. CARLOS J. RODRIGUEZ

POR SIRIO

Dijo el Hombre a Rodríguez:
— Tú serás
ministro mes y medio, nada más.
Y mucha gente piensa por ahí:
—¡Qué abnegado! Rodríguez es así.

LA BELLÍSIMA "SOUBRETTE" OLGA BARTOS LUCIENDO UN NOVEDOSO VESTIDO DE TERCIOPELO "CHIFFON" NEGRO.

La Página de la Moda

Ultimos Modelos

ELEGANTE TRAJE DE FIESTA DE BROCADO ROJO, COMBINADO CON TERCIOPELO "CHIFFON" NEGRO, Y AZABACHES.

LOS CASOS DEL ZORRO

POR JUAN CARLOS DAVALOS

ILUSTRACIONES DE SIRIO

HISTORIA DEL TIGRE, DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS, DEL LEÓN COMISARIO Y DEL ZORRO AGENTE DE POLICÍA



Había una vez una matrimonio de viejos campesinos que poseían por único bien unos cuantos animales domésticos.

Cierto día les anunciaron la visita de unos parientes ricos a quienes deseaban agasajar cumplidamente, y aquella noche, después de acostarse, la vieja dijo al viejo:

— No hay más remedio que vender el Pollino a la curtiembre y con el producto comprarnos una mesa grande para el banquete. Con el Carnero haremos un asado; con el Gato un picante, que pasará por de liebre; con el Gallo un caldo que, bien hervido, parecerá de pollo, y con el Pato, que ya no sirve para nada, prepararé un retobo suculento.

— Me parece muy bien — dijo el viejo. — Mañana al alba los carnearemos.

Pero el Gato había escuchado la conversación y a media noche despertó a sus compañeros de infortunio comunicándoles el siniestro plan de los



amos; con lo que los pobres animales resolvieron, tras corto conciliábulo, fugarse de la casa.

Todo el día marcharon a través de montes desiertos evitando los caminos frecuentados, hasta que la noche los alcanzó en una quebrada. Y como el cielo se nublara y comenzase a garuar, se refugiaron en una cueva que hallaron entre unas rocas.

Y es el caso que aquella cueva, desocupada por el momento, era el cubil de un tigre que aquel día había salido a cazar en compañía de su mujer y de sus cachorros.

Apenas los nuevos huéspedes se alojaron, cuando sintieron un bramido que hizo temblar la quebrada. Creyeron que sería un trueno, señal de que la lluvia aumentaría, y no se alarmaron mayormente pues estaban ya seguros bajo techo. Y el trueno era el Tigre que, habiendo por precaución adelantádose un trecho a su familia, se aproximaba rugiendo a su guarida.

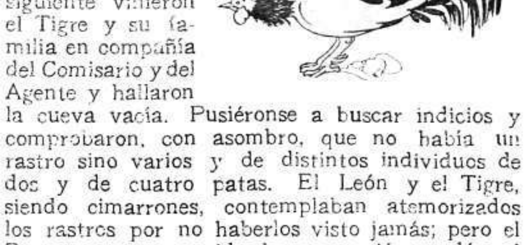
Satisfecho el Pollino de lo bien que pintaba la primera jornada libre de su existencia, encantado con el agreste refugio y refocilado con el olor de la tierra mojada, asomó la cabeza por la puerta y lanzó un rebuzno que duró un cuarto de hora. Ocurría esto en el preciso instante en que el Overo, a dos pasos de su cueva, disponíase a penetrar en ella. Y se quedó pasmado al contemplar aquella monstruosa silueta orejuda y oir aquel estrépito escandaloso y aquellos clamores que en la calma nocturna convulsionaban su casa y repercutían por las entrañas del monte. Antes que el burro acabase de rebuznar, el Tigre dió cara vuelta para marcharse. El Carnero, que vió el bulto del Tigre, pensó que sería algún ladrón furtivo y acometiólo por detrás, con tal violencia, que lo hizo quejar de un frentazo en las posaderas; con lo que el Tigre, asustadísimo, apagó las orejas y arrancó al galope, yéndose derecho a la comisaría para poner la queja al Comisario, que era el León, en presencia del Agente, que era el Zorro.

— Mi casa está ocupada — dijo — por un gigante orejudo y cabezudo que grita mucho más fuerte que yo y que me ha propinado un formidable porrazo en las partes posteriores.

— A ése, yo basto y sobro para detenerlo — dijo el Agente. Señor Comisario: ¡Deme una lonja y verá como se lo traigo inmediatamente, enlazado del pescuezo!

El León dióle la lonja y el Zorro se marchó, pero no tardó en volver con la cara hinchada por efecto de una coz que el Jumento le había dado.

En vista del fracaso del Agente, acudió al lugar del hecho el Comisario en persona; pero el Carnero, tomándolo por un ladrón reincidente, lo barajó a cabezazos y lo tuvo como pelota golpeándolo furiosamente contra las peñas.



A la mañana siguiente vinieron el Tigre y su familia en compañía del Comisario y del Agente y hallaron la cueva vacía. Pusiéronse a buscar indicios y comprobaron, con asombro, que no había un rastro sino varios y de distintos individuos de dos y de cuatro patas. El León y el Tigre, siendo cimarrones, contemplaban atemorizados los rastros por no haberlos visto jamás; pero el Zorro, que en seguida los reconoció guardóse el secreto, y pensando comerse el Gallo a la vez que pasar por valiente, habló de esta manera:

— Ya sé de qué se trata. No se aflijan ustedes. Voy a seguir la pista a los bandidos y esta noche, cuando acampen, los detendré mientras duerman.

Aquella noche el Pollino y sus compañeros sentaron real bajo un árbol, hicieron fuego y se acostaron todos menos el Gato que se quedó de guardia, acurrucándose junto al rescoldo.

Cayó el Agente a rondar el campamento, y ya se relamía al acecho del Gallo dormido en una rama cuando el Gato lo sintió, se le fué al humo, y con uñas y dientes se le prendió de las narices, obligándolo a poner pies en polvorosa. Volvió el Zorro sangrando a la cueva del Tigre, con la noticia de que un talabartero le había traspasado el hocico con sus leznas.

— Este tal vuelve siempre con alguna historia embrollada — dijo el Comisario lleno de ira. — ¡Esperen un poco que ahora voy yo!

Fué, y el Carnero le dió, como en la noche anterior, una recia mano de moquetes, y el León cayó a la cueva con el cuento de que un carpintero lo había molido con su mazo.

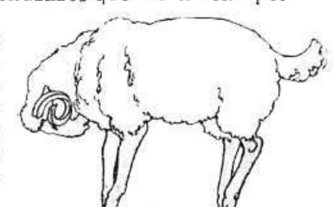
Avergonzado el Tigre de su pasado julepe y del comportamiento no menos cobarde de la autoridad, rehízose, amoscóse y ordenó:

— Quédense ustedes con mi mujer y mis hijos. ¡Tal vez para eso sirvan! Y ahora voy yo mismo a trenzarme con esos bandidos.

Pero ya los camaradas habíanse puesto en guardia, de modo que cuando el Tigre asomó, le ganaron de mano, y antes que saltase, el Pollino, brincándolo de través, se le prendió del pescuezo con sus enormes mandíbulas; el Carnero empezó a darle mojicones en la frente; el Gato, embravecido, clavóle las garras en las partes vulnerables; el Gallo, ciego de saña, metióle las chuzas adonde quiera que picaba en firme, mientras el pacífico Pato se paseaba estirando el pescuezo y comentando con su voz afónica toda aquella algarabía.

El Tigre, entre tanto, rugía de dolor, diciendo:

— Lo que me tiene aferrado por el cogote deben ser las tenazas de un herrero; lo que me golpea la frente debe ser el mazo del carpintero; lo que me taladra las partes blandas serán las leznas del talabartero, y los chuzazos que me hincan por todas partes no pueden ser sino las agujas de algún sastre energúmeno. — Y al fin el Tigre, haciendo un esfuerzo, logró desasirse huyó por el monte dando espantosos bramidos de terror.





ECORDAMOS haber leído hace ya tiempo una curiosa teoría histórica acerca de las relaciones entre el hombre y el perro. Según la cual este animal doméstico — del que se ha dicho que sería el mejor amigo del hombre si tuviese dinero — no fué reducido a domesticidad por la fuerza, como el toro y el caballo, sino que se asoció voluntariamente al hombre. La relación, pues, entre el hombre y el perro sería una especie de contrato tácito, sinalagmático y bilateral. Y no sabemos si conmutativo.

Nos dan cuenta, en efecto, los naturalistas de especies animales — terrestres, volátiles y marítimas — que se asocian para la caza, descubriendo una la presa y apresándola la otra que deja un despojo como premio a su colaboradora. Tal dicen el león y el chacal. Y así, añaden, debió de asociarse el perro al hombre.

Lo cierto parece que no se conoce la especie primitiva, prehistórica por decirlo así, de que procede el perro, si es que procede de una sola. Los que pasan por perros salvajes, como el *dingo* australiano, son cimarrones, o sea descendientes de perros domésticos o civilizados que han vuelto a la salvajería. Como el caballo y el toro monteses de América.

Estos perros cimarrones aúllan y no ladran. Así le ocurre al dingo australiano. De donde algunos han querido deducir que el ladrido es el lenguaje civil o histórico del perro, el que adoptó para entenderse con el hombre. ¿Lenguaje de expresión o de comunicación? Esto según las distinciones de Oswaldo Spengler, que en el segundo tomo de su obra sobre «La caída del Occidente» no deja de tomar en cuenta al perro y su lenguaje, ya de gestos, ya de ladridos.

El perro oye hablar al hombre, que es como su dios, quiere imitarle y se pone a ladrar. El ladrido es un esfuerzo para hablar. Pero cuando le duele de veras el perro aúlla. El ladrido es lo intelectual y lo deportivo; el aullido es lo patético y lo serio.

¿Habrá diferencias en el ladrido? ¿Diferencias de tono, de pausas, de acento? No sabemos de ningún sabio que se haya propuesto estudiar el ladrido como lenguaje perruno. Y eso que hemos leído de un sabio inglés que había ido a las selvas de Borneo, provisto de un fonógrafo, para instalarse allí en una jaula a fin de estudiar la lengua de los orangutanes. Y pensamos que su objeto sería traducir después, por cuenta de la Sociedad Bíblica, el Nuevo Testamento al orangutanés en discos fonográficos. ¡Ah, si el hombre consiguiera aprender a ladrar significativamente! Porque aunque los cazadores hablan a sus perros no se sabe si éstos les entienden bien siempre.

¿Y no tendrán los perros, como los hombres, distintas lenguas? Desde luego que forman distintas razas, y hay perro danés, el que los franceses llaman *épagneul* o sea español, de pelo largo y orejas caídas; el que nosotros llamamos *galgo*, o sea *gallica*, es decir, francés, etcétera. Y el nombre *gozque* acaso no sea sino *gotica* o sea perro godo. ¿Se diferencian los ladridos del *épagneul*, el galgo y el gozque? ¡A ver si sale por ahí un sabio *cynológico* que estudia el léxico, la morfología, la sintaxis y hasta la estilística de los ladridos!

De seguro que si se nos diera la clave ideológica del ladrido descubriríamos un nuevo mundo, el mundo de la construcción olfativa. Porque el perro, cuyos lóbulos olfatorios tienen un enorme desarrollo, debe de poseer una representación del mundo que nos es tan extraña como al topo la nuestra visual. Cada sentido da un mundo.

Conocimos un sujeto singularísimo, gobernador civil que fué de varias provincias, que parecía no reconocer a la vista un lugar en que ya hubiese comido antes, mas apenas le sacaban a la mesa el cocido y probaba los garbanzos decía: «¡Teruel!» o bien «¡Cuenca!» o «¡Zamora!». Se orientaba por el sabor del cocido. Sólo que esta singularísima representación sensitiva del mundo no podía expresarla adecuadamente por falta de un lenguaje especial. Tenía que hablar como los demás hombres y, francamente, apenas si pronunciaba. Pero comiendo el cocido era una maravilla el gobernador.

Algunos de los que han leído mi novela «Niebla» — recientemente traducida al italiano — me han preguntado cómo logré traducir la oración fúnebre que el perro Orfeo monologó a su amo Augusto Pérez a la muerte de éste y sobre su cadáver y que de donde he sacado aquellas filosofías cínicas o perrunas. Porque Orfeo ni las ladró ni las aulló. «¿Es que usted ha sido alguna vez perro?» — nos han preguntado. — Y aquí una pregunta a la que no es tan fácil contestar como a primera vista parece. Sin que con esto querramos confesar nuestra fe en la metempsicosis.

Creemos que debiera empezarse por estudiar gramaticalmente el ladrido del dogo. Pues debe de ser entre los ladridos el más sintético. ¿Por qué?



El sordo-mudo

por

H. de Vere Starpoole



FUÍ AL GARITO DE SHAPIRA, E HICE SALTAR LA BANCA.



Ha tenido usted algo que hacer en Beira, alguna vez? Bueno; si ha sido así, habría usted deseado que no fuese así. Yo no se cómo son los portugueses en su país; he oído decir que son bastante buenos; pero los buenos no deben de salir del país.

He oído decir que Beira ha progresado un poco; mas cuando yo estuve allá no era sino hierro galvanizado y arena, juego y bebida. Había tantas leyes que uno no podía dejar de violarlas, y cuando las violaba multa, o si no coima, que era más o menos lo mismo.

Así vivía la gente, descubriendo las faltas de los demás y cobrando por lavarlas. Era todo el lavado que hacían.

Llegué a Beira después de dos años de mala suerte. Había ganado algo en Sidney especulando en lana; pero después tuve negocios de copra en el Timor portugués, y perdí casi todo lo que había ganado. En seguida, con un tal Mason, me metí en aventuras perleras, y nuestra embarcación encalló en la isla de Sándalo. De allí nos fuimos a Flores, en una canoa de pescar que cambiamos, a un indígena poco amistoso, por unos cuantos garrotazos en la cabeza. Navegamos un tiempo por entre las islas y al fin pusimos proa a Macasar.

Habíamos corrido aventuras suficientes para escribir un libro, y nos habríamos metido a autores si hubiéramos sabido holandés. Vendimos la canoa en diez dólares y nos los bebimos. Me embarqué después, para trabajar, en un buque holandés, y llegué a Beira con doce dólares en el bolsillo.

No quise separarme de esos doce dólares y empecé a trabajar en cualquier cosa. Entonces conocí a Shan McCoy, un yanqui, por lo menos había nacido en los Estados Unidos; pero cuando lo encontré era ya completamente cosmopolita. Era el más silencioso, el más tranquilo de los compañeros. Alto y flaco, parecía estar siempre pensando en algo que le paralizaba la lengua. Un día, Shan se cayó al mar desde la cubierta del buque en que trabajabamos, y yo le tiré una cuerda para que se salvase. Me dió un apretón de manos y en la noche de ese día empezó a hablar. En una excursión al interior, en compañía de un tal Lemers, Shan encontró, en un terreno de tiza algo azulada, un diamante no muy grande, de baja ley y amarillo; pero eso era bastante para Shan, que siguió ese día buscando diamantes en su mina, con paciencia y sin decir nada a nadie.

Pero para trabajar con provecho esa mina era necesario gastar unas veinte mil libras esterlinas en maquinaria, y Shan no tenía sino veinte dólares. El Sindicato no quiso comprarle la mina y al fin vendió su diamante amarillo a Lemers, cuando regresaron a Beira, pero sin decirle nada de su mina. En eso estaba cuando nos encontramos.

Como yo le había salvado la vida, Shan creyó que yo era el hombre que le daría la suerte, y me prometió una participación si lo acompañaba a la mina a buscar más diamantes, para hacer una nueva proposición al Sindicato presentándole bastantes muestras.

Con lo que habíamos ahorrado y algo más, juntamos doscientos dólares, y calculamos que necesitaríamos ahorrar durante diez años para poder trabajar la mina de diamantes. Resolví, entonces, tentar la suerte, fuí al garito de Shapira e hice saltar la banca, ganando tres mil doscientos dólares.

Shapira tenía como empleado, o como socio, a un negro norteamericano sordomudo, que le servía para todo. Cuando en el garito se daba una puñalada, siempre era un desconocido el asesino, y el único que había visto la escena era el negro, que no podía oir ni hablar. Era un negro muy cómodo, y Shan resolvió quitárselo a Shapira para llevarlo en nuestra expedición a la mina.

Shan sedujo al negro por señas y mostrándole doscientos dólares en billetes, y Shapira perdió su negro sin la menor protesta.

El negro se llamaba Pongo. No sabía leer ni escribir.

II

Tomamos el tren para Salisbury una mañana clara, a primera hora, y mientras el tren avanzaba pensábamos en nuestra excursión. No era una excursión de placer. En realidad, habríamos necesitado una docena de hombres para la empresa, pero no podíamos contar sino con nosotros mismos y con Pongo. Estudiamos la cuestión de los víveres y la de los armamentos, de que debíamos proveernos en Salisbury.

En Salisbury nos entendimos con un almacenero judío, y en dos días lo tuvimos todo listo. Además de


Y PONIÉNDOSE EN CUATRO PIES EMPEZÓ A DESCENDER.

las herramientas, compramos dos pistolas Colt automáticas, una escopeta de caza de dos cañones, y municiones y pólvora.

Cuando emprendimos la marcha, a pie, Shan y yo llevábamos cincuenta libras de carga cada uno: ropa, armas, herramientas, víveres y una botella de agua. Pongo llevaba ochenta libras, y no parecía muy cargado, a pesar de que los indígenas no pueden llevar sino una carga máxima de setenta libras.

Al concluir el primer día de marcha ya estaba yo renegando de las minas de diamantes. El negro no se alteraba por nada, y Shan estaba acostumbrado a esas marchas; pero yo era un novicio. Sin embargo, no decía nada y me hacía el que estaba contento.

En la noche acampamos al aire libre, porque no llevábamos tiendas. Shan hizo una especie de ramada para resguardarnos del rocío; pero cuando las estrellas empezaron a salir, hacía un frío de todos los diablos. Yo me puse a pensar en la buena vida que pasaríamos cuando vendiéramos la mina, si acaso algún pícaro reumatismo no me tenía clavado en un sillón. Pensando en eso y oyendo castañetear los dientes de Pongo, me quedé dormido.

A la mañana siguiente empezamos a darnos cuenta de en donde nos habíamos metido, porque apenas habíamos caminado una hora, dimos con un jabalí dormido en el pasto. El animal se incorporó, y Shan lo mató de un escopetazo bien acertado. Shan le cortó grandes pedazos de carne, diciendo que eran buenos para comer. Ese día y el siguiente no comimos sino carne de jabalí, lo que me hizo comprender que tienen razón los que dicen que los cazadores viven de sus escopetas. Como no teníamos tiempo para cazar, tuvimos que comer la mayor cantidad posible de la carne del jabalí muerto por Shan.

Dos días después llegamos a un río, en cuya orilla opuesta, a unos doscientos metros de distancia, bebía un rebaño de gamos. Vadeamos el río sin que los gamos nos apercibiesen, y Shan mató uno, que nos comimos en los días siguientes. Y así pasaron varios sin que nos fuera necesario echar mano de nuestras latas de carne en conserva.

A los diez días de marcha llegamos al sitio en donde se hallaba la mina de Shan. Era un sitio solitario y triste, sin nada vivo en él, como no fuera la sombra de algún buho que volaba por las alturas.

— Ya llegamos, dijo Shan. La mina está a la vista; no tenemos sino que caminar derecho unas cuantas horas para llegar.

En los últimos días no había dicho ninguna vez tantas palabras juntas. Shan y el negro sordomudo eran buenos competidores para conversar, y yo ya estaba bastante aburrido de su silencio cuando la cercanía de la mina me hizo olvidarlo todo.

Empezamos a subir y bajar una serie de colinas bajas, áridas, monótonas. Shan iba adelante, guiando. Llevaba una brújula, pero no la usaba, porque tenía el sentido de la orientación, como los animales. De repente, al llegar a la cumbre de una colina, se quedó inmóvil como un poste de telégrafo, nos hizo una seña con la mano, y poniéndose en cuatro pies empezó a descender por la pendiente opuesta a la que habíamos subido.

Al cabo de algunos minutos estaba de nuevo con nosotros.

— ¿Qué hay? le pregunté.

— Se nos han adelantado, contestó Shan. Hay dos hombres en la mina.

— ¡Diablos! exclamé.

Los tres nos sentamos en el suelo. Yo nunca había oído el rumor del viento en un sitio tan solitario y tan silencioso. Al cabo de un rato pregunté:

— ¿Y?

— ¿Y? replicó Shan.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Estoy pensando.

Seguimos escuchando el rumor del viento. De pronto Shan se puso de pie.

— Vamos, dijo. Vamos a encontrarlos y hablar con ellos... Si podemos, los echamos; si no, haremos algún arreglo.

— Está bien, dije yo.

El negro y yo seguimos detrás de Shan.

Pronto llegamos al punto en que se hallaban los intrusos. No había señales de que hubiesen excavado mucho. Estaban descansando, sentados al sol, y su campamento era pobrísimo. A un lado se veía un fusil.

Uno de ellos era un hombre grande, fuerte, de barba rubia; el otro, pequeño y moreno. Estaban en mangas de camisa, y cerca de ellos había un cinturón con un gran revólver. En cuanto nos vieron tomaron rápidamente sus armas, y antes de que nosotros pudiéramos sacar las nuestras nos tenían dominados.

— ¡Arriba las manos! gritó el de la barba.

Levantamos las manos Shan y yo; pero el negro se dejó caer sentado al suelo. Los dos hombres se nos acercaron, siempre apuntándonos, y sin decir una palabra nos desarmaron.

— ¿En dónde está su campamento? preguntó el de la barba.

— Allá, contestó Shan, señalando hacia atrás, con la mano, por encima del hombro.

— ¿Hay más gente allí? preguntó el moreno.

— Nadie, contestó Shan.

— Biel, ordenó el de la barba, haz que se levante el negro.

Biel obedeció.

— Ahora, vayan adelante y guíennos a su campamento, dispuso el de la barba.

Echamos a andar, con ellos detrás, y cuando llegamos al sitio en donde habíamos dejado nuestras cosas, nos detuvimos. Lo registraron todo, y después el hombre de la barba rubia empezó a interrogarnos. Shan contestaba mintiendo, pues decía que formábamos parte de una partida de cazadores y que nos habíamos perdido.

— Bueno, dijo el de la barba cuando Shan concluyó su cuento, y mirando la azada preguntó:

— ¿Ustedes se han perdido cazando animales grandes? ¿Estaban haciendo excavaciones?

Shan no dijo nada.

El de la barba agregó:

— Ustedes van a regresar inmediatamente a Salisbury, y no tengo que decirles sino esto: que si vuelvo a encontrarlos por aquí, la tendrán buena. Vamos, carguen sus cosas y andando.

— ¿Y nuestras armas? preguntó Shan.

— Señor, no les devuelva las armas, no tenga confianza, dijo el moreno.

— Claro que no, exclamó el de la barba.

— Pero no podemos irnos sin armas, insistió Shan.

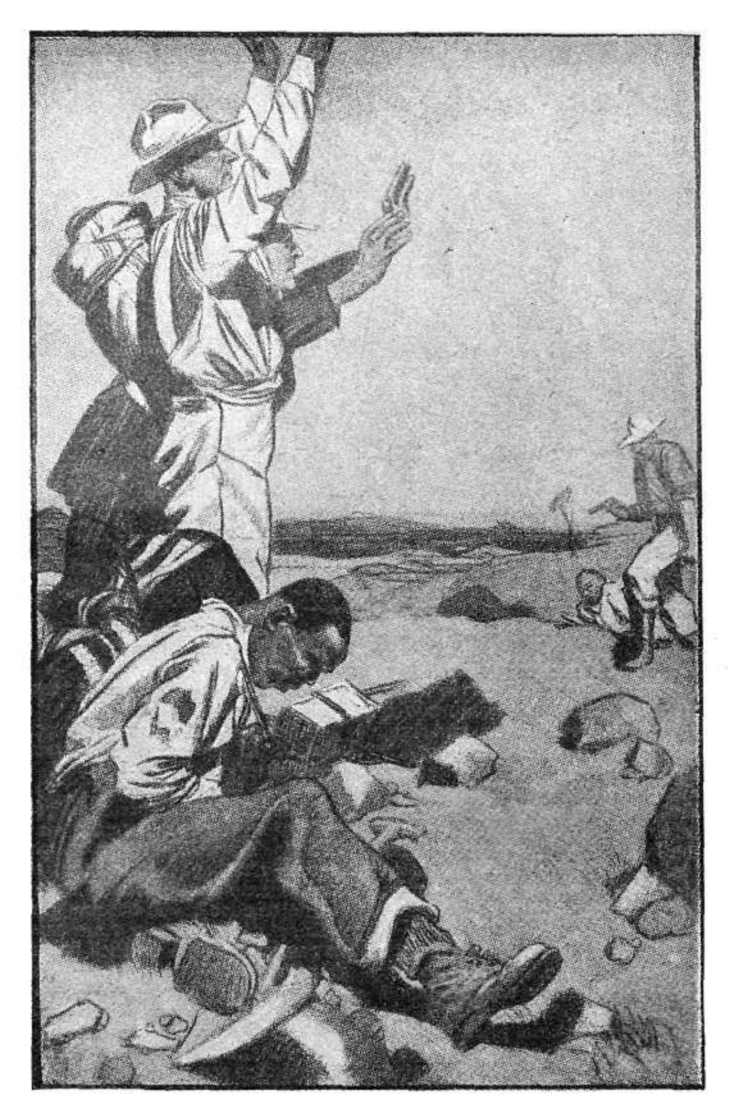
Podemos encontrarnos con algunas hienas y no vamos a defendernos con la azada.

—¡Ea! vamos andando. Y nosotros, Heff, dijo el de la barba, vámosnos también.

Y los dos se marcharon, dejándonos allí, en medio de la soledad y del silencio, y desarmados.

III

Era de apostar ciento contra uno que nunca regresaríamos a Salisbury, pues no teníamos armas, ni municiones, ni víveres suficientes; y si lográbamos regresar, sería sin ningún diamante que mostrar al Sindicato para animarlo a *comprar la mina* de Shan. Y nadie nos creería cuando contásemos lo que nos había pasado. Además, los dos intrusos no dejarían de sostener que éramos nosotros los que habíamos querido matarlos a ellos. No teníamos ni una reputación que nos amparase, ni dinero para pagar un abogado, ni amigos, ni nada.



LEVANTAMOS LAS MANOS SHAN Y YO; PERO EL NEGRO SE DEJÓ CAER SENTADO AL SUELO.

—Bueno, dije yo, ya nada tenemos que hacer.

Shan se había sentado en el suelo, apoyando la barba en las rodillas juntas.

—Esto me pasa por hablar, murmuró. Y ustedes tienen la culpa de que me haya puesto hablador. Toda mi vida he tenido éxito cuando me he abstenido de hablar y de beber, y ahora, ya lo ven ustedes...

Después de un momento de silencio, le dije:

—Shan, si ahora puede usted hablar bastante como para contestar una pregunta, ¿quiere decirme que vamos a hacer ahora?

—Lo estoy pensando, contestó Shan.

El sol se ponía ya, y Shan seguía sentado en el suelo, mirándome. Pongo estaba sentado a su lado.

De pronto, Shan exclamó:

—¡Ya tengo un plan!

—Veamos, dije yo.

Pero no pude sacarle una palabra más, y concluí por abrir una lata de carne conservada para comer. Teníamos agua suficiente en las botellas, y cuando las estrellas empezaron a brillar en el cielo seguíamos en el mismo sitio, después de haber comido, y mudos como caballos.

No hice ninguna pregunta más a Shan. Acabé por no preocuparme de nada. Me había dejado tan mal la aventura con los dos hombres, que apenas me habría sorprendido que volviesen y nos matasen allí mismo. Me había hecho la ilusión de una fortuna, y todo se desvanecía, con la expectativa de nuevos trabajos rudos y fatigosos.

Cansado de pensar, me tendí en el suelo y me dormí, sin dárseme un comino de Shan. El negro también se durmió.

Shan me despertó dándome un sacudón. El negro ya estaba despierto. Calculé que sería media noche. No había luna: estábamos precisamente en luna nueva; pero las estrellas alumbraban bastante.

—Me voy, me dijo en voz baja Shan.

—¿A dónde?

—Voy a robarles nuestras armas.

—¡Shan! exclamé. Si lo sorprenden lo matarán.

—Seguramente.

—Está bien, repuse resuelto ya a todo. Eso es mejor que regresar a Salisbury con las manos vacías y escoltados quizás por un regimiento de hienas. Vaya usted; pero tenga cuidado.

Shan se perdió en la obscuridad, y yo me tendí de espaldas, con las manos a modo de almohada, para mirar las estrellas. Me cercioré de que el negro estaba despierto, por lo que pudiera ocurrir, y agucé el oído. No había viento, reinaba un silencio de tumba; pero las estrellas parecía que murmuraban algo.

Mis pensamientos se dispersaron en confusión, pasando de una cosa a otra, sin orden ni lógica. Hubo momentos en que no sabía bien si estaba despierto o estaba soñando...

Pasó el tiempo. Pensé en Shan y en la aventura en que se había metido. Con tal de proceder sin ruido, podía hacer lo que se proponía. ¿Qué le habría pasado?...

De repente ¡rack! ¡rack! ¡rack! ruido de disparos...

IV

Olvidé que en esos sitios un solo disparo tiene mil ecos, y estaba aun medio aturdido cuando oí gritos de Shan que me llamaba. Parecía como si tuviera una docena de lenguas. No tardé en darme cuenta de que no pedía auxilio y me puse en marcha, haciendo al negro una seña para que me siguiese.

Cuando llegué al sitio en que los intrusos tenían su campamento encontré a Shan de pie, con una pistola automática en cada mano, y a pocos metros de distancia, tendidos de bruces, el hombre de la barba rubia y su moreno compañero.

Según colegí, Shan les había robado las pistolas mientras dormían y los había muerto. No era el caso de averiguar cómo había ocurrido la cosa. Si yo hubiera sido juez, le habría hecho a Shan algunas preguntas; pero yo no era juez.

Sin decir una palabra, Shan me hizo una seña; com-

prendí, y entre los dos llevamos los cadáveres, arrastrándolos por los brazos, a unos cien metros de distancia, a un sitio medio escondido en una hendidura del terreno. El negro ayudó un poco.

Luego regresamos y nos sentamos en lo alto de nuestra mina de diamantes.

— Shan, le pregunté, ¿cómo fué eso? Hable no más, porque el negro no puede oir.

— Los sorprendí, contestó Shan.

— Seguro, repliqué, usted maneja el brazo izquierdo tan bien como el derecho y se apoderó de las dos pistolas. ¿Estaban durmiendo cuando usted les robó las pistolas?

— Puede usted apostar que estaban durmiendo.

Esto fué todo lo que pude sacarle, y no insistí. Shan volvió a su silencio, y no me enojé, porque así era su naturaleza y trabajaba mejor en silencio.

A la mañana siguiente registramos los cadáveres y encontramos una docena de diamantes pequeños envueltos en un papelito. No habían perdido los intrusos el tiempo; pero no habían hecho sino arañar la mina con sus cuchillos. Nosotros trabajamos con la pala, sin descanso, y sacamos más diamantes, pero no tantos ni tan valiosos como queríamos. Yo estaba un tanto desencantado, pero Shan no. Sabía que los terrenos de tiza azulada no son los mejores, y consideraba que sería una buena suerte para nosotros si conseguíamos llevar esos diamantes al mercado de piedras preciosas.

Pensamos en enterrar los cadáveres, que ya los buitres habían olfateado; pero ¿para qué? Resolvimos, pues, dejarlos en donde estaban, sin preocuparnos de que fueran descubiertos o no, porque siendo el negro sordomudo, solo Shan y yo podíamos hablar.

El día siguiente lo empleamos en aplanar el terreno en donde habíamos cavado, para que otros que viniesen después no se diesen cuenta de que allí se había trabajado. En seguida enterramos las armas de los muertos, y nos pusimos en marcha para Salisbury, más bien contentos.

V

Me parecía estar caminando entre dos sordomudos, porque Shan no hablaba una palabra; pero mi cerebro trabajaba mucho, porque no dejaba de pensar lo que iba a hacer con mi dinero, de modo que yo tampoco tenía ganas de hablar. Llegué, después de mucho pensar, a la conclusión de que no nos convenía hacer el negocio con el Sindicato, y que era mejor que le vendiéramos los diamantes al almacenero judío de Salisbury. Llegué a esa conclusión no solamente por la falta de dinero que me preocupaba, sino también porque me preocupaban los dos cadáveres que habíamos dejado detrás de nosotros.

Bien comprendía que nada podría pasarnos, porque sólo Shan y yo podíamos hablar; pero una preocupación es una preocuación, y yo tenía esa. Yo era tan inocente como un cordero; pero los cadáveres estaban allí, y los muertos son los muertos. Los dos habían merecido su destino, porque habían querido dejarnos desarmados a merced de las fieras; pero el recuerdo de los cadáveres no me dejaba y me sentía molesto.

Al segundo día comuniqué mi plan a Shan, que aceptó que vendiéramos los diamantes al judío de Salisbury y nos separásemos. Así lo hicimos, y sacamos del negocio veinticinco dólares cada uno; pero noto que estoy adelantando los sucesos.

Después que nos pusimos de acuerdo, ocurrió una cosa... ¡Qué cosa, Dios Santo!... Atravesábamos un terreno seco, lleno de cactus y ardiente, con los diamantes en el bolsillo, y la coima o la cárcel caminando a nuestro lado!

Al caer la tarde, decía, iba yo adelante, evitando clavarme en las espinas de los cactus, cuando oí el ruido de un disparo de pistola automática. Miré para atrás y no vi ni a Shan ni al negro. Al poco rato apareció Shan solo.

— ¿Y el negro? le pregunté.

— Allá atrás está, contestó Shan. Shapira había querido jugárnosla.

— ¿Cómo así?

— Yo iba detrás del negro, dijo Shan. No sospechaba que me tenía tan cerca, y al sentir que una espina se le clavaba en la carne, exclamó: — ¡Malhaya!

— ¡Cómo! exclamé. ¿El negro no es sordomudo?

— Le apuesto un dólar que sí, dijo Shan.

Pero como yo conocía los procedimientos de Shan, no le acepté la apuesta.





La nodriza. — ¿Qué hace usted, Toto?
Toto. — Nada. Que olvidé esta mañana agitar el frasco antes de tomar la poción.



El reumático. — ¿Propina?... ¡Propina a un individuo que me está cubriendo de lodo desde hace quince días!





La zoología dice que el ruiseñor es un pájaro *dentirrostro*, del grupo de los *túrdidos* (*turdus* le llamaron al tordo en latín), pariente de los zorzales, mirlos y calandrias. El nombre del ruiseñor viene del latín *lusciniola*, palabra muy linda que suena musicalmente. De lusciniola hicieron los españoles antiguos el vocablo ruiseñor. También esta palabra es linda y manifiesta el cariño que los paisanos de la península ibérica tenían al melodioso pajarito. Señor Ruy o Ruy Señor dijeron dándole tratamiento de cortesía. De este modo tan bonito transformaron la palabra lusciniola. Los pueblos de todas partes son grandes poetas, como lo verás, niño, si estudias los dichos, tradiciones y costumbres de tus compatriotas de tierra adentro.

La ciencia, a veces, es amante de la poesía. Por ejemplo, a una de las variedades del ruiseñor le llama *Luscinia philomela*. Esto resulta poético, porque filomela significa amante del canto. También le llamaban filomela al ruiseñor. ¿Quieres saber la leyenda que explica el origen del ruiseñor, de la golondrina y de la abubilla? ¡Cómo no vas a querer, tan aficionado como eres a cuentos!

Este era un rey que tenía dos hijas; se llamaba Pandión y reinó en Atenas. Las dos princesitas se llamaron Filomela y Progne. Un día su majestad casó a Progne con Tereo, un tipo barbarote. Tereo se enamoró de su cuñadita Filomela, y como ésta no lo quería, el grandísimo animal fué y le cortó la lengua. Progne, en venganza, como también era bastante animalota, mató a su propio hijo, y asándolo, con cuero y todo, se lo sirvió a Tereo. Entonces éste echó mano a la espada matando a Filomela y a Progne, y para no vivir viudo se degolló. Los dioses los convirtieron a todos en aves. Filomela en ruiseñor, Progne en golondrina, el hijito en faisán, y Tereo en abubilla.

Si yo fuera uno de esos sabios que les ponen nombres raros a los animales, le habría llamado al ruiseñor *Lusciniola Patti*, *Lusciniola Barrientos* u otros apelativos célebres en el mundo del «bel canto». Porque el ruiseñor pertenece a la aplaudida familia de las «prima donnas», «sopranos», «mezzo-sopranos», etc.

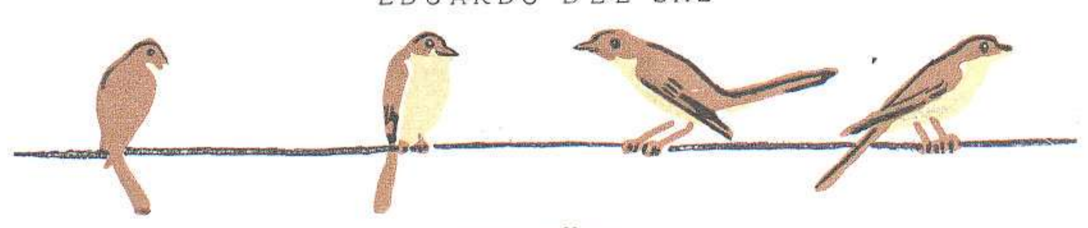
Como no has oído cantar a los ruiseñores no puedes figurarte lo maravilloso de aquella música. ¿Oíste, lectorcillo, el canto de la calandria argentina? Pues, sin que esto sea ofender tu patriotismo, te aseguro que el ruiseñor es la prima donna absoluta entre todos los pájaros. Yo no le quito el mérito a esa «diva» criolla que canta en el Gran Coliseo Nacional de las Selvas; pero el ruiseñor tiene más repertorio y más primorosa escuela de canto.

Lo he oído, mejor dicho, los he oído, porque son muchos los ruiseñores contratados en la Opera de la Alhambra, de Granada. ¡Qué dulzura, qué compás! ¡Cuántas variaciones y gorgoritos!

Abrese la temporada en primavera. En el elenco figuran las tiples y los tenorinos más famosos de España. La representación dura casi todo el día. Los artistas cantan entre bastidores de árboles. Empiezan suavemente y luego se van entonando. Unas veces son notas tristes, otras veces alegres. Uno se queda con la boca abierta. ¿Qué es lo que cantan? Cantan el amor de los padres, de los hermanos, de la esposa, de los hijos. Algunos se mueren cantando.

Cuando termina la temporada emigran a climas más suaves para no resfriarse y perder la voz.

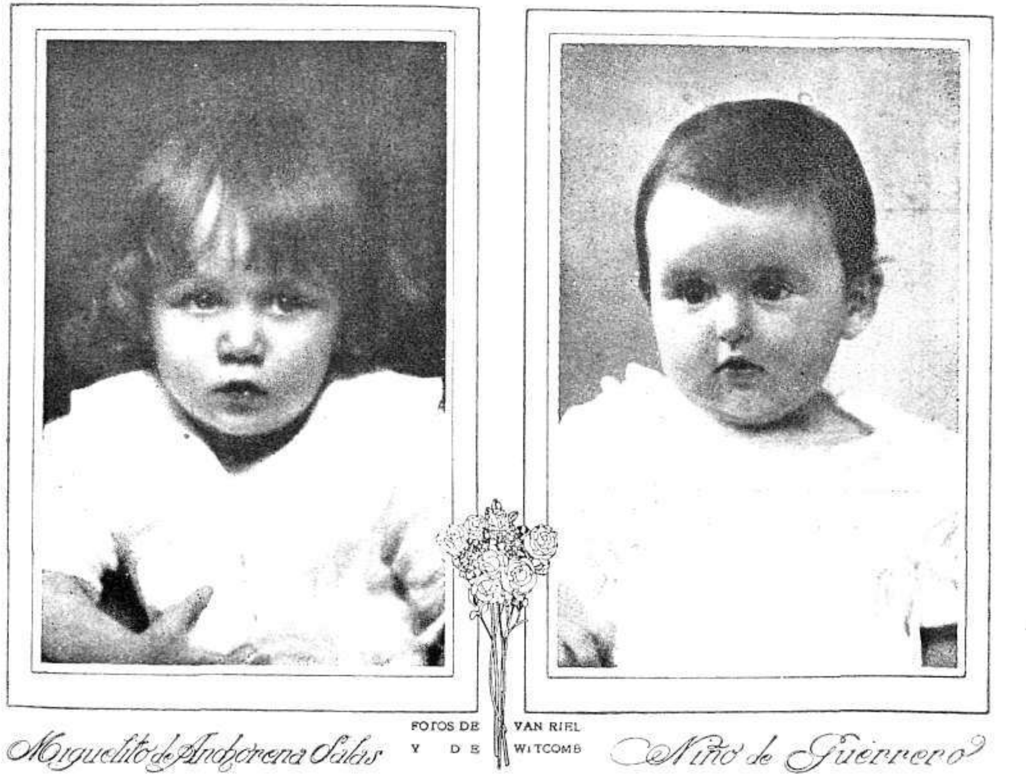
EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA.

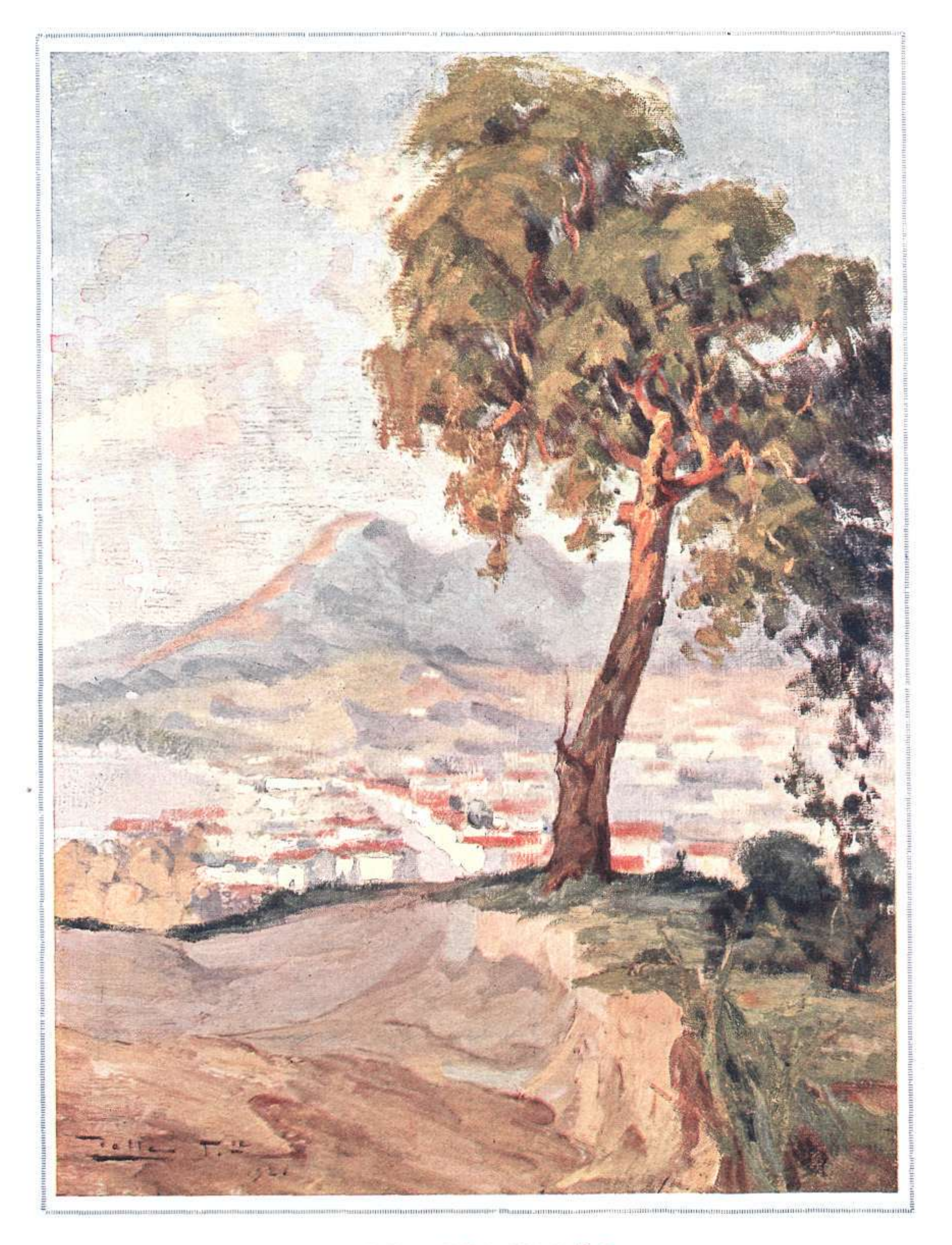
Página Infantil

Teresita Blaquier Unzué



Miguelito de Anchorena Salas — Niño de Guerrero

FOTOS DE VAN RIEL Y DE WITCOMB



ARTE BRASILEÑO

ESPLENDOR DE LA TARDE

ÓLEO DE P. VALLE JUNIOR



Doctor ACEVEDO MARQUES

MINISTRO DE R. EXTERIORES DEL BRASIL.

El gobierno del Brasil retuvo breves horas al doctor Alvear como a su huésped más ilustre. El pueblo y todo cuanto tenía de representativo la capital fluminense exteriorizó por nuestro alto compatriota el sentimiento afectuoso y delicado que un hermano puede sentir por su otro hermano, haciéndolo vehículo de su abrazo de paz. El doctor Alvear, tomando las banderas de los dos países las unió en su puño y repuso a los universitarios brasileños que lo visitaron en su residencia:

— He aquí un símbolo.

El ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, doctor Azevedo Marques, ofreció en esa oportunidad a nuestro enviado el autógrafo que publicamos, queriendo, agregó, que estas líneas fueran como un testimonio más de la amistad del Brasil por la Argentina.

GABINETE DO MINISTRO
DAS RELAÇÕES EXTERIORES

A visita do Presidente Alvear, tenha a certeza, é recebida pela Nação Brasileira com especial alegria por todos os motivos. Alem das qualidades pessoaes que destacam o illustre politico americano, elle é de verdade um sincero amigo do Brasil, como, felizmente, tambem o é a Nação Argentina. Seja, pois, bemvindo e póde elle confiar na reciprocidade brasileira.

Azevedo Marques

Ministro dos R. Exteriores.

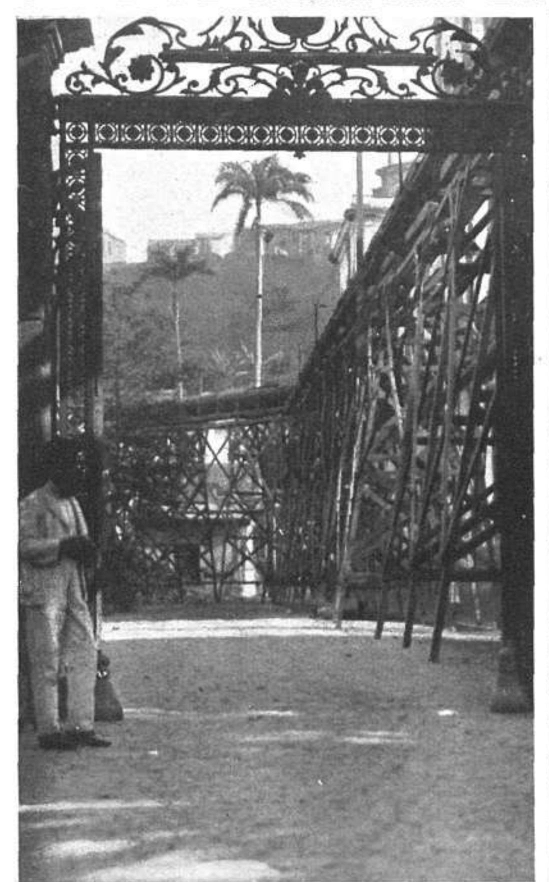
TRADUCCIÓN LITERAL
DEL AUTÓGRAFO.

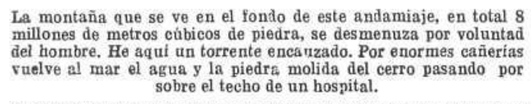
La visita del presidente Alvear, tengo la certeza, es recibida por la nación brasileña con especial alegría por todos los motivos. Además de las cualidades personales que destacan al ilustre político americano, él es de verdad un sincero amigo del Brasil, como, felizmente, también lo es la nación argentina. Sea, pues, bienvenido y él puede confiar en la reciprocidad brasileña.

ACEVEDO MARQUES,

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

COMO SE REALIZA LA BELLEZA DE RIO DE





La montaña que se ve en el fondo de este andamiaje, en total 8 millones de metros cúbicos de piedra, se desmenuza por voluntad del hombre. He aquí un torrente encauzado. Por enormes cañerías vuelve al mar el agua y la piedra molida del cerro pasando por sobre el techo de un hospital.



Con uno de estos cañones de agua se ataca la piedra. La potencia del chorro proyectado es demoledora. Una turbina de 12.000 caballos de fuerza la expele. La gota de agua que horada la roca es aquí gigantesca y todopoderosa. Dos millones de metros cúbicos ya han cedido a su embate.



Las baterías en acción no dejan nada en pie. Los cañones de agua, entretanto, hacen juegos de luces y la catástrofe disciplinada es un bello efecto de arte.

JANEIRO: UNA MONTAÑA ECHADA ABAJO

Enfrente la montaña y el escollo que resiste aún. Abajo el agua ya cansada vuelve al mar arrastrando cascos de roca vencidos árboles fosilizados y arcillas de colores que tiñen el torrente.



Entran y vuelven a salir de la tierra y en medio de las calles los caños que conducen el proyectil del agua comprimida. Las alturas menores del cerro son escaladas por estas sinuosas serpientes de hierro. La lucha es científica entre el hombre y la roca, y la acción tentacular y sorprendente.



Parte de los trabajos de demolición ya terminados. Estamos en pleno corazón de Río de Janeiro, y con la tierra que se ha extraído de esta parte del cerro se han rellenado los terrenos ganados al mar donde se asienta la Exposición del Centenario. Estas obras las dirigen los ingenieros Duarte y Borges.

LA TERRIBLE CATASTROFE MARITIMA DEL VAPOR "ITATA"

Escribimos agobiados bajo el peso de una catástrofe que constituye un duelo nacional.

El sábado pasado zarpó de Valparaíso, con destino a los puertos del norte, un hermoso vapor de 1.650 toneladas de desplazamiento. Iba lleno de pasajeros y repleto de carga. Todo hacía pensar en un viaje feliz, en que cada uno de los viajeros iría hacia un más allá en busca de un ideal, de un negocio o de una satisfacción personal. Ese vapor era el «Itata», de la Compañía Nacional de Vapores.

Comandaba la nave un oficial retirado de la armada, el ex capitán de corbeta, señor Julio C. Caldera.

El capitán Caldera era hombre joven, de carácter atrayente y franco, gran charlador y magnífico marino. Los últimos años que permaneció en el servicio de la marina de Chile ocupó el cargo de Attaché Naval a la embajada de Chile en Wáshington, donde tuvo oportunidad de vincularse con la mejor sociedad de los EE. UU. al mismo tiempo que siguió como alumno los cursos superiores de la escuela de navegación de Anápolis.

El lunes por la mañana el «Itata» recaló a Coquimbo. Ahí dejó carga y pasajeros y tomó nuevos pasajeros y nueva carga. A las 11 y media del día levó anclas y zarpó con rumbo al norte. Soplaba viento duro del S. O. y la mar estaba bastante arbolada. No obstante, nadie reparó en esto, pues, tanto el personal de a bordo como los pasajeros, todos tenían absoluta confianza en el capitán y en la nave, que era muy marinera y sólida.

A las 4 p. m. del lunes en la Gobernación Marítima de Coquimbo se recibe un aviso telefónico de Cruz Grande, puerto minero donde se embarca gran cantidad de cobre, en que se comunicaba que un empleado del establecimiento había visto hundirse un vapor unas 8 millas al sur de las islas Choros, en medio de un temporal deshecho del S. O.

La noticia era vaga. Había que esperar confirmación. La T. S. H. se puso en acción para inquirir qué naves andaban por la región aludida; se llamó por T. S. H. al «Itata» y, sin embargo, nadie respondía a los llamados de las ondas hertzianas...

La noticia del naufragio llegó al jefe de la escuadra, que estaba fondeada en Puerto Aldea, unas cuarenta millas al sur de Coquimbo. Se ordenó alistar el crucero «Chacabuco» y a las pocas horas éste, munido de elementos de salvataje, médicos y material sanitario, se hacía a la mar en busca de los presuntos náufragos.

Al despuntar el día el «Chacabuco» llegó al sitio del siniestro. El mar estaba sembrado de bultos, maderos, botes y balsas volcados y una verdadera nata de despojos humanos... Aquello era un espectáculo macabro. La desolación y la muerte reinaba en medio de aquel paraje donde aun rugía el viento y se encrespaba la mar... El crucero se acerca a un bote volcado, en el cual se divisaba sobre la quilla a un hombre que extenuado hacía señales de auxilio. Recogen al náufrago, quien después de ser solícitamente atendido da noticias de que en el interior del mismo bote hay un hombre, vivo aún, que se debate entre la vida y la muerte.

Después de una difícil maniobra se logra colocar el bote en su posición normal y del fondo de él sacan a un individuo que, agotado por el frío, el hambre y la impresión nerviosa, parece casi un cadáver.



Capitán de corbeta de la marina de Chile, señor Julio C. Caldera, comandante del "Itata", que pereció en el siniestro.

Remitida por nuestro corresponsal en Valparaíso, publicamos esta breve nota, que a nuestro pedido especial hiciera, sobre la catástrofe producida por el naufragio del "Itata". La falta absoluta de tiempo ha obligado al corresponsal, para satisfacer nuestra exigencia, a no conseguir más extensa la parte gráfica.

Estos dos náufragos son Pedro Arancibia y Juan Maluenda.

El «Itata» navegaba con más de 300 personas a bordo, de las cuales sólo se han salvado 26. Por lo tanto, las víctimas suben de 280 ciudadanos que han perdido la vida en medio de la más horrorosa catástrofe marítima de que haya recuerdo en nuestras costas.

Uno de los sobrevivientes, al hablar del capitán Caldera, dice:

El capitán, desde el primer momento dió las órdenes del caso para que se salvasen ante todo las mujeres y los niños. Cuando el buque se hundió, él se sumergió en el océano sobre el puente de su nave... Pocos minutos después afloró sobre la superficie a nado y lo recogimos en nuestro bote; cuando ya íbamos a tocar tierra una gran ola volcó la embarcación y el capitán murió ahogado en medio de un torbellino de agua que se deshacía en copos de espuma sobre las rocas de la playa...»

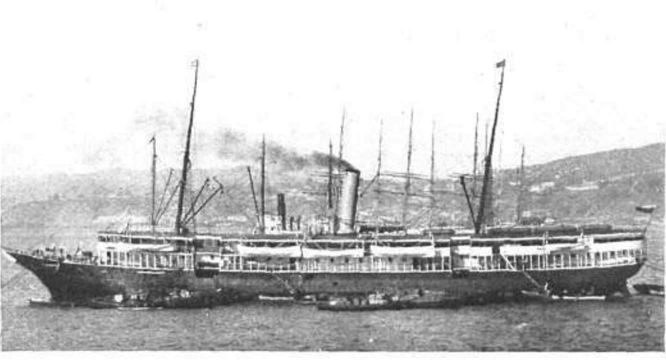
Hemos entrevistado a un náufrago, quien nos ha hecho el siguiente relato de los hechos:

«No es posible explicar como ocurrió «aquello». Es necesario haberlo visto. Al volcarse el buque toda la carga salió de su sitio y se sintió un ruido infernal... El capitán se hundió con el barco, apareciendo después providencialmente a flote. Fué recogido por un bote que zozobró al tratar de ganar la playa... El hundimiento se produjo a causa del mal tiempo; el vapor se inundó por la popa, hundiéndose después por babor... «Aquello» fué horroroso... Los gritos de auxilio, que se perdían en medio del mar arrebatados por el ciclón, partían el alma... ¡No hay palabras para relatar tan inmensa desgracia!...»

Para informar a los lectores de CARAS Y CARETAS hemos solicitado una opinión del director general de la armada, vicealmirante don Francisco E. Nef, quien se ha expresado en los términos siguientes:

«Todos los vapores, para ganar tiempo y no permanecer atravesados a la mar durante todo el trayecto, al zarpar de Coquimbo trazan rumbo para pasar entre las islas Pájaros y el continente; de ahí hacen un rumbo hacia afuera de las islas de Choros. Pero en esta navegación siempre se cuidan de pasar «claros» — es decir, distantes — de las restingas que forma el Bajo Toro. Esta era la ruta que llevaba el «Itata». Sin duda el fuerte huracán y la corriente los llevó a los bajos fondos del Bajo Toro, donde se forma una mar muy arbolada, la que produjo a la nave fuertes balanceos, tal vez de 70 grados.

Cuando la cubierta de una nave que ha sido construída para permanecer en posición horizontal, toma una inclinación de más de 45 grados, por muy bien estibada que esté la carga ésta se corre y todo su peso obra sobre un costado. Súmese a esto el peso de los animales en pie, los que son seres inconscientes que desconocen las leyes de la gravedad y forzosamente se han mantenido en el sitio donde los arrojó el balance. En esta posición el buque, el agua ha entrado por las escotillas, ha inundado las máquinas y bodegas y se ha hundido en medio de un torbellino de agua que lo ha destrozado... La marina mercante chilena pierde una de sus mejores naves y la consternación y el dolor ha traspasado las fronteras hasta las repúblicas hermanas, donde ha encontrado un eco de sincera condolencia.



El vapor "Itata". Esta fotografía fué tomada en Valparaíso el día antes de que zarpara para su último viaje.



Pedro Arancibia y Juan Maluenda, pasajeros del "Itata" que se salvaron en un bote, recogidos a bordo del crucero "Chacabuco", que acudió al sitio donde acaeció el espantoso siniestro.

MARIO VERGARA Z.

VALPARAISO, SEPTIEMBRE, 2 DE 1922.

HOMENAJE AL BRASIL EN SU CENTENARIO

LA NACION

ALBUM PUBLICADO POR "LA NACION"



Facsímil de la tapa del interesante álbum.

El centenario de la independencia del Brasil ha dado ocasión, como no podía menos de ocurrir, a manifestaciones tan numerosas como elocuentes de la sinceridad de los sentimientos que en nuestro país se abrigan por el pueblo brasileño; entre esas manifestaciones se ha destacado el número especial que publicó nuestro colega «La Nación». Es un hermoso volumen de trescientas páginas en cuarto mayor, que contiene una serie de artículos sobre los Estados que componen la república del Brasil, cada uno de ellos escrito por una personalidad del respectivo Estado, y dándose en todos las más minuciosas informaciones acerca de los exponentes de la vida de progreso que en las diversas regiones del Brasil se advierten. Contiene, además, el número especial de «La Nación», al cual sirve de introducción un conceptuoso artículo de su director, don *Jorge A. Mitre*, otros trabajos notables sobre la historia brasileña, haciéndose notar especialmente un hermoso estudio del doctor Joaquín V. González, en que lucen la erudición y la alta competencia del autor. El número está adornado con numerosas ilustraciones que aumentan sus méritos, que le han valido la más efusiva acogida, así en nuestro país como en el Brasil, en donde se ha sabido apreciar debidamente esa hermosa expresión de la amistad argentina.

Los niños de las escuelas católicas de nuestra capital desfilando ante el ilustre príncipe de la Iglesia. El simpático acto organizado por la Unión Popular Católica Argentina, en el que tomaron parte no menos de 20.000 niños y niñas, emocionó vivamente al eminente prelado, quien expresó repetidas veces la íntima satisfacción que le causaba la demostración de cariño y respeto que se le ofrecía.

El cardenal Gasquet, con el nuncio apostólico, monseñor Vasallo de Torregrossa, y los obispos, monseñores Alberti, Bazán y Bustos y Piedrabuena, en el balcón de su residencia.

HOMENAJE INFANTIL AL CARDENAL GASQUET

El famoso caudillo moro Abd-el-Krim conversando con el director del diario "La Libertad", de Madrid, señor Luis Oteyza. La entrevista transcurrió en un ambiente apacible, a pesar del recelo con que fué recibido el periodista. Ese recelo está reflejado admirablemente en el moro que se halla detrás de los personajes, y que tiene la actitud de un inflexible y trágico guardián.

ESPAÑA EN MARRUECOS

De sensacional ha sido calificada en España la nota gráfica obtenida durante la visita hecha por el conocido periodista señor Luis Oteyza a la casa que Abd-el-Krim posee en Aydir, y donde se hallan prisioneros los jefes y oficiales españoles capturados por los moros al principio de la guerra actual. Las interesantísimas fotografías que publicamos bien merecen aquel calificativo, pues tanto las que nos muestran al famoso caudillo rifeño, como la de sus ministros y especialmente la de los prisioneros españoles, sobre quienes circularon tantas versiones acerca de sus existencias, han causado honda sensación en la península y que no será menos intensa cuando sean conocidas por los miles de españoles que aquí residen. Nuestro corresponsal en Madrid, que ha conseguido la publicación exclusiva para CARAS Y CARETAS, nos comunica que esa exclusividad ha sido con la condición de que esas fotografías aparezcan con el siguiente pie: «FOTO ALFONSO (HIJO) COMUNICADA POR VIDAL».



Interesante instantánea del heroico general Navarro, prisionero de Abd-el-Krim, hablando con el periodista mencionado en la casa donde permanece cautivo, perteneciente al jefe rifeño.



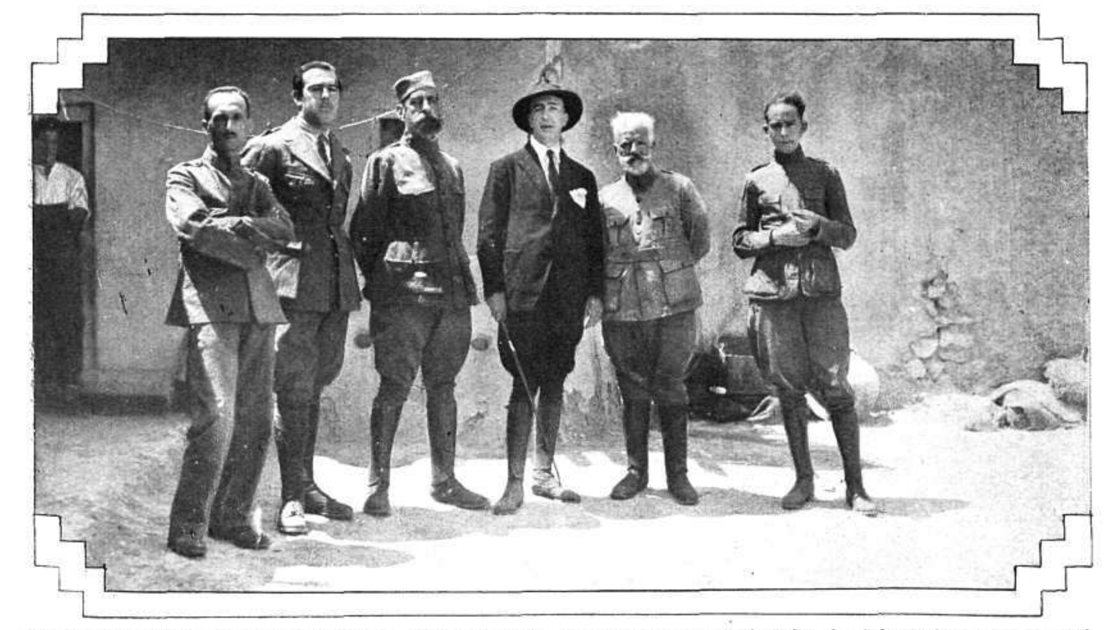
Curiosa y original fotografía de un consejo de ministros de la titulada República del Rif. La presencia del director de "La Libertad" pareció, al principio, preocupar a los notables moros, los que, sin embargo, a poco de estar reunidos discutían acaloradamente o se abismaban en largos silencios.



Mahomed Abd-el-Krim, hermano del caudillo moro, que al proclamarse la República del Rif ha sido nombrado ministro de la Guerra y generalísimo de los moros que luchan contra España.



El célebre moro "Pajarito" enseñando al señor Oteyza el sitio donde los rifeños tienen emplazados los cañones que disparan contra Alhucemas.



El señor Luis Oteyza con el general Navarro, el coronel Araujo, el aviador capitán García Peña, el aviador teniente Florencio y el teniente de policía indígena Gelabert, todos ellos prisioneros de Abd-el-Krim.



Los prisioneros españoles formados por orden de Abd-el-Krim cuando se anunció la visita de los periodistas españoles, cuya llegada llenó de emoción a los infortunados oficiales y soldados cautivos.



El director de "La Libertad" con los notables moros que componen el ministerio de la titulada República del Rif.



Vista general de la bahía de Alhucemas, donde se encuentran las baterías moras. En el fondo, y señalado con una cruz, se halla el peñón de Alhucemas.

FOTOS ALFONSO (H.) COMUNICADA POR VIDAL.

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

15 de septiembre de 1869

Primer Censo Nacional levantado en la República Argentina

En el estudio preliminar que el presidente de la Comisión Nacional del Censo, don Alberto B. Martínez, escribió en 1914, encontramos los siguientes párrafos:

«La primera iniciativa que en materia de censo registran los anales constitucionales y políticos del país nació conjuntamente con la nacionalidad.

Así vemos que apenas constituída en 1810 la primera junta gubernativa, por iniciativa de Mariano Moreno, el tribuno inmortal de la Revolución que debía emanciparnos de la dominación española, ordenó la formación de un censo de todas las provincias del virreinato, el cual sólo se llevó a cabo en la ciudad de Buenos Aires, porque lo impidieron los sucesos políticos de la época turbulenta por que atravesaba el país.

La célebre Asamblea Constituyente de 1813, el concilio de la Revolución, *el foco de sus ideas y la tribuna* de su palabra que se inspiraba en la pasión democrática y en la filosofía política del siglo XVIII, según dijo su famoso historiador, apenas instalada se ocupó también del levantamiento de un censo general, dando al asunto toda la trascendencia que él revestía.

«El vehemente deseo con que este soberano cuerpo quiere ver reunidos los materiales que han de formar el edificio inmovible de su felicidad independiente, dijo, ha determinado expedir el correspondiente decreto sometido al Superior Poder Ejecutivo, a efecto de que mande desde luego se forme en todos los pueblos de la comprensión de las Provincias Unidas del Río de la Plata un censo político de todos sus habitantes y a la brevedad mayor, con toda la especificación posible de clases, estados, procedencias, edades y sexos.»

Los reglamentos provisorios de *1815* y *1817*, así como las constituciones de 1819 y 1826, establecieron como un deber ineludible la necesidad de levantar el «Censo General», para arreglar a él el número de diputados de que se compondría la Cámara de Representantes.

Merece recordarse el artículo 12 de la Constitución, Unitaria de 1826 porque es, con una pequeñísima diferencia, igual al artículo 39 de la Constitución que nos rige, y dice así: «Para la segunda legislatura deberá realizarse el Censo General, y arreglarse a él el número de diputados; pero este censo sólo podrá renovarse cada ocho años» («diez años», dice la Constitución actual).

Estos antecedentes históricos revelan que todos los constituyentes y estadistas argentinos que se sucedieron desde 1810, reconocieron la importancia que para la buena dirección del Estado y para la solución de mil problemas de orden político, económico y social, reviste la verificación regular de «censos generales». Y si en alguna época transcurrieron largos intervalos de tiempo sin que éstos se realizasen, fué porque se opusieron inconvenientes de índole política. Pero es de esperar que en el futuro desaparecerán éstos, y que se incorporará a la administración y a la legislación del país la práctica de realizar censos cada diez años, como un instrumento poderoso de gobierno y de estudio.»

. . . .

«Resulta que en el primer censo practicado en 1869 tomaron parte 3.045 empadronadores, a cada uno de los cuales correspondieron, término medio, 581 habitantes. En el segundo censo, realizado en 1895, trabajaron 12.476 empadronadores, correspondiendo 316 habitantes a cada uno. En el tercer censo, verificado en 1914, actuaron 67.020 empadronadores, censando cada uno de éstos 118 habitantes.

Si se *suma* el número de empadronadores y el de miembros de las comisiones, así como el de inspectores, secretarios, etc., que intervinieron en los diversos censos, y se divide el guarismo de la población total por el de estos empleados, resulta que en 1869, correspondieron 471 habitantes a cada empadronador, miembro de comisión etc.; en 1895, 233 y en 1914, 99.»

Después, al estudiar los antecedentes, agrega:

«El primer Censo Nacional de 1869 fué muy sencillo y elemental en todas sus investigaciones, principalmente en las relativas a las condiciones personales de los habitantes. Y esto no es de extrañar si se tiene en cuenta las condiciones embrionarias por que atravesaba entonces la República, lo poco conocidos que estaban aún entre nosotros los métodos estadísticos censales, y, sobre todo, que esta obra — muy meritoria por otra parte — fué una improvisación del talento de su genial autor.

El primer Censo Nacional sólo preguntó: 1) Apellido y nombre; 2) Edad; 3) Sexo; 4) Estado Civil; 5) Nacionalidad; 6) Provincia de nacimiento para los argentinos; 7) Profesión, oficio, ocupación o medio de vida; 8) Instrucción, y 9) Condiciones especiales.»

. . . .

«En el momento de la emancipación sólo se encuentra una población escasísima, diseminada en las inmensas llanuras argentinas. Es muy difícil conocer la cifra de esta población; pues ningún trabajo científico suministra base sólida para un cálculo aproximado a la verdad. Por lo general se estima en 450.000 el número de la población blanca.

Durante el período en que se desarrollaron las luchas por la Independencia, y durante el de las guerras civiles, hasta la caída de Rosas, el crecimiento fué muy lento. Pocos extranjeros vinieron a radicarse en el país, porque no encontraban en él garantías de un trabajo tranquilo y seguro.

En 1850 la población fué estimada en 900.000 almas, lo que revela que ésta puso 40 años para doblarse.

La caída de la tiranía de Rosas marcó para el país una nueva era, que se señaló de una manera especial por un fuerte aumento en la ley del crecimiento. Los numerosos argentinos que se habían expatriado durante la tiranía volvieron en masa y la inmigración extranjera contribuyó con un poderoso contingente al aumento de la población. Pero dos causas detuvieron este progreso: la guerra del Paraguay, por una parte, y por otra una terrible epidemia de cólera. De esta manera se llega al primer Censo Nacional de 1869. Este censo permitió conocer por primera vez la población de nuestro país después de reorganizado. La cifra de 1.830.214 que fué revelada por esa operación censal muestra que durante el período de los 20 años precedentes la población se había doblado de nuevo.»

La cifra total del censo de 1869 se descomponía así:

Capital Federal	177.787
Buenos Aires	317.320
Santa Fe	89.117
Entre Ríos	134.271
Corrientes	129.023
Córdoba	210.508
San Luis	53.294
Santiago del Estero	132.898
Mendoza	65 413
San Juan	60.319
Rioja	48.746
Catamarca	79.962
Tucumán	108.953
Salta	88.933
Jujuy	40.379

Además se calculó en 41.000 el número de los argentinos residentes en el extranjero.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Este año nuestros cuadros tendrán un gran éxito en el Salón.

—¡Como que somos dos pintores que estamos llamados a elevarnos a las nubes!

EL HIJO DEL GUARDABOSQUE

POR ADELIA DI CARLO

CAPITULO XXXV

Mabel y César fueron advertidos por su maestro que debían levantarse temprano, tan temprano que les fuera dado contemplar la salida del sol.

Como los niños sentían por el señor Pablo un cariño profundo, y como el cariño está siempre lleno de sumisión, de tolerancia, de complacencias y renunciamientos, se apresuraron a cumplir aquella indicación.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando al día siguiente una vez levantados abrieron sus ventanas para saludar la salida del sol y vieron a su maestro paseándose por el parque!... ¡El buen señor Pablo enseñaba con el ejemplo!

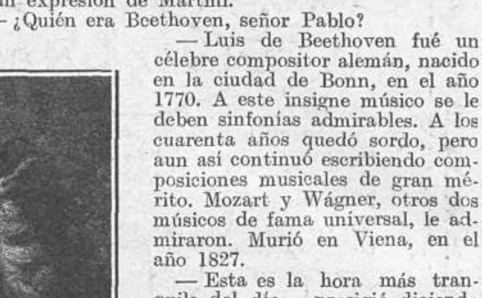
Corrieron a saludarlo, y por la afectuosidad con que los acogió el maestro comprendieron que estaba satisfecho de sus discípulos.

—En verdad, niñitos, que merecen compasión las gentes que se levantan tarde — díjoles el hijo del guardabosque. — ¡Cuántos hay que no han recibido jamás la caricia del vientecillo del alba y no han visto asomar el sol allá en el oriente! Sabed que el aire fresco de la mañana reporta nuevas fuerzas a nuestros cuerpos; el acre perfume que exhala la tierra bañada por el rocío parece dar insólitos vigores a la fantasía. La noche ha terminado, pero los sueños aletean todavía; se sueña despierto; y cada deseo parece fácil de realizarse, lo mismo que cada trabajo.



Beethoven

De los montes y de la llanura, de los ríos y de los prados se eleva una armonía indefinida. Es una sinfonía plena en la que se confunden las miles voces de la naturaleza, y que ningún Beethoven igualará jamás, según expresión de Martini.



—¿Quién era Beethoven, señor Pablo?

—Luis de Beethoven fué un célebre compositor alemán, nacido en la ciudad de Bonn, en el año 1770. A este insigne músico se le deben sinfonías admirables. A los cuarenta años quedó sordo, pero aun así continuó escribiendo composiciones musicales de gran mérito. Mozart y Wágner, otros dos músicos de fama universal, le admiraron. Murió en Viena, en el año 1827.

—Esta es la hora más tranquila del día — prosigió diciendo el señor Pablo. — La naturaleza habla a los pájaros que comienzan sus cantos, a los insectos que emprenden sus vuelos, a los pocos hombres que caminan rumbo a su puesto de labor, ya sea en el campo para arar o sembrar, en la fábrica, en el taller o en las oficinas. En estos instantes la paz parece reinar sobre todas las cosas y uno creería que jamás tendrá término; que todos deberíamos vivir contemplando la naturaleza buena y pródiga, y contemplándola bendiciendo siempre. Pero muy pronto se oyen algunos ruidos, apenas perceptibles en un principio, para ir aumentando poco a poco, hasta que al fin se hacen estridentes, y en todas partes, ciudades y campos, los hombres cediendo a «la voz de la necesidad» que los llama al trabajo y a las fatigas, entonan la canción sin palabras del trabajo.

Valiosos regalos para las consumidoras del
POLVO GRASEOSO LEICHNER

Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el **Polvo Graseoso Leichner,** como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior a 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:

A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el **Polvo Graseoso Leichner,** la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada, quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.

El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo, el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.

Para optar a los obsequios, es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de **Polvo Graseoso Leichner,** cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: **Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.**

Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.

No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de Febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esta fecha.

REGALOS A ADJUDICARSE:

1.º—	**1**	**regalo de $ m/n**	**1.000.—**		**en cédulas del Banco Hipotecario Nacional**
2.º—	**2**	**regalos » » »**	**500.—**	**c/u »**	**» » » » »**
3.º—	**4**	**» » » »**	**250.—**	**» »**	**» » » » »**
4.º—	**10**	**» » » »**	**100.—**	**» »**	**» » » » »**
5.º—	**40**	**» » » »**	**25.—**	**» »**	**» » » » »**
6.º—	**500**	**» » » »**	**3.50**	**» »**	**cajas de Polvo "Si tu voulais...!"**
7.º—	**1.500**	**» » » »**	**1.50**	**» »**	**cajas de Polvo Graseoso Leichner.**

Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.



$ 9.50
el frasco.

QUIEN pretenda destacarse por la distinción de sus hábitos o por su refinado buen gusto, no debe aceptar artículos vulgares, sobre todo en materia de perfumes.

LA
PARFUMERIE MENDEL

ofrece en sus excelentes productos ***"Anitra", "Marlise", "Si tu voulais...!"****, lo más fino y delicado y de más alta calidad que hoy se fabrica.*

MENDEL y Cía.

Buenos Aires, Guardia Vieja, 4439 — *Montevideo, Paysandú, 1178*

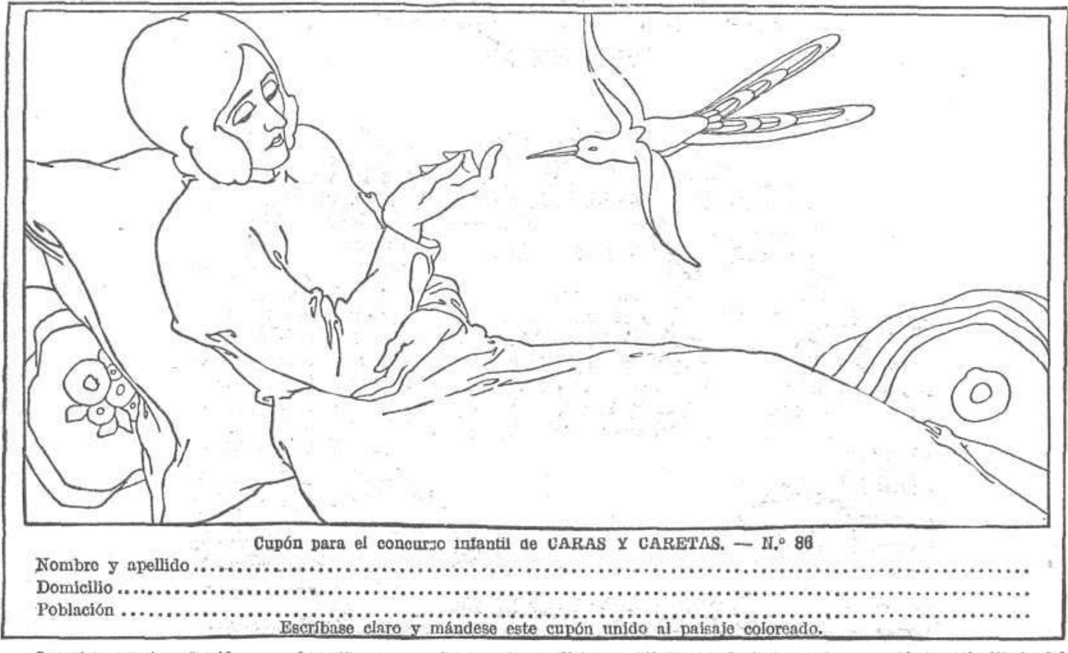


$ 9.50
el frasco.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 86

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 85, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Acuña, Carmen.
Arcuizd, José S.
André, Héctor H.
Amézola, Hallez de.
Aliaga, Pachín.
Agulla, Miguel A.
Arana, Angélica.
Abran, María Elena.
Aguirre Cano, Helena.
Balda, Ana María.
Benitez Maletti, María C.
Bollini, Luis Lorenzo.
Bonne, Susana.
Bonarón, Ada.
Bisso Aderbal, J.
Bellucci, Elida A.
Batista, Atilio J.
Bonrier, León A.
Bertolino, Luis.
Cárdena, Pedro.
Ceccarelli, Blanca.
Casas, Jorge.
Cascallar, José M.
Caldarella, Adela.
Cochetti, Inés.
Chamora, Josefa.
Dalón, Ricardo.
Deanna, Jerónimo.
Dupuy, Angel M.
Dejeán, Catalina.
Fervoux, Luis.
Flores, Miguel Angel.
Fleurrille, Estela de.
Ghirimoldi, Aida.
Ghiesso, María Emilia.
Gil, María.
Gattanini, Pedro N.
Gargiulo, Antonio M.
Gandulfo, Rosa A.
Güemes, Jorge.
Jiménez, Enrique.
Kleiman, Ovidio.
Kinkelin, Alicia E.
Lojo, José Abelardo.
Leira, Aída.
Leonetti, Alberto.
Larrea, Encarnación.
Mariñas, Roberto.
Montané, Lito.
Mold, Reginald G.
Mazzoni Weser.
Mascaro, Isidro.
Medel, Hipólito.
Médici, Roberto A.
Milanovich, Jorge.
Naón, Porota.
Navarro, María.
Nahuelquir, Basilio.
Ortega, Rosarito L.
Oystra, Martina.
Ous, María E.
Oneto, Alberto L.
Ponmeyrol, Miguel.
Peabody, Walter.
Palavecino, Tomás.
Parks Record, Elisa.
Piazza, Adita.
Patti, Rina.
Palamdri, Rómulo.
Panzarini, Rodolfo N.
Pazó, Raúl.
Rosa, Anita Victoria.
Rojo, María E.
Rousel, María Julia.
Retif, Luis.
Solinas, Ada.
Schuler, Otto.
Santanelli, César.
Seri, Ricardo O.
Salniesi, Pedro.
Scorza, Elvira.
Sirello, José Ulise.
Signoretti, Miguel R.
Saavedra, Sara V.
Scherres, Emilio Alberto.
Tancredi, María Luisa.
Tain, Gisela.
Tapella, Adolfo E.
Toranzo, Elena.
Tapia, Raquel Estela.
Unsuorth, Jorge F.
Vengerod, Eduardo.
Verardo, Nemo.
Videla, Josefa.
Villarreal, Celina.
Varela, Antonia.
Vicuña, Matilde.
Witnez, Enrique.
Zalabardo, Julia.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 19 y 20 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

LA MODA AL DÍA

POR LUZ Y SOMBRA

La desaparición de las medias mangas y la eliminación de los brazaletes y demás adornos del brazo, anunciándose a través de los últimos figurines parisienses, imponen al pudor femenino una ligera modificación... Puesto que hasta ayer era muy natural descubrir las piernas y cubrir los brazos, no veo que sea más inmoral que hoy se cubran aquellas y se desnuden éstos. «No es más que cuestión de costumbre» como decía don Juan a una de sus víctimas presa de escrúpulos tardíos.

El brazo, velado de día por las grandes y caprichosas mangas de tul o de crepe, sale enteramente desnudo del rico vestido de sarao, así como del más discreto vestido de noche de paseo, y del llamativo para reuniones hípicas. Si nos fijamos bien en los figurines no podemos menos de observar que la moda del vestido a volados, pasando a través de la máxima sencillez — la «robe chemise» — ha llegado ahora a la línea derecha pero no lisa. Los cinturones con moño, que vienen a substituir los abusados de metal y de jais, las tiras, las polleras plegadas y drapeadas y las abiertas de un costado, todo acrece la elegancia del cuerpo y sugiere a la mujer movimientos y posturas llenos de gracia.



Modelo de saquito en Zenabeck con trabajo "imitación crochet".

Además la moda parece haber encontrado el camino de la discreción con el triunfo de los saquitos y blusas de tela blanca, en todos los centros elegantes de Europa. Novedosos y prácticos son los saquitos de lana tejidos a dibujo, en blanco y negro o en varios colores formando bordado ruso. Este saquito, muy corto y derecho, sin cinturón, es abotonado por delante y los botones están colocados en un biais de crepe de chine liso de tres centímetros de ancho.

Puesto que hablamos de verano, ¿conocen ustedes, jóvenes mamitas, el bloomer, ese nuevo vestido de origen inglés, que viste práctica y deliciosamente a los pequeños traviesos y a las nenas aun no muy juiciosas? El bloomer se compone de una culotte a balón, cerrada al talle por un elástico, y de un vestidito corto, eliminando así las enaguas y los calzoncitos blancos. Uno de nuestros grabados da una idea de esa sencilla y bien bonita novedad, que todas las madres celosas del bienestar de sus criaturas no tardarán en hacer suya.

Hubiera querido hablar más extensamente de mil detalles de la moda y de la vida infantil, si una interrupción de mi bien amada Luz no me hubiese hecho salir de argumento. Hacía ya largo rato que desde mi escritorio veía su silueta aparecer y desaparecer continuamente en el grande espejo de su dormitorio, sin que pudiera darme cuenta del porqué de aquellas maniobras. Aparecía la elegante imagen reflejada, se acercaba al espejo, se alejaba, luego desaparecía; probablemente ella estaría caminando en la pieza, y al rato volvía. Llevaba su nuevo vestido de calle, en terciopelo, con mangas anchas de gasa y capa también de gasa a tres volados con cuello de chantilly. El vestido, derecho y sencillo, a «robe-chemise», se completaba por un cinturón que hacía moño en un costado. Era uno de esos vestidos «a transformación» de los que ya hemos hablado en precedente ocasión, y se le podían, para de noche, quitar las mangas y substituir, al moño, otro cinturón enroscado de terciopelo y gasa, del que arrancaban dos caídas de gasa bordada. El modelo había obtenido mi más absoluta aprobación, tanto más cuanto que Luz no había olvidado de hacerme notar la ventaja de los vestidos a transformación, desde el punto de vista económico. Pero era extraño aquel vaivén de Luz en su pieza, así vestida, con sombrero puesto como si estuviese a punto de salir. Por fin resolví pedirle explicaciones.

«Estoy familiarizándome con mi nuevo vestido, para no parecer, en la calle, una pobre mujer a quien acaban de regalar una prenda no apropiada a su condición.»

«Pues, ¿y aquellos señores sabios de la moda que llegan de las grandes metrópolis extranjeras a nuestro país, y a los pocos días de vivir aquí declaran oficialmente que las mujeres argentinas llevan *ipso-facto* un vestido nuevo con la misma naturalidad y elegancia con que llevan el viejo?»

«Si así fuera, querido Sombra, ¿cómo hubieras tú notado muchas veces que mujeres vestidas ricamente resultan mucho menos elegantes que otras modestísimas? ¿En qué país del mundo son todas las mujeres elegantes y de porte distinguido, y no se dejan sugestionar por el vestido nuevo? ¿Tú has creído, entonces, lo que nos dicen estos señores extranjeros, que la altivez es elegancia? Nosotras agradecemos su buena voluntad pero... moderación... pues somos mujeres y sabemos que, si fuera posible hacer una estadística fiel, un porcentaje muy mínimo de mujeres en el mundo, resultarían capaces de salir a la calle con un vestido nuevo y con naturalidad, sin haberlo estrenado por lo menos dos horas en su casa.»



El bloomer de la izquierda es en tela azul marino con moño de la misma, y galón blanco.

de la derecha es en cretona rosa con adornos y culotte de cretona floreada.

«Pero cuando lo dicen hombres que han vivido su vida entre mujeres estrenando vestidos nuevos...»

«También el zorro adulaba al cuervo para que éste soltara el queso...»

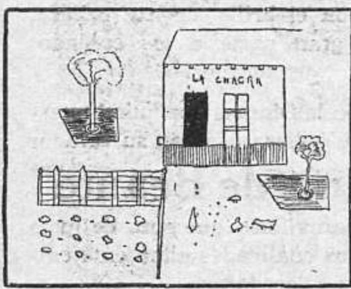

CUANDO un lápiz tenga grabado el nombre "Wahl-Eversharp," cómprelo: es perfecto.
De venta en los mejores establecimientos de todas partes.
Fabricado y garantizado por
THE WAHL COMPANY
Nueva York E. U. de A.
EVERSHARP
El legítimo lleva el nombre grabado



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1123 — La chacra.
OVIDIO MÉNDEZ.



1124 — En el aeródromo del Palomar.
ELVIRA CANTOS.



1125 — Dibujando para CARAS Y CARETAS.
MARÍA A. PATTI.



1126 — En un depósito de vinos.
JESÚS FERNÁNDEZ.



1127 — Afilador ambulante.
ELVIO PAZ.



1128 — En el museo de Bellas Artes.
CRISTÓBAL JURADO.

De los dibujos publicados durante el mes de agosto han resultado premiados los siguientes números: 1190, 1191, 1194, 1195, 1196, 1201, 1204, 1205, 1207, 1208, 1209, 1210 y 1211.

De Pergamino

En una quinta de propiedad del señor Standke han sido descubiertos casualmente los restos fósiles de un enorme animal antediluviano. Al excavar un pozo, después de rota la capa de tosca y al llegar al agua, se encontró la caparazón





de un gigantesco gliptodonte. Por temor de estropear el hermoso hallazgo el señor Standke ordenó suspender los trabajos de extacción, dando cuenta del descubrimiento a la Dirección del Museo de La Plata, quien envió al señor Bernardo Engui, el cual confirmó que los huesos corresponden a un gliptodonte de los mayores, más o menos como el que posee el museo de La Plata.

Reanudados los trabajos de extracción, los restos del fósil extraídos y convenientemente embalados, han sido remitidos al Museo. Este descubrimiento viene a dar la razón al sabio Ameghino, que sostuvo siempre la idea de que esta zona era una rica mina para la ciencia paleontológica.



En este verano tórrido y nefasto todo ardía en el país. Ciudades, villas, aldeas enteras eran reducidas a cenizas. Los bosques y los campos no ofrecían ningún abrigo. Hasta la selva solitaria se inflamaba *sin resistencia*, y, *como* una *roja sábana*, el incendio se propagaba sobre las secas praderías.

Durante el día el sol púrpura y sin reflejos se escondía en la humareda ocre; pero en cuanto llegaba la noche, un reguero de luz se inflamaba en el cielo, aquí y allá, revolviéndose en fantástica danza, mientras que las inquietas y singulares sombras de seres y de árboles se deslizaban por la tierra como fantásticos reptiles.

Los perros no dejaban oír sus alegres ladridos, que de lejos llaman al viajero y parecen prometerle un techo hospitalario: daban aullidos lastimeros y prolongados o se acurrucaban en un rincón con sordos gemidos.

Los hombres se callaban echándose recíprocas miradas de sospecha y temor, como ariscos alanos que no tienen ninguna confianza los unos en los otros, o hablaban en alta voz de los misteriosos autores del incendio.

En una apartada villa mataron a golpes a un anciano que no había podido decir adónde iba. Luego, como la sangre negra, coagulada, corría por su barba gris, habían tenido piedad, y las mujeres habían derramado lágrimas sobre el cadáver.

Durante este verano tórrido y nefasto yo habité en una propiedad donde se encontraban muchas mujeres, jóvenes y viejas. Durante el día trabajábamos, y en verdad no pensábamos mucho en los incendios; pero cuando venía la noche nos invadía el temor. El propietario del dominio iba frecuentemente a la ciudad, y entonces, durante noches enteras, no dor*míamos*, *sino* que vagabundeábamos ansiosamente en torno de las dependencias, probando a descubrir a los autores de los siniestros. Así, errantes, apretados los unos con los otros, no hablábamos sino en voz baja. ¡La noche era tan poco segura y las fincas de alrededor se alzaban con tan extrañas masas sombrías! Tenían un aspecto desconocido; nos parecía que no las habíamos visto antes jamás. ¡Parecían *tan destrozadas y transitorias*! Se hubiera dicho que esperaban la antorcha incendiaria y que no se opondrían a que se las redujese a cenizas.

En una ocasión vimos, a través de una grieta de la muralla, una cierta claridad: era el cielo; pero nosotros habíamos tomado ese resplandor por fuego, y las mujeres se precipitaron hacia mí dando gritos y rogándome las protegiese; ¡yo, que en esta época *era todavía casi un niño*!, y además la angustia me oprimía la garganta, me cortaba la respiración y me sentía paralizado.

De cuando en cuando, en medio de la noche, yo dejaba mi lecho caliente y en desorden, y por la ventana saltaba al jardín. Era éste un viejo jardín, majestuosamente sombrío, que cuando estallaba la tempestad le respondía con sordas y continuadas sonoridades. El suelo estaba obscuro; era una calma de muerte, como el fondo de un abismo; pero arriba un ruido, una suerte de mugidos se dejaban

oír, y resonaba como un murmurio lejano y severo.

Muy despacio, a paso de lobo, como si quisiera huir de alguno que de puntillas se hubiera deslizado detrás de mí, mofándose por encima de mi hombro, yo me fuí con maña hasta el fin del jardín, allí donde el vallado bordea un altozano, desde el cual los campos y los bosques se espacian sembrados de *villas* ocultas en la sombra. Los altos y silenciosos tilos se alzaban en torno mío, y en los intervalos de sus fuertes troncos negros se esfumaban los claros lejanos, que dejaban transparentar las ramas y las aberturas de la valla. Entonces, allá lejos, noté yo algo terrible y bizarro que llenaba mi corazón de un aire vago y que me hacía temblar. Veía el cielo, no la bóveda sombría y calma de la noche, sino un cielo rosado, como no lo es jamás ni de día ni de noche. Los inmensos tilos estaban allí, tiesos y mudos, como gentes que hubieran esperado no se sabía qué. El tinte púrpura del cielo se hacía cada vez más sobrenatural, y en estremecimientos de escarlata, de insólitos reflejos, se levanta furtivo de la tierra quemante hacia el celeste domo. Columnas de humo iban a confundirse, lentas y silenciosas, en el cielo; mientras que abajo todo estallaba y chisporroteaba, los tilos seguían solemnes y en calma; y este contraste, junto precisamente a la rosada tinta del cielo, me producía un efecto sobrenatural, me comunicaba un enigmático estremecimiento.

De pronto, como si despertaran de un pesado ensueño, los altos tilos rumorearon todos juntos; después se callaron de nuevo, también súbitamente, y volvieron a caer por mucho tiempo en un nostálgico silencio. En torno de mí todo era de una tranquilidad terrible. Lejos, detrás de mí, se dibujaba la casa, que parecía escuchar hundida en una inquieta espera, preñada de seres angustiados. A mi derecha e izquierda, los tilos, también atentos, y allá, el cielo rosado, que se extendía en calma, como yo no lo había visto nunca ni de día ni de noche. Y como no lo veía enteramente, sino a trozos, al azar, por los espacios libres entre las ramas y los troncos, me parecía todavía más pavoroso e incomprensible.



II

Era de noche, y yo estaba echado en mi cama, a un medio sueño tormentoso, cuando un ruido sordo y entrecortado llegó a mis oídos: parecía salir del techo, me penetró en el cerebro y se incrustó en él como una piedra. Un segundo ruido, también confuso y como frenado, siguió al primero, y llegué a sentir una dolorosa pesadez en la cabeza, como si gotas de plomo derretido hubieran caído sobre mi cráneo. Esas gotas que atravesaban el cráneo y lo quemaban profundamente, aumentaban cada vez más y bien pronto se entrechocaron como una lluvia cerrada de violentas sonoridades.

"¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!", gritaba a lo lejos una voz enorme, ruda e impaciente.

Abrí los ojos y comprendí en seguida que aquello era la campana de alarma y que ardía el vecino poblado de Slobodchi. La ventana estaba cerrada, y mi cuarto obscuro; pero yo tenía la sensación de que los muros y las paredes reculaban, que toda la pieza, con sus muebles, sus cuadros y sus flores, era arrastrada hacia el exterior por la llamada siniestra.

No recuerdo cómo me vestí e ignoro por qué corrí, solo y no con los otros, hacia el fuego. O ellos se olvidaron de mí, o yo no pensé ni en que existían.

El toque de rebato lanzaba sus llamadas sordas de modo tan persistente, que el sonido que se cernía a través del aire transparente, sino que salía de la masa dura de la tierra. Entonces yo anduve y anduve mucho tiempo.

En el cielo rosado y brillante, por encima de mi cabeza, habían palidecido las estrellas, y en el jardín había una extraña claridad tal, que nada parecido se ve generalmente ni durante el día ni en las serenas noches de estío. Y cuando llegué al vallado, algo como un rojo resplandor vivo, inquieto, aflictivo, extendido por aquí y por allá, me miraba a través de los claros de los árboles. Los altos tilos parecían inundados de sangre y sus hojas se erizaban temblorosas y silbaban con temor; pero apenas se oía su voz entre los sordos y poderosos golpes de la campana rota. Ahora los sones venían más puros y penetrantes y cortaban el aire con una loca rapidez, como una bandada de piedras ardientes.

No revoloteaban como pichones, como las dulces notas del *Angelus;* no se perdían, no, en un ritmo melodioso, como el del repique solemne que invita a la oración; se perseguían desatinadamente, con expresión de terror, como rabiosos noticieros de la desgracia que no hubiesen tenido tiempo de mirar hacia atrás.

"¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!", resonaba el sonido impetuosamente, en huída loca, y los fuertes sobrepasaban a los débiles, y todos juntos se precipitaban a través de las nubes sobre la tierra, que se los tragaba con avidez.

Como ellos, yo corría en línea recta a través del campo grande labrado que resplandecía vagamente bajo rojos reflejos, parecido a la coraza de escamas de un formidable monstruo negro.

Por encima de mi cabeza, a una altura que aturdía, claras y aisladas chispas volteaban ligeramente, y delante de mí, en el poblado, el horroroso incendio se propagaba, como el abrazo de una hoguera gigante, al cual las casas, animales y hombres se reducían a cenizas. Allá, tras la línea irregular de árboles sombríos, con sus copas tan pronto redondas como terminadas en punta, el deslumbrante resplandor de la llama se alzaba curvando fieramente la nuca como un caballo encabritado; se lanzaba de aquí para allá, dejando ardientes flecos sobre el cielo obscuro y se inclinaba sobre la tierra ávido de una nueva presa.

En mis oídos resonaba el jadeo de una precipitada carrera; mi corazón latía con rapidez, y al mismo ritmo, distintamente, los irregulares toques de la campana de alarma me lastimaban el pecho y la cabeza.

Había tanta desesperación en esa llamada, que parecía difícil imaginarse fuera una campana de acero la que clamaba así: se hubiera dicho, mejor, que el corazón mismo de la tierra, tan experimentado, daba golpes de martillo sobre la muerte.

"¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!" Esto brotaba fuera del horno donde flameaba el espantoso incendio, y parecía casi increíble que esos poderosos y desesperados lamentos pudiesen salir de la frágil campana, tan apacible a la vista, que tenía aire de una muchacha en traje rosa.

Tropecé y caí sobre mis manos, contra los montones de tierra seca, que se redujeron a polvo con el choque. Me levanté y eché a correr hacia más lejos, y el fuego corría a mi encuentro con los repiques de la campana de alarma. Ya oía los crujidos y crepitaciones de la madera que la llama roe y el clamor de millares de voces humanas dominadas por el terror y la desolación. Y cuando el silbido del fuego se callaba, una prolongada lamentación resonaba, distintamente, en mis oídos: eran, entre el pánico general, los gemidos de las mujeres.

Un pantano me detuvo. Un pantano ancho, lleno de cañas bajas, que se extendía mucho hacia la derecha y la izquierda. Entré en el agua; primero hasta las rodillas, luego hasta el pecho; pero el pantano parecía querer tragarme por completo, de modo que tuve que retroceder a la orilla.

Allí, muy cerca y frente de mí, el fuego se enrabiaba y arrojaba sobre el cielo haces de doradas chispas, parecidas a encendidas hojas de un árbol gigantesco. En el cuadro obscuro de las cañas, el agua del pantano cabrilleaba como un brillante espejo, y el toque de rebato vociferaba lúgubremente en las ansias de la agonía:

"¡Ven! ¡Ven! ¡Ven!"



III

Marché a largos pasos por la orilla, y detrás de mí iba mi negra silueta. Cuando me incliné sobre el agua para explorar su profundidad, la imagen que allí se reflejó y me miraba parecía el espectro de un hombre rodeado de llamas y él, los desfigurados trazos de esa cabeza de erizados cabellos como echados hacia atrás por una fuerza misteriosa. No podía reconocerme a mí mismo.

—"¿Quién es éste? ¡Oh Dios mío! Este grito se me escapó mientras mis manos se juntaban como

para una plegaria. Pero la campana de alarma me llamaba. Ella no imploraba, sino aullaba; semejante a una voz humana, gemía y jadeaba. El vibrante son, como en un caos, se mecía, muriendo sin eco, renaciendo y muriendo aún. Y de nuevo me incliné sobre la superficie del agua, y al lado de mi imagen vi a un segundo fantasma, derecho, de pie, que me dió espanto, y era parecido a un ser humano.

—¿Quién está ahí? — le grité, volviéndome. Muy cerca de mí había un hombre que miraba silenciosamente al fuego. Su cara estaba pálida, y por su mejilla corría sangre todavía caliente, no coagulada; esto se veía perfectamente a los reflejos del incendio. Su aspecto era sencillo y estaba vestido como un campesino.

Acaso llegó antes que yo, y acaso el pantano le había detenido, como a mí, o bien había llegado después y yo no me había percatado de su llegada.

—¡Arde! — dijo sin quitar los ojos del mar de fuego. El resplandor del incendio se reflejaba en sus pupilas, que parecían grandes y veladas.

—¡Quién eres? ¿De dónde vienes? — le pregunté. — Tu mejilla sangra.

Con sus largos y delgados dedos tocó su mejilla; después miró su mano ensangrentada y se quedó fijo otra vez en el fuego.

—¡Arde! — repuso sin prestarme atención. — ¡Todo arde!

—¿No sabes si se puede pasar por aquí? — pregunté yo apartándome un poco de él.

Yo adivinaba que tenía delante de mí a uno de los numerosos desgraciados a los cuales los siniestros hacían perder la razón.

—¡Arde! — respondió. — ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Arde! — repitió de nuevo, y después se puso a reír mirándome amablemente y moviendo la cabeza.

El toque de rebato enmudeció de repente; no se oía de manera tan distinta el crepitar y chisporrotear del fuego.

Sin embargo, la llama se agitaba; se la hubiese podido creer viva; se la veía extender, como agotada, sus largos brazos hacia el campanario silencioso. Parecía muy cerca del campanario, también más elevado, y en lugar de un vestido de rosa, ahora tenía uno rojo. En lo alto de la sombría altura donde estaba colgada la campana apareció de pronto una tímida y pequeña llama semejante a la de una bujía; se reflejaba en la capa brillante de la campana, que se estremeció todavía una vez más en un insensato y herido grito que conmovió los aires. De nuevo corrí por la orilla y detrás de mí corría mi sombra negra.

—¡Voy en seguida! ¡Voy! — grité como para responder a alguien que me llamaba.

Pero el hombre de elevada estatura estaba tranquilamente sentado tras de mí. Sus brazos rodeaban sus rodillas y cantaba a plena voz, remedando a la campana:

—¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

—¿Estás loco? — le grité.

Pero él cantaba cada vez más fuerte y más alegremente:

—¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

—¡Cállate! — imploré.

Sonrió y continuó cantando sin dejar de mover la cabeza, y las llamas se reflejaban en sus pupilas vidriosas. Estaba todavía más horrible que el mismo fuego, este insensato, y me aparté de él y corrí precipitadamente a lo largo de la orilla. Pero apenas me había alejado unos pasos, cuando, de pronto, y muy cerca de mí, surgió, sin ruido, su larga estatura con su flotante blusa de campesino.

Silencioso, como yo, huía a grandes zancadas; no parecía sentir fatiga alguna; y, mudas, nuestras dos sombras se deslizaban detrás de nosotros por los labrados campos.

La campana parecía hallarse en la agonía; jadeaba y se lamentaba como un hombre que ya no espera ningún socorro y que ya no tiene esperanza. Pero nosotros, sin decir palabra, nos lanzamos en las tinieblas, siempre seguidos de nuestras sombras singulares, saltadoras e irónicas.

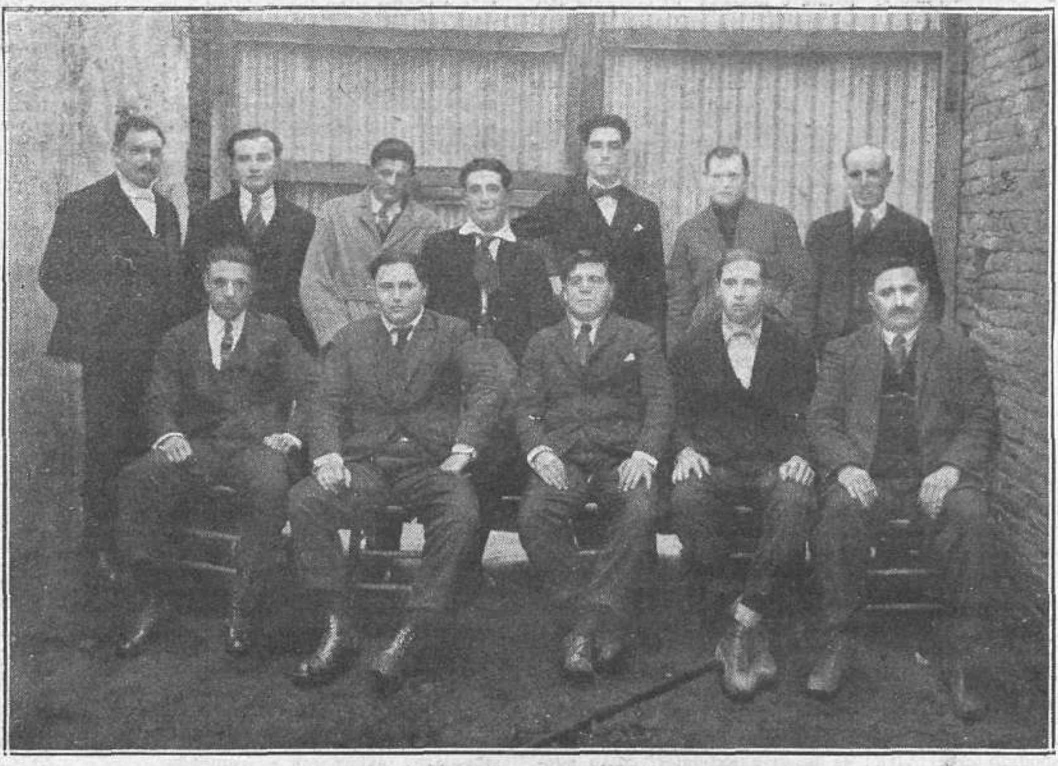
LEONIDAS ANDREIEV

DIBUJOS DE MACAYA

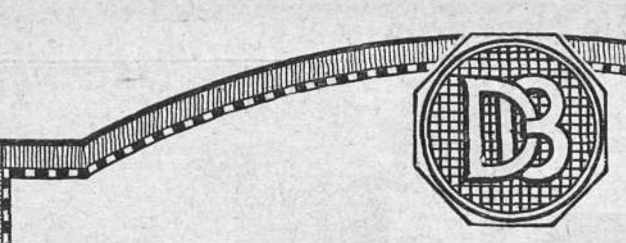


Todo hombre desde que nació
lleva, en su pecho, una serpiente,
que soberana displicente,
si él dice "Sí", responde "No".
Hunde tus ojos en las aviesas
pupilas de las satiresas:
dice ella: "¡piensa en tu deber!"
Haz hijos, labra ocultas simas,
esculpe estatuas, pule rimas:
dice ella: "¡debes perecer!"
Inquiera, espere, calle o hable
no está un momento el corazón
sin escuchar la admonición
de la serpiente insoportable.

CARLOS BAUDELAIRE



Nueva comisión directiva del Centro Cultural Recreativo "Tres Algarrobos".



AUTOMOVILES DODGE BROTHERS

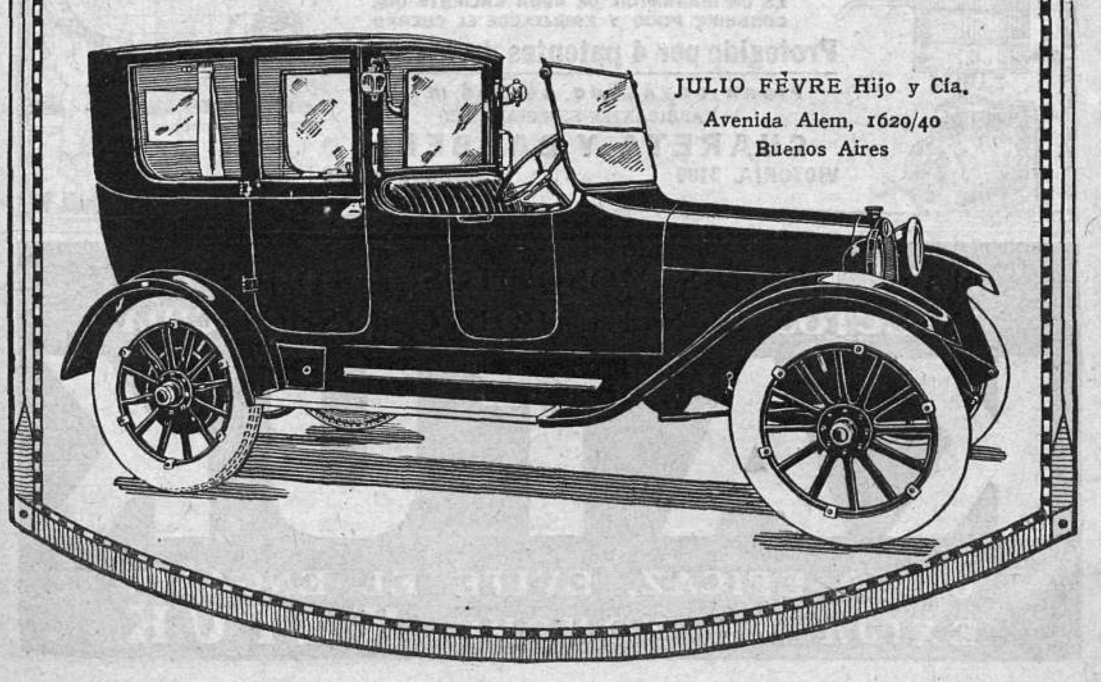
Esta marca constituye una particularidad en la construcción de automóviles que el público asocia íntimamente con el nombre de DODGE BROTHERS.

Las dos palabras en sí mismas constituyen un anuncio no solamente en América sino que también en el mundo entero.

El motor es de 30-35 H. P.

El precio de la limousine es de $ 7.000 m/n

(Sobre wagón Buenos Aires)



De Magdalena



Aspecto presentado por las calles de esta localidad después de las últimas lluvias, alcanzando la inundación considerables proporciones.

MARK TWAIN Y EL SUSCRIPTOR

Mark Twain, el célebre humorista yanqui, era en los comienzos de su carrera literaria redactor de un periódico del Estado de Missouri.

Un día, cierto suscriptor supersticioso le escribió diciéndole que había encontrado una araña en el periódico: que si esto era señal de buena o mala suerte. Mark Twain le contestó del modo siguiente:

«Estimado suscriptor: El hallar una araña en el periódico no es señal ni de buena ni de mala suerte. La araña lo que hacía era registrar el periódico para ver qué comerciante no está anunciado y poder ir a su tienda a tejer allí su telaraña sin que nadie la perturbe».

LA MUJER

El proverbio persa dijo: "no pegues a la mujer ni con el pétalo de una rosa".

Yo te digo: no la pegues ni con el pensamiento.

Joven o vieja, fea o bella, frívola o austera, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

Si el universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la vida, la vida: única doctora que explicará el misterio; y la perpetuación de la vida fué confiada por el ser de los seres a la mujer.

La mujer es la colaboradora de Dios.

Su carne es como nuestra carne.

En la más vil de las mujeres hay algo divino.

Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irritables.

El destino encarna en su voluntad, y si el amor de Dios se parece a algo en este mundo, es sin duda semejante al amor de las madres...

AMADO NERVO.

MAQUINA INGLESA DE TEJER MEDIAS

MAQUINAS INGLESAS DE TEJER

NO ES NECESARIO SABER MUCHO

Con la máquina automática de tejer géneros de punto puede Vd. hacer en pocas horas de trabajo: Medias, Calcetines, Camisetas, Calzoncillos, etc., en lana, algodón, hilo, seda, etc., sin costura, tipo inglés.

SEA Vd. DUEÑO DE Vd. MISMO

Trabajando en su misma casa, cómodamente, posea Vd. "LA AUTOMATICA", podrá vivir desahogadamente y ganar de $ 5 a 6 todos los días. Nosotros le ayudaremos para que se independice.

UTILIDADES SEGURAS

Compramos todas las medias que Vd. haga con "LA AUTOMATICA", proporcionándole también los hilos para hacerlas. En el Catálogo «C 2», que remitimos gratis a quien lo solicite, encontrará usted los precios que pagamos por la hechura de cada par de medias y las utilidades que usted puede obtener en esta forma.

EN CUANTO Vd. CONOZCA EL MANEJO, QUE SE APRENDE FACIL, EMPEZARA SU GANANCIA

PRECIO: MAQUINA completa, con todos los accesorios **$ 360 m/n**

Pida hoy el catálogo "C 2" a los únicos y exclusivos representantes en toda Sud América.

J. PASCUAL NIGRI É HIJOS

CANGALLO, 1180 Buenos Aires - República Argentina

"YACO"

GRATIS — MEDICOS OCULISTAS — GRATIS

Sistema "SUVÁ"

SI QUIERE Vd. CONSERVAR SU VISTA, compre sus anteojos en el INSTITUTO OPTICO OCULISTICO "SUVA", que es el primero y único en Buenos Aires que ofrece a Vd. el examen de su vista y receta GRATIS prescrita legalmente por Médicos Oculistas en consultorios particulares.

Consultas de mañana y tarde. — Precio con derecho al examen médico y receta GRATIS. — Consultas de mañana y tarde



Modelo N.° 1

LENTES "SUBLIME" NOVEDAD

Lentes Sublime, oro 14 kilates.... $ 15
Lentes Sublime, oro reforzado.... » 10
Lentes Sublime de Plata Suvá.... » 5



Modelo N.° 2

LENTES "SUBLIME" CON ARITOS IMITACION

Lentes Sublime, oro 14 kilates.... $ 20
Lentes Sublime, oro reforzado.... » 15
Lentes Sublime de Plata Suvá.... » 9



Modelo N.° 3

LENTES DE CAREY E IMITACION JASPEADOS

Lentes Carey, resorte de oro.. $ 20
Lentes Carey, resorte acero... » 16
Lentes imitación Carey, resorte acero, a $ 6 y......... $ 8



Modelo N.° 4

ANTEOJOS CON ARO, patillas curvas.

Anteojos oro reforzado 14 kilates, arquitos imitación............ $ 15
Anteojos oro 14 kilates reforzado » 10
Anteojos de Plata Suvá........ » 5



Modelo N.° 5

ANTEOJOS CAREY E IMITACION JASPEADOS

Anteojos Carey, redondo......... $ 23
Anteojos Carey, ovalado......... » 20
Anteojos imitación, redondo u oval. » 11



Modelo N.° 6

ANTEOJOS CON VIDRIOS MONTADOS AL AIRE SIN ARCO

Anteojos oro 14 kilates, macizo.... $ 25
Anteojos oro 14 kilates, reforzado.. » 10
Anteojos de Plata Suvá......... » 5

NOTA: GARANTIZAMOS que todos los artículos que ofrecemos son de la mejor fabricación y calidad. — Además, **TODAS** las recetas son preparadas con cristales de primera calidad y **BUJES DE SEGURIDAD PATENTADOS** para evitar que se rompan.

SUVÁ — EXCLUSIVIDAD DEL **INSTITUTO OPTICO OCULISTICO** — **SUVÁ**

350, FLORIDA, 350

La casa cierra los sábados a las 12.30. — No confundir el número. — Los pedidos del interior se despachan en el día.

CONSULTORIO

N.° 1924. — *¿Qué otro animal además de las ratas pueden propagar la peste?*

ESTUDIANTE. — Ciudad.

Creíase que sólo los Múridos, especialmente el "Mus decumanus", "M. rattus" y "M. musculus", eran transmisores de la peste bubónica; pero los señores M. Léger y A. Baury han observado que un insectívoro, la musaraña "Crocidura Stampflii", desempeña en el Senegal, en la propagación de la peste, un papel no tan activo como el de los roedores, pero que no deja de tener importancia.

La crocidura es un huésped frecuente de las habitaciones en el Senegal, y abunda, junto con los ratones, en los rincones obscuros y sucios, y aunque es animal insectívoro se alimenta muchas veces de toda clase de detritus. No es animal emigrador como las ratas, y se aleja muy poco del sitio de su domicilio.

En las investigaciones realizadas por los mencionados autores se ha encontrado el bacilo pestoso en 93 múridos de los 861 observados, o sea en el 10,8 %, y en las musarañas en el 9,37 %. Unicamente han sido encontradas pestosas aquellas musarañas que habitaban en casas donde se habían registrado recientemente casos de esta enfermedad.

Se deduce de las observaciones practicadas, que las musarañas ("Crocidura murina" de la Indo-China, y "C. Stampflii" del Senegal) pueden ser portadores del virus de la peste; y además, por medio de sus numerosas pulgas pueden contaminar al hombre, así como a los roedores, que diseminan la enfermedad.

N.° 1925. — *¿Cuáles son las distancias y velocidades máximas realizables actualmente en avión?*

A. D. — Ciudad.

En la travesía aérea del Atlántico, entre Terranova e Irlanda, se han podido ya franquear sin escalas más de 3.000 kilómetros. ¿Cuál es el límite de la distancia que podría recorrerse en avión, y cuál la máxima velocidad que podría alcanzarse con él, estando el aire en calma, si se aplicaran todos los medios de que se dispone en la actualidad?

M. A. Rateau trata de contestar a esta pregunta en una nota, complementaria de otras del mismo autor, presentada a la Academia de Ciencias de París. Aplicando las fórmulas establecidas por él, a casos particulares, dentro de las actuales condiciones de peso del aparato, combustible, capacidad del motor, etc., encuentra que la distancia máxima que podría cubrirse en dichas condiciones es la de 7.000 kilómetros; pero para franquearla sería preciso contruir aviones capaces de abandonar el suelo con una carga de esencia mayor que el doble de su propio peso, sin aumento muy sensible en el peso propio del aparato y acomodar a éste de suerte que pudiesen los pilotos permanecer durante muchas horas a altitudes de 8.000 metros o más.

En cuanto a la velocidad, su límite máximo no puede exceder actualmente de 463 kilómetros por hora; pero esta velocidad no es realizable sino en alturas muy elevadas, donde ha de recurrirse al empleo del turbocompresor.

N.° 1926. — *¿Tiene el azufre alguna acción sobre los vegetales?*

M. A. V. — Ciudad.

El azufre esparcido en tierra cultivada ejerce una acción que se traduce en aumento de cosecha, variable según la mayor o menor cantidad de materia orgánica existente en el suelo, la extensión de la superficie de contacto, y el tiempo de ese contacto. La acción es proporcional a la cantidad de azufre empleado, que debe fijarse, económica y prácticamente, entre 400 y 600 kilogramos por hectárea. El acto de esparcir el azufre en las tierras debe anticiparse todo lo que sea posible al período en que las plantas experimentan intensa necesidad de elementos nutritivos; es decir, que el azufre debe esparcirse en el suelo en otoño o a principios de invierno, y con él enterrarse los estiércoles u otros abonos orgánicos.

Los efectos que se han experimentado, como son el aumento de cosecha, mejor estado de salud de las plantas, mayor resistencia a la sequía, atenuación o desaparición de ciertas afecciones, son debidas a que el azufre, en virtud de su acción, moviliza y hace asimilables los elementos nutritivos de las materias orgánicas y de ciertas materias minerales que se encuentra en el suelo, como, por ejemplo, la potasa.

N.° 1927. — *¿Cuándo se inventaron los sobres?*

ALBERTO ZUA. — Lanús.

Los sobres para encerrar las cartas son de origen reciente, pues hasta principios del siglo pasado no se usaron. El descubrimiento se debe a un papelero de Brighton, llamado Brewer, a quien, hallándose un día arreglando un escaparate de su tienda, se le ocurrió formar una pirámide colosal con hojas de papel colocadas de tal suerte que la última hoja de papel tenía sólo el tamaño de una tarjeta de visita o poco más.

Entonces empezó a ponerse de moda escribir las cartas en pliegos de este tamaño, y no en hojas grandes, como antes se hacía; y como no era fácil, por el tamaño, plegar esas cartas, le ocurrió a Brewer hacer envolturas donde cupiesen perfectamente, a la cuales llamó sobres (del latín "super").

N.° 1928. — *¿Cuál es el verdadero significado de la palabra "pasquín"?*

RODOLFO FIVA. — Ciudad.

Según el diccionario de la Real Academia, pasquín es un escrito anónimo que se fija en público, con expresiones satíricas contra el gobierno o contra una persona particular o corporación determinada.

Veamos por qué han recibido tal nombre esas hojas difamatorias.

Llamábase en Roma pasquín o pasquino a un trozo de estatua que representaba, al parecer, un gladiador y se hallaba cerca del palacio de los Ursinos, en la esquina de la calle de los Libreros. A este busto, de escaso valor artístico, se unen curiosos recuerdos.

Pasquín — dice un historiador — era el nombre de un sastre cuya tienda servía de punto de reunión a todos los murmuradores y noticieros. Era el artesano hombre de ingenio agudo y de humor satírico y alegre. Sus dichos adquirieron el nombre de pasquinadas, y no se hacía ni decía en la ciudad cosa alguna contra el gobierno, y aun contra los particulares, que no le fuere atribuída.

Algún tiempo después de su muerte, excavaciones hechas en las inmediaciones de la casa sacaron a luz una estatua mutilada que se colocó en el paraje mismo que había ocupado la tienda del sastre, siendo bautizada con el nombre de Pasquín, en memoria del difunto.

Entonces se quiso dar al personaje de piedra el caracter de aquel cuyo nombre llevaba; y se estableció la costumbre de fijar de noche en el zócalo de la estatua papeles conteniendo epigramas y sátiras contra los personajes más en boga, sin exceptuar a los mismos soberanos pontífices, que en más de una ocasión tuvieron que sufrir críticas acerbas.

Algún tiempo después, una nueva estatua entró en escena. Hállabase a corta distancia de la de Pasquín, y recibió el nombre de Marforio. Simulábase que Pasquín y Marforio hablaban de los asuntos que más preocupaban entonces la atención pública, y las preguntas que aparecían en el pedestal de una de las estatuas recibían su contestación de los carteles fijados en el pedestal de la otra.

Las diatribas más sangrientas obtenían de este modo una publicidad rodeada de cierto prestigio tradicional. Con frecuencia, a decir verdad, la gracia sazonaba estos desahogos epigramáticos del pueblo; y sería larga la historia de esta censura anónima oculta, que en los recuerdos de la Roma de la Edad Media casi ocupa un lugar entre las instituciones nacionales.

Cuéntase que Alejandro VI, papa cuya conducta personal se prestaba bastante a las punzantes sátiras de Pasquín, respondió a sus cortesanos que le aconsejaban que hiciese arrojar al Tíber al crítico implacable: "Me guardaré muy bien, porque se convertiría en rana que me importunaría día y noche con sus gritos".

Y sin embargo, Pasquín se permitía dirigir al pontífice terribles alusiones. Una mañana, por ejemplo, se encontró en el pedestal de la estatua cierto dístico latino que venía a decir poco más o menos lo siguiente:

"Tarquino fué el sexto rey. Nerón el sexto emperador."

"Todavía hay un sexto... El número seis fué siempre fatal para Roma."

Pasaron siglos sin que la vena de Pasquín se agotase, porque en 1670 vemos en las cartas de Guy-Patin este párrafo alusivo a la cuñada de Inocencio X:

"La señora Olimpia gobierna al Papa y al papado."

Se dice que lo vende todo, lo toma todo y lo recibe todo. Ha llegado a ser como los abogados, un animal que marcha a derecha e izquierda; lo que ha dado lugar a esta oportuna frase de Pasquín: "Olimpia olim pia nunc harpia." Literalmente: "O impía, piadosa en otro tiempo ahora arpía." La descomposición de la palabra Olimpia está ingeniosamente hecha.

Desde principios de este siglo Pasquín ha enmudecido, pero su nombre nos ha legado la palabra.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Si quiere Vd. ser bella, asegure la salud de su organismo.

En la lucha contra los peligros que rodean nuestra salud, es indudable que los bactericidas juegan el más importante papel.

Hace tiempo que la opinión científica reconoció en la antisepsia el punto básico de la higiene y juzgó el desinfectante como elemento primordial para actuar con éxito; pero al par que se notaron los beneficios de la desinfección, se advirtieron también los inconvenientes y peligros que significaban el empleo de ciertos desinfectantes. Este era, pues, un escollo que había que salvar, y el laboratorio dióse con tal empeño a la tarea, que al fin pudo hallar el bactericida anhelado, creando el Lysoform, notabilísimo antiséptico que reune en sí todas las buenas cualidades de sus similares, sin que adolezca de ninguno de sus inconvenientes.

El Lysoform es un producto químico que no mancha ni exhala mal olor, que es incoloro, que no es cáustico ni tóxico, y que encierra un poder bactericida realmente notable. Imprescindible en los usos domésticos, no tiene rival alguno para la higiene personal, y especialmente para la toilette íntima de las señoras, quienes habituándose a la práctica de irrigaciones diarias con soluciones tibias de Lysoform, pueden conservar una excelente salud general y evitar la causa de muchas y graves enfermedades propias del sexo femenino.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires — Guardia Vieja 4439
Montevideo — Paysandú, 1178



EXTRACTO DE HIGADOS FRESCOS DE BACALAO

Posee todas las cualidades del aceite sin sus inconvenientes.

BUEN GUSTO, BUEN OLOR, BUENA DIGESTION.

Dos gotas equivalen a una cucharada de sopa y el frasco a cinco litros de aceite.

PRODUCTO FRANCES, premiado en todas las Exposiciones de Medicina.

CERTIFICADO N.° 4890 VENTA LIBRE.

En todas las Droguerías y Farmacias.

Depositarios Generales:

ILLA & Cía. - Maipú, 73 - Bs. Aires

Conc. Import. en Sud América: BIRABEN & Cía.

Casilla de Correo 81 — Montevideo

De Estación Alvear



Estado en que quedó el auto en que viajaban los empleados de la casa Bunge y Born después del accidente ocurrido en el camino entre esta localidad y San Nicolás, y en el que resultaron heridos algunos de los ocupantes.

De "Gaspar de la Noche".

OCTUBRE

Los saboyanitos están de regreso y su grito interroga ya al eco sonoro del barrio; como las golondrinas preceden a la primavera, así preceden ellos al invierno.

Octubre, correo del invierno, llama a la puerta de nuestras casas. Una lluvia intermitente inunda el cristal empañado y el viento llena de hojas secas de plátano la solitaria escalinata.

He aquí que llegan las veladas familiares, tan deliciosas cuando afuera todo es nieve, ventiscas y nieblas, y cuando los jacintos florecen encima de la chimenea en la tibia atmósfera del salón.

He aquí que llega San Martín y sus hogueras, Nochebuena y sus bujías, el día de Año Nuevo y sus juguetes, los Reyes y su roscón, el Carnaval y su cetro cascabelero.

Y, en fin, Pascua de Resurrección con sus himnos matinales y alegres; Pascua, en la que las jovencitas reciben la blanca hostia y los huevos rojos.

Entonces una poca ceniza habrá borrado de nuestras frentes el tedio de seis meses de invierno, y los saboyanitos saludarán desde lo alto de la colina a su aldea natal.

Luis Bertrand.

Ninguna esperanza queda de virtud cuando no solamente deleitan los vicios sino que se aprueban.

No ahorraré sórdidamente, ni gastaré pródigamente.

Séneca.

PERFUMERIA ATKINSON

LONDRES

"INSOUCIANCE"

La última creación
de la casa
ATKINSON
fabricantes de la
afamada

AGUA DE COLONIA

EXTRACTO INSOUCIANCE
ATKINSON

POLVOS DE ARROZ
INSOUCIANCE ATKINSON

LOCION INSOUCIANCE
ATKINSON

Lámparas de bolsillo

EVEREADY



La luz de múltiples aplicaciones

La lámpara de bolsillo Eveready es sumamente útil en muchas aplicaciones. Tanto dentro y fuera del hogar, como en el garage y, en general, dondequiera que haya oscuridad, las lámparas de bolsillo Eveready son imprescindiblemente necesarias. Alumbran con certeza. Proporcionan a Ud. luz abundante para el trabajo; le ayudan a hallar lo que anda buscando. Por la brillantez de su luz y por la larga duración de su servicio, se han hecho famosas en el mundo entero.

Por su parte, las baterías Eveready no solo ajustan en el estuche de cualquiera marca de lámpara de bolsillo, sino que por su gran potencia y larga duración son también superiores a las corrientes en el mercado.

Cuando necesite una lámpara de bolsillo Eveready, pase por el establecimiento de su abastecedor, con la confianza de que en el amplio surtido que él tiene, ha de hallar Ud. el tipo exacto que quiere. Siempre fíjese que lleve la marca "Eveready."

F3122S

AMERICAN EVEREADY WORKS :: 30 East 42d Street :: New York, N. Y., E. U. A.

Fabricamos también acumuladores, baterías de pilas secas y medidores eléctricos "Eveready"



Señor Miguel Aldunsi, que en una estancia cercana consiguió matar un enorme puma, el cual desde tiempo atrás venía sembrando la alarma entre los vecinos de esta localidad.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:

Trimestre.......... $ 2.50
Semestre.......... » 5.00
Año.............. » 9.00
Número suelto.... 20 ctvs.
Número atrasado del cte. año.... 40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre.......... $ 3.00
Semestre.......... » 6.00
Año.............. » 11.00
Número suelto.... 25 ctvs.
Número atrasado del cte. año.... 50 »

EN EL EXTERIOR:

Trimestre..... $ oro 2.00
Semestre...... » » 4.00
Año........... » » 8.00

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador..................Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



Las arañas de mar se disfrazan admirablemente.

Los animales que se disfrazan



Los animales saben disfrazarse admirablemente, pero por motivos mucho más honorables que los de los hombres: a fin de escapar a sus enemigos o de poder llegar hasta su presa.

En la naturaleza no hay disfraces sino para vivir.

Los animales se procuran máscaras que convienen a su fisonomía, que armonizan con su vivienda, su carácter y sus costumbres; emplean astucias carnavalescas o disfraces hábiles, destinados a darles seguridad y a proporcionarles el alimento diario.

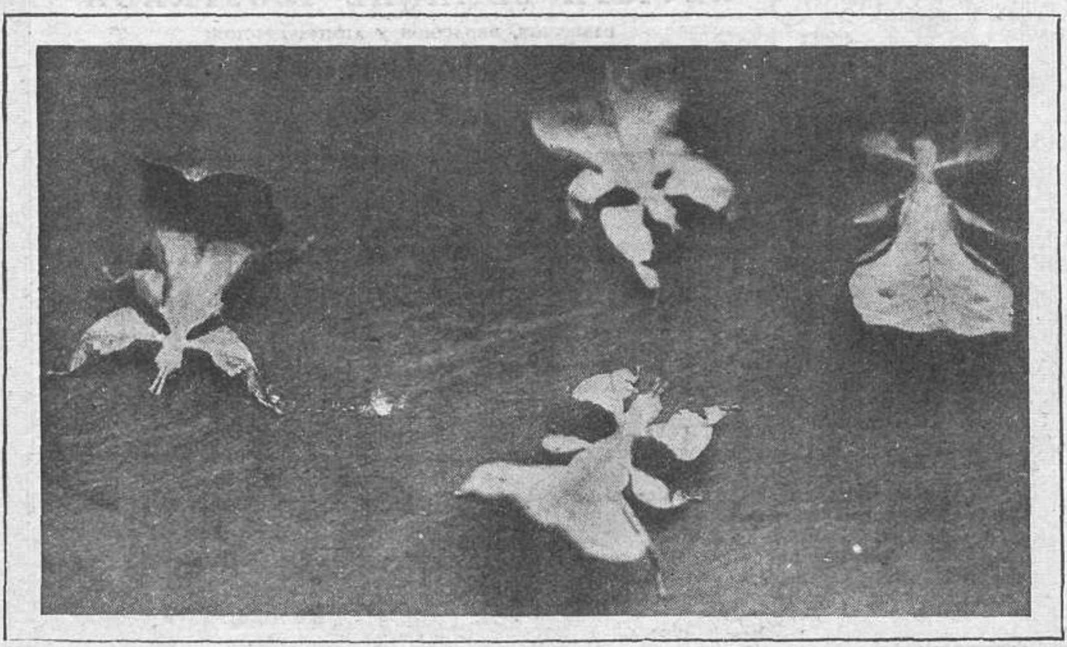
Algunas especies, como los *kallima*, que parecen hojas ambulantes, o los *fasmos* de Nueva Guinea, que parecen ramas espinudas, no necesitan esforzarse mucho para disimular su presencia. Su propia apariencia los ayuda a defenderse o a atacar con éxito.

Otros animalitos se hacen sencillamente un traje de carnaval con pajitas, hojas, musgo, pedacitos de género, etc. El insecto llamado en Francia *tiña de la ropa* es habilísimo para hacerse un vestido maravilloso con cualquier pelusa de género o pedacito de tela. Los naturalistas que han estudiado sus procedimientos se muestran sorprendidos de su inteligencia y destreza.

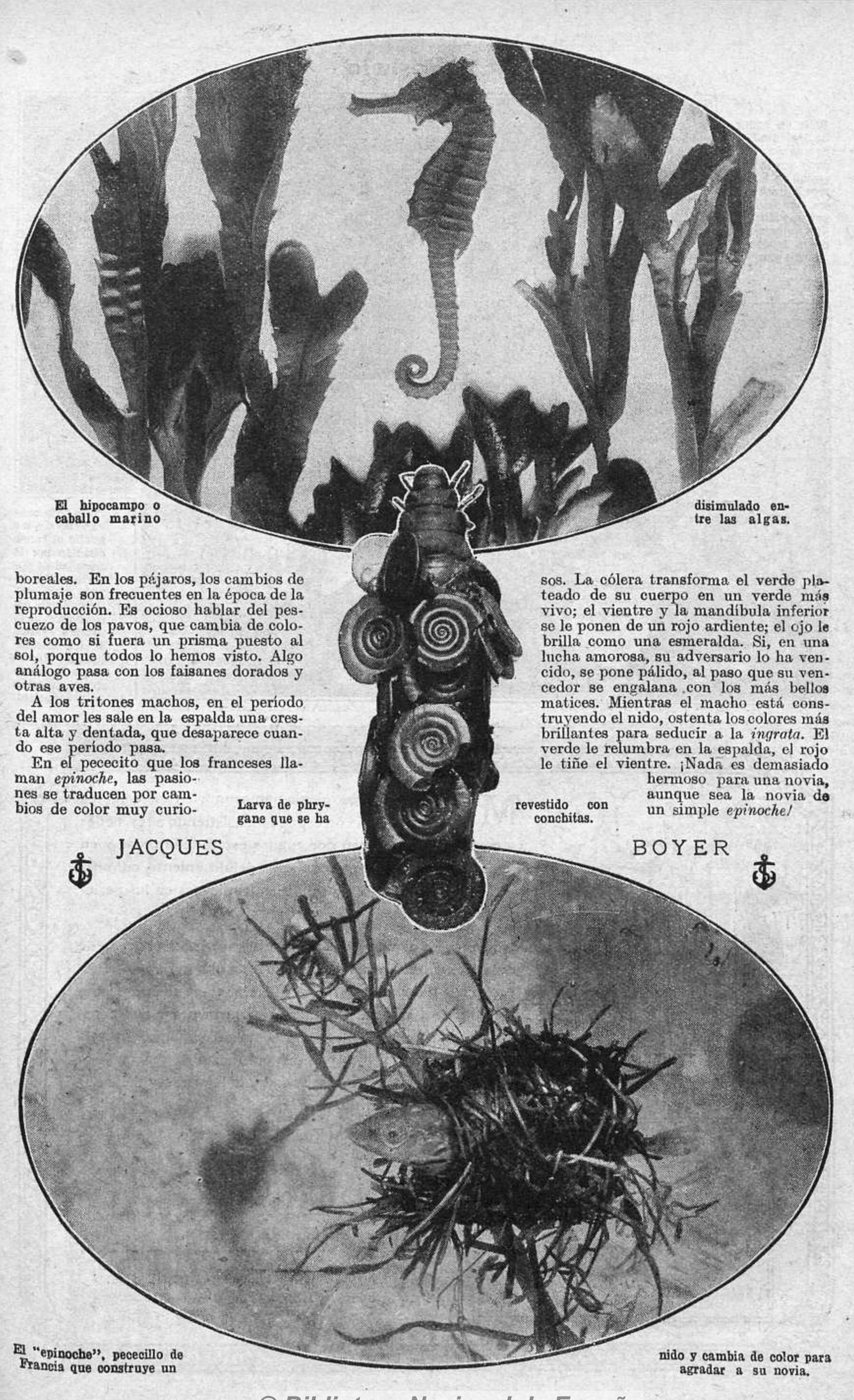
Y no sólo animales terrestres se disfrazan: tenemos el hipocampo o caballo marino, los cangrejos y las arañas de mar, que sacan del medio que los rodea los elementos necesarios para disfrazarse.

Otros animales poseen la virtud, que es una fuerza, de lanzar líquidos obscuros que les hacen una como muralla defensiva que les permite huir a tiempo de sus enemigos, y a veces atacarlos con éxito. Así la sepia y el pulpo, teniendo además este último la propiedad de cambiar de color de acuerdo con el medio en que se halle.

Esta propiedad de cambiar de color se advierte también en diversos peces, especialmente en el rodaballo. Entre los reptiles el caso del camaleón es demasiado conocido para que nos detengamos en él. Hay también un pájaro que, obscuro en verano, empieza a blanquearse cuando llega el invierno, hasta confundirse con la nieve. Lo mismo les pasa al oso blanco, a la liebre polar y a otros mamíferos de las tierras



"Phyllias" que parecen verdaderas hojas ambulantes.



El hipocampo o caballo marino disimulado entre las algas.

boreales. En los pájaros, los cambios de plumaje son frecuentes en la época de la reproducción. Es ocioso hablar del pescuezo de los pavos, que cambia de colores como si fuera un prisma puesto al sol, porque todos lo hemos visto. Algo análogo pasa con los faisanes dorados y otras aves.

A los tritones machos, en el período del amor les sale en la espalda una cresta alta y dentada, que desaparece cuando ese período pasa.

En el pececito que los franceses llaman *epinoche*, las pasiones se traducen por cambios de color muy curiosos. La cólera transforma el verde plateado de su cuerpo en un verde más vivo; el vientre y la mandíbula inferior se le ponen de un rojo ardiente; el ojo le brilla como una esmeralda. Si, en una lucha amorosa, su adversario lo ha vencido, se pone pálido, al paso que su vencedor se engalana con los más bellos matices. Mientras el macho está construyendo el nido, ostenta los colores más brillantes para seducir a la *ingrata*. El verde le relumbra en la espalda, el rojo le tiñe el vientre. ¡Nada es demasiado hermoso para una novia, aunque sea la novia de un simple *epinoche!*

Larva de phrygane que se ha revestido con conchitas.

JACQUES BOYER

El "epinoche", pececillo de Francia que construye un nido y cambia de color para agradar a su novia.

De Rosario



Baile en honor de las familias de sus socios dado por la Sociedad de Socorros Mutuos entre orientales, con motivo del 91.° aniversario de la independencia patria.

Parte de la concurrencia que asistió al lunch ofrecido por la Sociedad de Socorros Mutuos entre orientales, donde hicieron uso de la palabra varios de los asistentes, que aludieron a la histórica vinculación de los dos países.

El intendente, señor Cecilio Juanto, el rector de la Universidad Nacional del Litoral, doctor José B. Abalos, y profesores que asistieron al acto de la inauguración de la escuela de retardados y jardín botánico.



Grupos de distinguidas familias que asistieron a la fiesta dada en el Jockey Club en honor del general Oliveira Cézar.



REGALAMOS.....
Un objeto de valor
N.º 158. — Juego de dos alianzas forma ½ caña de puro oro 18 kilates garantido macizo, con grabado, estuche y un cintillo de regalo, por sólo .... $ 30.—
N.º 159. — Más pesadas .... $ 42.—
N.º 161. — Anillo forma de moda con brillante negro del Brasil $ 3.50
N.º 160. — Aros de plata fina dorada con esmalte y brillantes negros del Brasil, a pesos..... 4.—
N.º 163. — Anillo cruzado enchapado en oro 18 k. garantido con piedras químicas $ 2.50
N.º 162. — Aros forma de moda, platinón garantido con brillantes negros del Brasil, a pesos..... 3.50
Recibimos cartoncitos del 43 a 2 cent.
Garantizamos nuestros artículos.
Soliciten folletos del artículo que deseen,
CASA MARTIRADONNA
BRASIL, 1182. Casa Central
— BUENOS AIRES —
BRASIL, 1054 Sucursal.
A media cuadra de la estación Constitución.



LA FALDA
SIERRAS DE CÓRDOBA
El rincón más sano y delicioso de la Argentina para toda época del año.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

(Del libro "Telefonía sin hilos al alcance del aficionado" por Jorge A. Duclout)

Reproducción exclusiva para CARAS Y CARETAS

(Continuación)

Este reostato no es indispensable cuando la batería D está constituída por un acumulador de 4 volts, pero si se trata de pilas, como no son de un funcionamiento muy regular, conviene emplearlo.

BATERÍA D. — Pueden emplearse 4 pilas del tipo para campanillas o las ya armadas en serie que dan 6 1/2 v., pero aconsejo el acumulador por el ahorro que constituye a la larga, debido a la facilidad de volverlo a cargar.

Se encuentran en plaza muchos tipos de acumuladores; en general es suficiente con que su capacidad sea de 20 amper-hora y que esté constituído por dos elementos, pues como cada elemento da 2 volts de tensión, conectados en serie darán 4 volts.

No me extenderé sobre la carga y la conservación de estas baterías, pues son temas que se encuentran muy detalladamente en los libros al respecto y pueden ser consultados en caso de dudas.

En caso de disponerse de corriente continua a 220

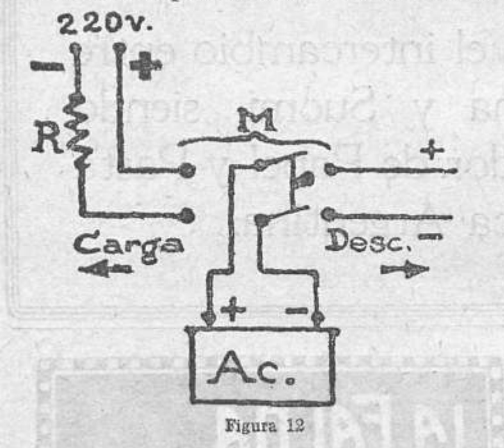


Figura 12

volts, el esquema de la fig. 12 indica la forma en que se podrá conectar, si se desea cargar en la estación misma: M es una llave bipolar de dos vías y R una resistencia de plancha eléctrica. Para cargar se pone la llave del lado indicado "carga", y para utilizar el acumulador, del lado "descarga".

BATERÍA B DE 40 VOLTS. — Como la corriente que circula por el teléfono es pequeña, esta batería se gasta poco y podrá durar mucho tiempo, cuidando de no ponerla en corto-circuito, es decir, no unir los polos directamente.

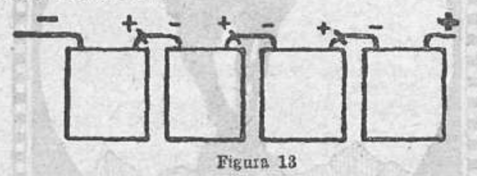


Figura 13

Podrá constituirse con pilas para lámpara de bolsillo, conectadas en serie; o sea uniendo alternativamente el polo positivo de una con el polo negativo de otra, como muestra la figura 13.

El número de pilas es variable, pero por lo menos deberán conectarse 8; conviene hacer las conexiones soldadas y utilizando las chapitas que forman los contactos de cada pila; es necesario atarlas todas juntas para que no se muevan las soldaduras, pues correrían el riesgo de romperse, produciendo ruidos muy molestos en los teléfonos.

Una vez bien atadas y soldadas se las sumerge durante unos minutos en parafina caliente o si no se las pone en una caja de madera y se vierte la parafina fundida hasta cubrirlas completamente; al enfriar toman el aspecto de un bloque compacto. En esta forma durarán mucho más tiempo, pues no se hará sentir el efecto de la humedad.



Tipo de teléfono que se emplea en T. S. H.

TELÉFONO T. — Es indispensable emplear un teléfono cuyo bobinado tenga una resistencia de 2000 ohms como mínimo, pues de lo contrario el resultado no sería satisfactorio. Estos teléfonos se pueden adquirir en las casas del ramo; conviene comprobar su funcionamiento al comprarlos, pues podrían estar quemados o tener algún defecto que luego ocasionaría dificultades.

En lo que antecede no se ha tratado para nada la construcción de los receptores telefónicos.

El objeto de los receptores telefónicos (llamados generalmente "teléfonos" por razón de brevedad) es convertir las corrientes eléctricas en sonidos perceptibles.

Tiene por consiguiente una gran importancia que éstos sean tan eficientes como cualquiera de los otros que intervienen en la recepción, con objeto de obtener de ellos un buen rendimiento; es evidente que han de ser adecuados al circuito a que se aplican.

Un receptor telefónico consta en esencia de un electroimán y de un diafragma.

El diafragma es un disco de chapa de hierro de muy pequeño espesor que va apoyado en todo su contorno sobre la caja exterior del "auricular" y quedando tan próximo como se pueda de los imanes, pero sin que llegue a tocarlos.

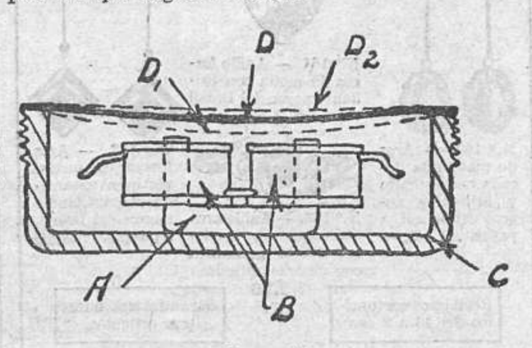


Figura 14

La figura 14 representa en esquema un corte del auricular del teléfono, en que A es el núcleo de hierro del electroimán, B las bobinas de éste, C la caja y D el diafragma.

(Continuará)



La comodidad inapreciable

de solucionar desde casa, por carta o por teléfono, las compras de farmacia, es algo que se ha arraigado entre el público gracias a la excelencia de nuestro servicio de expedición.

Es que pedido que llega, es pedido

que sale de inmediato llevando todas las características de nuestras farmacias, es decir: la garantía de nuestra capacidad profesional y rectitud, la calidad y los precios que jamás pasan de lo que realmente vale lo que se entrega.

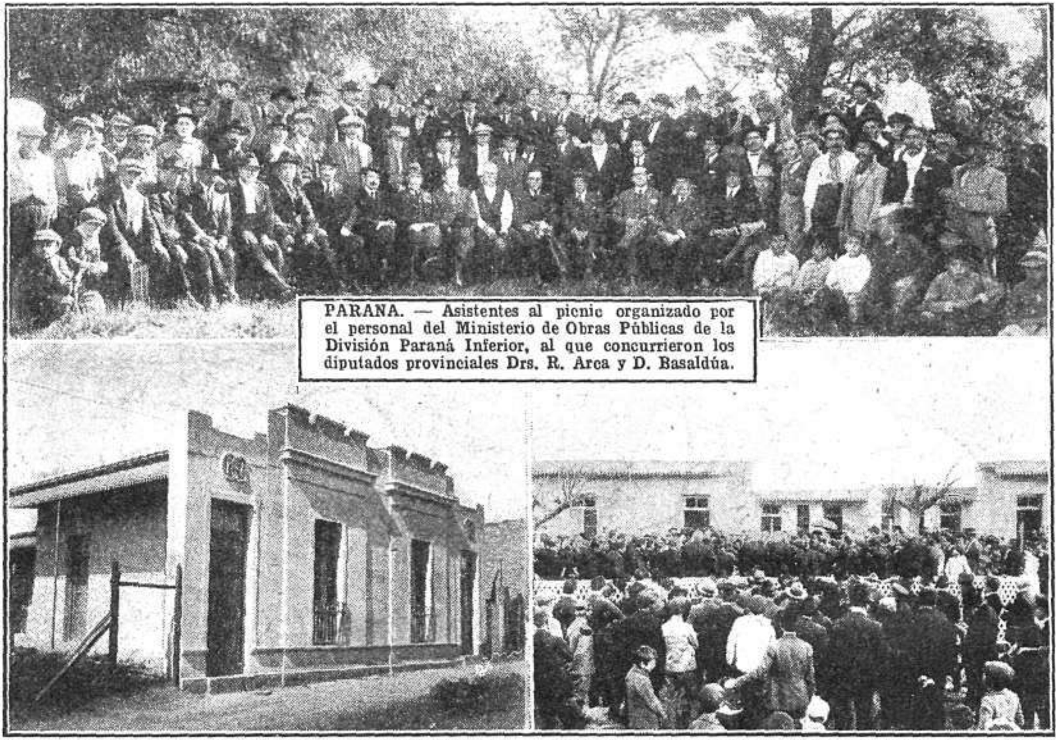
¿Figura usted ya entre los cientos de clientes que efectúan por este medio sus compras?

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

168, Defensa, 192 — UNICA SUCURSAL: Florida, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica, del 5921 al 5925, Avenida



PARANA. — Asistentes al picnic organizado por el personal del Ministerio de Obras Públicas de la División Paraná Inferior, al que concurrieron los diputados provinciales Drs. R. Arca y D. Basaldúa.

Tipo de casa para obreros que recientemente ha inaugurado la Unión Popular Católica Argentina, construída con los fondos de la Gran Colecta Nacional.

Concurrencia que asistió al acto de la bendición de las veintidós casas para obreros, por monseñor Abel Bazán y Bustos, y en el cual estuvieron presentes las autoridades provinciales.

VILLA MARIA. — Banquete ofrecido por el comercio de esta ciudad a los representantes del Banco de Italia y Río de la Plata, institución que recientemente cumplió el cincuentenario de su fundación.

TEATRO DEL SILENCIO

«EL PODER INVISIBLE»

Es una cinta muy entretenida y plena de visualidad agradable que igual pudiera titularse *Regeneración*, *El amor todo lo puede* o *Justo castigo de un detective*. Aquí ocurre que un ladrón tórnase honrado merced al *flúido* — poder invisible — de una mujer y... ¡todo se explica! Intervienen en la interpretación de las escenas los artistas Irene Rich, De Witt, House Peters y algunos otros de menor cuantía. Buena película... en su clase.

«HERMANOS GEMELOS»

Del género fantástico o caprichoso con marcadas tendencias a lo fúnebre, ya que desde las primeras escenas quedan suprimidas, fulminadas por la «fatalidad», varias personas, nos presenta a dos gemelos, una especie de Caín y Abel, a un bandido y a un *policeman*, todo lo cual multiplica y enreda hasta agotarse el metraje, que era lo que se trataba de demostrar.

«Y NO PEQUES MÁS»

Es una cinta sentimental, mezcla de amor y de hambre, en la cual destácase, con sobriedad artística ponderable, una simpática pareja: Paulina Storks y Charles Mc Donald. A propósito del mentado título, nos acordamos de que cierto «sesudo» juez yanqui, en un escandaloso proceso por asesinato, absolvió a la culpable — una hermosa y joven *girl* — con las mismas «memorables» palabras: «anda y vete *y no peques más*». No sabemos si la «pecadora», que había matado a su amante (míster Hamond, un rico *busines-man* a quien sacaba mucha plata) cumplió o no el evangélico consejo del magistrado. Lo que sí supimos, por toda la prensa, es que la «sanguinaria» muchacha se vió asediada por empresarios cinematográficos, uno de los cuales le ofreció un contratito por cien mil dólares anuales... ¡Cualquiera «no peca más» con semejante ejemplo!

«LA SEÑORITA VÉRTIGO»

Tenía que ser esa «estrella» errante que responde por Bebe Daniels. ¡Traviesa *girl!* No contenta con su película «real», que consistió en aflojar el volante de su automóvil hasta dar con sus atractivos en la cárcel — reclamo estupendo gracias a la condescendencia de un juez que suspiraba al «condenarla», muriéndose de gusto al tenerla por «vecina» — miss Daniels y sus empresarios aprovecharon tan admirable oportunidad para filmar el «episodio», y hay que confesar que hasta los grandes diarios se tragaron el «paquete» cuando lo del encarcelamiento. Gracia y viveza.

Agnes Ayres y Rodolfo Valentino en una hermosa escena del film Paramount, "The Sheik" o "La cautiva del caudillo moro".

«LA ROSA DEL RASTRO»

Es una producción judía. No asustarse, lectoras *cristianas;* seamos tolerantes, de acuerdo con los tiempos modernos, y sepan ustedes que, sobre todo en Nueva York, todo el mundo es judío... mientras no demuestre lo contrario. Pasan de dos millones los que se albergan en aquella gran urbe. Y digamos más: digamos, por si ustedes no lo sabían, que la gran industria cinematográfica está en las manos de los judíos, gente, por cierto, muy emprendedora. Gladys Walton, la encantadora rubia, protagonista de esta cinta, nos impresiona gratamente con sus tribulaciones por el barrio típico de la judiada, y la gratitud hacia su protector Rubistein la induce a concertar un matrimonio de conveniencia, lo que demuestra, *una vez más*, que la plata y el amor andan siembre a puñetazos.

«EL TESTIMONIO DE UN CIEGO»

Que pudiera ser recusable ante un tribunal, en el celuloide resulta fidedigno, pues ya se las arregla el argumento para «convencernos». Por lo demás, esta producción es muy estimable, sostiene el interés durante todas las escenas y logra desarrollarlas con legítima intensidad dramática. Una excelente película.

«LA AVENTURERA DE MONTECARLO»

Hace juego con *Stanley en Africa*, ambas películas de movimiento, por etapas, con «saltos mortales» mejor o peor justificados, pero entretenidos a juzgar por los primeros carretes desenrollados. Tienen su público, como los folletines de los diarios.

«MERISTA, LA BAILARINA DE LOS BORGIA»

Es una super-producción, tal como debe de entenderse lo de *super*. Por buena, por sobre las ordinarias, así por el asunto como por la presentación; y advertimos esto, que parece perogrullada, porque abundan las super-producciones que no justifican ni el *super* ni siquiera la producción en sí. Asunto histórico... histórico-arreglado a las exigencias de la pantalla, como es natural. Presentación admirable, con verdadero lujo de detalles. Dada su índole, el veneno y el puñal vienen a ser los dos «factores» de estos episodios. Luego el amor, el orgullo y la ambición hacen de las suyas, trenzando escenas tan pasionales como rojas, acaso más rojas que pasionales. Con esta película asistimos, desde un punto de vista moral, a cuadros muy poco edificantes, bien que «refinados» y actuando en un ambiente de «gran mundo», lo que parece atenuar tanto escándalo y tanto crimen... porque — dicen los cínicos, que a veces dicen la verdad *pura* — no es lo mismo, por ejemplo, cometer un crimen «fastuoso» que un crimen «tabernario». Desde el punto de vista «final», las víctimas son víctimas en uno y otro caso; pero el procedimiento varía, la escena difiere. De la «caída» de un moribundo «distinguido», entre opulencias, al «desplome» grotesco de un ciudadano vulgar, entre curiosos callejeros o en la pieza miserable de una pensión, va una diferencia *esencial:* el elemento *artístico*.

Dejando a un lado divagaciones impertinentes — comparar es odioso — digamos que los actores principales que intervienen en esta emocionante película, así las mujeres como los hombres, parecen de verdad «entrenados» en sus grandes miserias. Tal es la excelente caracterización que dan a sus personajes. María Winceszca, en su papel de Merista, la bailarina, nos convence desde luego: es toda pasión, anhelo, juventud, arte...

En fin: con lo dicho queda apuntada la *virtud* de esta *viciosa* película. Ahora que el público juzgue a su modo.

VARIEDADES Y CINES

Ante todo se nos perdonará, por el saludable aviso que implica, una especie de advertencia «realista» acerca de algunos de los mal llamado salones cinematográficos de primera. Se hace indispensable un toque de atencian hacia las condiciones higiénicas, queremos decir antihigiénicas, que prevalecen en los tales. El cronista no culpa a nadie, no quiere culpar a nadie, pero la Sanidad puede tomar cartas en el asunto, que es lo que importa para que el *fantasma* del contagio no nos amenace. En el cine de Callao, durante dos noches consecutivas, advertimos, bajo nuestros pies, abundancia de espesas expectoraciones y también restos de cigarrillos. *Además*, olía a mercado una de esas noches, hasta tal punto que, después de la sala libre de espectadores, el mal olor persistía, y nos fué imposible averiguar si la causa era interna o externa.

En el salón Empire no se tiene en cuenta que el género masculino necesita, con frecuencia de ciertos servicios, porque la jaula subterránea, casi siempre anegada y sucia, despide al visitante o lo pone hecho una lástima, y así por el estilo en otros teatrillos a los que asistimos.

Ahora bien; ¿cómo se las *arreglan*, en otras ciudades del extranjero, para servir el público «pagano» con las comodidades y con la higiene a que tiene derecho? ¿Por qué todos los servicios abundan en ventilación, en limpieza, en puntualidad, etcétera, etcétera? ¿Por qué aquí nunca sabe usted la hora a que comienza el espectáculo, el olor que ha de «predominar» y las «humedades» que han de reblandecer nuestras suelas?

Y si tales deficiencias cualquiera puede advertirlas en tiempo frío ¿qué sucederá en pleno verano, cuando los gérmenes son más propicios?

Asusta pensarlo.

Las exageradas consideraciones que disfrutan los señores microbios en estas salas, por las cuales pululan inmunes y *perfectamente* cultivados, hacen de éstas un campo de experimentación muy poco apetecible.

Y resulta un chusco contrasentido que titulándose casi todos estos espectáculos con nombres ingleses tomados de los magníficos salones neoyorquinos, no los imiten también en el aseo y en la comodidad.

Y basta de cosas desagradables. En cuanto al mundillo escénico «variedades», que esperen hasta la próxima semana. Algunos — y algunas — no perderán nada con que se lleve el diablo nuestros apuntes, porque...

NARCISO ROBLEDAL



ORÍGENES DEL PURA SANGRE INGLÉS

Uno de los motivos de legítimo orgullo que puede sentir el pueblo inglés es, sin duda alguna, el haber sido el creador de esa notabilísima raza de caballos conocida en el mundo entero con el nombre de «pura sangre inglesa», la más apreciada de cuantas existen.

Para llegar a formar este perfecto tipo se necesitó la perseverancia y paciencia del inglés, y la voluntad férrea que pusieron en la selección de ejemplares los soberanos que ocuparon el trono de Inglaterra. A ellos les cabe la gloria de que el pueblo inglés llegara a tener tan selecto ejemplar de caballo.

Las Cruzadas, que tantos beneficios reportaron a Europa, hicieron ver a los ingleses la existencia de una raza caballar de tipo fino, de gran ligereza, que contrastaba con el caballo pesado y tosco de su país. Era aquella la árabe. Hiciéronse ensayos para perpetuar la raza entre ellos, pero el éxito fué negativo. Ni el país, ni el clima, ni la alimentación, eran propicios al fin deseado.

Con Enrique II empieza la serie de soberanos que se ocupan con interés del mejoramiento de la raza caballar. El fué el que primero importó caballos extranjeros. Enrique II fué el precursor de las carreras de caballos. Los sábados, en el mercado de Smithfield, hacía correr a los caballos, que eran montados por mozos de cuadra, llamados «jockeys», y el vencedor obtenía como premio una rebaja en el precio del artículo que iba a comprar. Ricardo Corazón de León (1189-1199) organiza también carreras algo más en serio, siendo éstas las que por primera vez aparecen tratadas en crónicas y romances. Celebrábanse en la Pascua, con una distancia de tres millas y un premio de 40 libras oro. Al mismo tiempo cuidaba de mejorar la raza, importando caballos árabes y españoles, tan estimados entonces.

Juan Sin Tierra funda la primera «parada» real, llevando sementales de Flandes, y Eduardo II importa 30 caballos de la Lombardía. Eduardo III importó de Hainut un semental por el que pagó 25.000 florines, y de España, otros 50, que le costaron 16.500 francos. Ricardo III prohibe emplear para la reproducción animales que no estén en el completo período de crecimiento y que tengan una talla inferior a 1.27 metros.

En tiempos de Enrique VIII (1509-1547) el parlamento declaró por un «bill» impropios para la reproducción los sementales que tuvieran una talla menor de 1.52 m. y las yeguas que no las tuvieran de 1.32. Se prohibió, bajo multa de 625 francos, el dejar pastar o alojar con otros caballos a los que tuvieran alguna enfermedad de la piel. También importó este rey numerosos sementales de España, Turquía e Italia. Bajo su reinado se publicó el primer «bill» sobre carreras, y en su tiempo se fundó Stamford y Chester, en 1512. Según la tradición, en las carreras que en este último hipódromo se celebraban se daba como premio la «Chester Cup» que, a más del dinero, estaba dotada de un gigantesco queso que pesaba más de 100 libras. De esta época y de este hipódromo data la «Saint-George Bell». Consistía este premio en una pelota de lana, adornada de flores y puesta en la punta de una lanza, que se entregaba al vencedor de la carrera. En 1540 se substituyó por una campana de madera, también adornada de flores, y más tarde por una de plata, llamada de «Saint-Georges».

En el reinado de Eduardo VI el parlamento decretó que «toda persona convicta del robo de un semental o de una yegua sería privada de los auxilios de la religión». En tiempos de la reina Isabel (1558-1603), decae bastante la afición a las carreras, para volver a resurgir en toda su brillantez con Jacobo I, al que se le puede considerar como su verdadero fundador. El hipódromo de Newmarket fué hecho por su iniciativa, dando en él las primeras carreras en 1611. Fundó también Gathesley, Croydon y Enfield-Chase, y en su tiempo fué cuando comenzó el pueblo inglés a aficionarse a las carreras con el entusiasmo que aún hoy conserva.


BIZCOCHUELO BAGLEY
BIZCOCHUELO BAGLEY
Lo mejor y más sano...
para tomar con el te, y lo que debe Vd. dar a sus niños con el desayuno, es el delicioso
BIZCOCHUELO
BAGLEY

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajústarse a las *siguientes bases*:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las *soluciones correspondientes*.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Comprimido, por F. Giuntoli (Arroyo Seco)



N.º 2
Comprimido, por F. Giuntoli (Arroyo Seco)



N.º 3
Comprimido, por F. Giuntoli (Arroyo Seco)



N.º 4
Frase comprimida, por «Bertol» (General Pico, F. C. O.)



N.º 5
Doble logogrifo-jeroglífico, por «Bertol» (General Pico, F. C. O.)



4 1 2 3
3 4 2 1

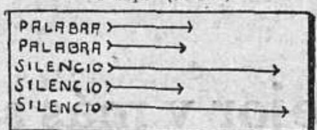
N.º 6
Comprimido, por «Olimpo» (ciudad)



N.º 7
Frase interpretativa, por «Olimpo» (ciudad)

1 PINTA
1 ESCRIBE
1 BARRE
1 HERRA

N.º 8
Frase de Paul Ravnal interpretativa, por «Olimpo» (ciudad)



N.º 9
Comprimido, por «Losalva» (Bahía Blanca)



N.º 10
Frase comprimida, por «Losalva» (Bahía Blanca)



N.º 11
Frase comprimida, por «Losalva» (Bahía Blanca)



N.º 12
Charadístico, por Ignacio Ferrín Blanco (Maipú, F. C. S.)

1.ª y 2.ª	2.ª y 3.ª	4.ª y 3.ª
MEDIDA	ASIENTO DIGNO	ANIMAL
TODO: PARA MUSICOS		

N.º 13
Triángulo numérico, por Ignacio Ferrín Blanco (Maipú, F. C. S.)

1 2 3 4 5 6	Nombre femenino
2 3 4 5 6	Nombre femenino
3 4 5 6	Nombre femenino
4 5 6	Nombre femenino
5 6	Tiempo de verbo
6	Vocal

CONCURSO DE PASATIEMPOS
SEPTIEMBRE de 1922.
CUPON N.º 1250.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

La TOS

es el origen de muchas enfermedades peligrosas.

Cúrelas antes de contraerlas.



Doctor BERGER

BRONQUIOL

del Dr. BERGER

es una preparación que recomiendan los médicos como inmejorable para combatir la **TOS** y todas las enfermedades de las vías respiratorias.

TOMELO Y NOTARA EN SEGUIDA SUS BENEFICOS RESULTADOS.

PRECIO DE VENTA: $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del Dr. Berger,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

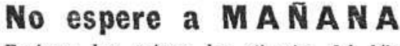
DEPOSITARIO GENERAL: **FARMACIA DEL LEON** - ENRIQUE H. SPINEDI

SARMIENTO 902, ESQ. SUIPACHA **BUENOS AIRES**

CONCURSO MONEDA

(HILO DE COSER)

CABLE LOUIS D'OR 6 FILS 20 FRANCS WF



No espere a MAÑANA

Envíenos hoy mismo las etiquetas del hilo MONEDA que tenga y tome parte en este concurso.

OBSEQUIAMOS a nuestros clientes con importantes premios, entre los cuales hay

50 MAQUINAS DE COSER (SINGER)

Solicite las bases en todas las Tiendas y Mercerías.

SEÑORITA: Vd. sabe que para coser bien se necesita un buen hilo. Si Vd. usa el

hilo MONEDA

no consumirá otro. Su inmejorable calidad produce el mejor rendimiento.

Corre en la máquina y no falla.

Agentes exclusivos:

Segundo FERNANDEZ y Cía.

MAIPU, 40 **BUENOS AIRES**

NOTA: Toda la correspondencia del concurso debe dirigirse así:

CONCURSO MONEDA
Maipú, 40. Buenos Aires

IMPORTANTE:
Nos permitimos recordar al público que el 30 de Noviembre se clausura este concurso.

LO QUE VA DE LA SEMANA

UN APARATITO DIABOLICO

¡Es una gran suerte la mía!... ¡No soy hombre de ciencia y gracias a eso he podido aprender muchas cosas, que diversamente hubiera desechado de antemano como imposibles!

No saben ustedes la ventaja de *mantenerse en la actitud* de un pequeño niño, no estar imbuído por el sentimiento abrumador de la superioridad, la convicción de la propia sabiduría, que muchas veces obliga a ocultar la ignorancia sobre un asunto cualquiera, son una sonrisa o una burla.

Me confieso francamente ignorante; no tengo opiniones preconcebidas, ni prejuicios, y, por lo tanto, me considero eminentemente enseñable, instruíble.

—¡Vaya!... ¡Usted se quiere hacer el modesto!... Hace usted como los que empiezan sus oraciones con las consabidas frases: mi humilde palabra, mi modesta opinión, mis cortos alcances... Y todo para que le digan: —¡Al contrario, si todos sabemos que usted es una lumbrera, una maravilla, un pico de oro!...

Bueno: tomen la cosa como quieran... Yo insisto en mi afirmación y se lo voy a comprobar sobre tablas:

Si alguien les viniera a decir a ustedes: —¿Saben? Llevar una papa en el bolsillo del pantalón preserva de una manera notable de los reumatismos... No solamente cura los reumas... —¿Lo creerían ustedes?

¿Han visto?... No. Pues bien: a mí me lo han dicho. Yo no dije *ni sí ni no*, pero la primera vez que alguien se me quejó de reumatismo le dije, entre... serio y cómico:

—¿Por qué no hacés una cosa?...

—¿Qué cosa?

—No te cuesta nada. Limpiás una papa... Sí, una papa de las comestibles... La limpiás y la llevás contigo en un bolsillo; en la pistolera mejor...

—Pero... ¿qué quieres que haga?

—¡Ahí está!... ¡Qué quieres que haga!... ¿Y los demás remedios te han hecho algo? ¡Nada! ¡Oh, bendito Dios!... Y entonces, como por lo menos este no te cuesta nada, puedes ensayarlo...

Como la receta es muy sencilla, el remedio al alcance de todos los bolsillos, es raro el enfermo que lo emplea, porque razona también de esta manera:

—¡Si fuera cierto los médicos ya me lo habrían indicado!

¡Santa ingenuidad!

No reflexiona el hombre que si llegara el día en que la humanidad estuviera exenta de enfermedades los señores facultativos pasarían la de los rusos y austriacos todos juntos.

Ahora bien: si alguien entre ustedes hubiera pasado delante de un vendedor de aves y leído el papelito que transcribo, ¿a qué no entraba a comprar el aparato de que voy a hablarles?

¡Si me parece verlos!...

Una sonrisita y una reflexión filosófica:

—¡Parece imposible!... ¡En este Buenos Aires todos los días se encuentra la manera de pescar tontos!... No sé como permiten...

Yo he leído y, al contrario, sin esperar un segundo pasé adentro.

Cruzar en toda su extensión un negocio de vendedores de aves produce la impresión de caminar entre una doble hilera de colmenas.

Parece que en el aire flote como una neblina impalpable y en la neblina, más que advertirlos, siente uno la presencia de millones de pequeños seres que suelen domiciliarse entre el plumaje de las gallinas, palomas y aves canoras.

Y debido a eso, instintivamente uno atraviesa el local con cierto apuro, lo mismo que un soldado que sale de una trinchera, para ganar otra más avanzada, a paso redoblado.

El avisito decía:

«Clasificador de huevos. Con «este aparato se puede in«dicar de antemano el «sexo de un huevo que «se echa a la galli«na. Este aparato «indica si el huevo «es útil para empo«llar e indica la «clase del ave a sa«lir, si es macho o «hembra.»

El vendedor de aves no se dignó recibirme con la galantería que emplean los tenderos, y esas palabritas halagadoras:

—¿Qué deseaba el señor?... ¿En qué podemos servir al señor? Pase, señor...

Nada. Siguió limpiando jaulas sin hacerme caso.

—Desearía comprar uno de esos aparatitos para clasificar huevos...

—No sé si quedan más... ¡Tiene suerte!... ¡El último!... Es decir, tengo otro pero lo guardo para mí... Le va a servir para otras cosas más...

—¿Para qué más?...

—¡Ahí tiene la instrucción!...

El aparato consiste en un pequeño cilindro de metal que termina en punta. Adentro del cilindro hay una substancia que se parece a sulfato de cobre y un hilito que sirve para mantener suspendido el cilindro sobre los cuerpos que se desean clasificar. Y eso es todo.

Al salir de la casa de negocio empecé a leer las instrucciones:

«Póngase el huevo encima de una mesa, tómese el «hilo entre los dedos pulgar e índice y póngase el codo «del brazo, fijo, sin moverlo, colocando después el «aparato verticalmente encima del huevo, dejando un «espacio entre aparato y huevo de más o menos 5 «milímetros. Dentro de medio minuto si el huevo «está en condiciones de empollar, el aparato se mo«verá horizontalmente cuando saldrá gallo, descri«birá una circunferencia cuando saldrá gallina y no «realizará movimiento ninguno cuando el huevo no «resulte apto para empollar.»

¡Raro... y curioso!...

Mas como no soy un sabio, no tuve la menor desconfianza. Una vez en mi casa pasé directamente a la cocina y me apoderé de la canasta de los huevos llevándola a mi escritorio donde me encerré con llave.

Bastó eso para despertar una curiosidad aguda en los familiares:

—¿Qué va a hacer usted con eso?

—¡Déjenos ver!...

Los dejé golpear repetidas veces sin contestar palabra y solamente cuando tuve la certidumbre de que el aparatito respondía a la perfección, di pase libre a los curiosos.

—Un instrumento para clasificar los huevos.

—¿Y para qué nos va a servir a nosotros que no tenemos criadero de aves de corral?

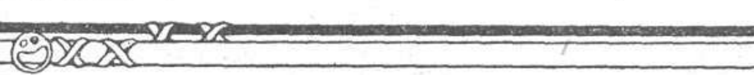
¡Ahí tienen la diferencia entre el idealismo y la práctica de la vida!

Yo, que me siento idealista, estaba gozando por haber podido cerciorarme con mis ojos de una verdad cualquiera, aunque no me diera resultado práctico ninguno. Las mujeres, más positivas en muchos casos, preguntaban:

—¿Para qué sirve eso si no tenemos criadero de aves de corral?

¡Me indigné!

—¡Cómo para qué sirve! Aunque no sirviera en el sentido de preavisar si tendré gallos o gallinas, por lo






menos me será útil para confundir a los sábelotodo, que son legión... ¡Aquí los quiero a los sabios!... Es en estas pavaditas donde quedan humillados los que disponen siempre de una explicación científica.

— ¿Y usted piensa que se trata de algo milagroso?

— ¡Otra que abre el pico porque sí!... Nada de milagros, niña... Milagros no, pero leyes desconocidas sí...

— ¿Y compró el aparato para convencer a los sábelotodo?

— ¡Es inútil!... Con ustedes no se puede... Lo he comprado porque me dió la gana de comprarlo y... ya está...

Me encerré otra vez en mi escritorio para dedicarme a la segunda parte de mis experiencias. Agregaba la instrucción:

« El aparato sirve también para « fines científicos, pues indica el sexo de « cualquier animal, si es grande o chico, « muerto o vivo, así también de la carne cru- « da o cocida, si es de un animal macho o hembra. In- « dica también el sexo del cuero de un par de guantes, « carteras, calzados, etc., etc., lo mismo que de todos « los insectos. »

Bueno.

Prácticamente, por lo menos a mí, no interesa gran cosa conocer el sexo de un par de guantes, de una cartera o de un par de botines. Pero no hay duda que el aparato desde el momento que aumenta el campo de nuestros conocimientos y los facilita, resulta siempre interesante.

Y como de cosa nace cosa, me dije:

— ¿Desde que el pequeño cilindro manifiesta una actitud tan marcada para clasificar los sexos, no será *posible que adivine también, aplicándolo sobre el* revés de una fotografía, si se trata de un retrato de mujer o de hombre?

Un sabio habría rechazado con desdén hasta la hipótesis de semejante posibilidad, pero un hombre francamente ignorante no desecha nada. Ensaya.

Y ensayé, previa otra doble vuelta a la llave de mi pequeño escritorio.

Tengo una colección de fotografías de todos tamaños, que duermen desde meses y años dentro de unos grandes sobres. Fuí a exhumarlas, las barajé como naipes, disponiéndolas de manera que no me fuera posible saber a quien correspondía cada una de ellas.

Luego seguí las instrucciones al pie de la letra, sometiendo los retratos al mismo tratamiento de los huevos.

Podrá parecer increíble, pero el pequeño cilindro inició sus movimientos rectilíneos y circulares lo mismo que si de ahí hubieran tenido que salir gallinas o gallos. Y no se equivocaba.

Es decir, se equivocó una o dos veces cuando yo, algo excitado por el resultado de la experiencia, no daba el tiempo suficiente al aparatito para dirigirse solo.

— No será científico este instrumento, será todo lo empírico que se quiera, pero no hay duda que resulta interesante.

Entonces fué cuando consideré oportuno dar paso a los curiosos y hacerles admirar las hazañas del «clasificador».

Todo el mundo quiso ensayar.

— ¿Y cómo es?

— ¿Cómo será?

— Es que usted lo sabe ya de antemano... Ha visto las fotografías...

— Pero ustedes no las han visto... ¿Y cómo es que clasifica lo mismo cuando lo manejan ustedes?

— Es cierto...

— Será la sugestión...

Esta bendita sugestión está resultando la vía de escape de todos los que no saben o no pueden explicarse algo raro. Los sabios que hasta hace cosa de unos cincuenta años se reían de la sugestión y de los hipnotizadores, hoy día hablan de sugestión a cada momento, pero se olvidan de explicar cómo la sugestión opera y qué trámites sigue para influenciar en el campo físico.

Lo notable del instrumento es que no funciona si se cuelga de una manera diferente de la que enseña la instrucción, lo que haría creer que en la producción del fenómeno pueda y tal vez deba influir directamente la polaridad de la persona.

Durville, de la Universidad de París, hace tiempo que ha comprobado como el cuerpo humano posee una polaridad negativa y positiva, repartida diversamente en sus órganos y como entre la mujer y el hombre se encuentran diferencias muy marcadas por lo que se refiere a la distribución de los polos negativo y positivo.

Pero no quiero meterme en honduras. Dejo a los sabios la explicación de los hechos.

Una cosa solamente creo indispensable hacer saber a los que llegaran a emplear el aparatito aunque fuera en forma de diversión. Tengan mucho cuidado, muchísimo cuidado, porque el instrumento no sabe nada de consideraciones hacia la familia, los parientes, los amigos y... Entre los amigos incluyo también las amigas.

Por consiguiente, los que previo un examen de conciencia sepan que tienen uno que otro pecadillo, los que no están muy seguros de no haber faltado nunca a la fe conyugal y que han tenido la debilidad de guardar retratos de las antiguas o recientes simpatías, no se presten a experiencias de ninguna clase.

Háganse los descreídos... Adopten la actitud altanera y despreciativa de los hombres que no ven en todo eso más que supersticiones de viejas ignorantes.

¡Escúchenme a mí!... Evitarán un papelón...

¡Ese maldito cilindro aplicado sobre la fotografía de una mujer querida pega cada brinco que parece loco!... Da unas vueltas formidables como una calesita a toda marcha.

Y si hay personas de familia presentes, no es posible que no adviertan la mansedumbre del clasificador cuando se trata de mujeres cualesquiera y el alboroto sorprendente cuando señala alguna amiga del corazón.

Quiero dejar constancia del hecho, porque... la ciencia está bien, pero no me gusta ser causa inocente de una ruptura de relaciones entre esposos que han vivido hasta la fecha en la dulce ilusión de una recíproca fidelidad.

En el caso de que no pudieran rehusarse de ninguna manera háganse los inservibles... impriman un movimiento visible a la mano, un temblor a la muñeca, de manera que todo el mundo grite que son tramposos...

¡Escúchenme a mí!... Es una pequeña treta que salvará la paz del hogar.

¡Total, no vale la pena comprometerla por un clasificador de huevos!



MAXIMAS Y REFLEXIONES

SUPERIORIDAD DEL TRABAJO. — Trabaja, crea, produce. Eso queda. Los mordiscos de la envidia, la baba de la maledicencia, pasan. Si alguien, apasionado, les da hoy crédito, la posteridad, más serena, verá claramente la intención impura que los produjo y los despreciará.

En cambio, tu obra positiva será estimada como un bien que si no ha realizado todo lo que se propuso, cuando menos ha hecho posible que otros lo realicen plenamente.

Los nombres de los creadores perduran; los de quienes sólo hicieron obra negativa de difamación y de estorbo para los buenos propósitos ajenos, se olvidan o se recuerdan con asco.

Muchas veces te atacarán con injusticia. Piensa, ante todo, que eso ha ocurrido a muchísimos hombres y seguirá ocurriendo mientras haya humanidad, y que los ataques son tanto más rudos y frecuentes cuanto más te acompañe en la vida el éxito. No es, por tanto, una desgracia que el destino te guarde a ti sólo y por la que debas quejarte de un modo especial.

Si eres un hombre justo y desapasionado, piensa también que ya, con esto, vales más que quien te ataca. Tú no serías capaz de hacer con él lo que él hace contigo, y la opinión imparcial — más poderosa de lo que tú crees — lo apreciará así. Un hombre que dice: «Contestaré al insulto con el insulto, a la calumnia con la calumnia», es tan miserable como aquel de quien pretende defenderse; por lo menos, es indigno de representar el principio de orden y justicia en el mundo, y sobre él no se edificará seguramente la sociedad futura cuyas bases han de ser la verdad y el respeto mutuo. Toda esa ventaja llevas, pues; y con ella, la tranquilidad de tu conciencia, que te asegura la pureza de todos tus actos.

Si te niegan méritos, no te acongojes. Lo probable, diré aún más, lo seguro, es que tú te equivoques en cuanto a la magnitud y a la significación de lo que poseas; pero si tienes alguno efectivamente, mayor o menor, tendrás también la conciencia de él, que te comunicará fuerzas para proseguir, y esa, NO TE LA PUEDEN quitar los juicios ajenos.

Considera igualmente qué clase de opinión es la que te importa estimar como elemento coadyuvante de tu conducta. No desprecies la crítica que de ti hagan; pero mira quién la hace. La de un hombre apasionado, por mucho que sepa de lo que habla, no puede ser guía segura. No estimes más que la de aquellos que tengan competencia para juzgarte y limpieza de intención en ello. Si te dejas arrastrar de otras, ya para perder confianza en ti mismo, ya para gastar el tiempo en rectificarla, no harás más que contribuir a que el malintencionado logre su propósito en lo que más lejos de su acción puede y debe estar. Sé libre hasta en eso.

No te aflijas tampoco mucho de que resten eficacia y acierto a tu labor. Aunque todos — los injustos y los justos — coincidieran en esto, no te aflijas. Lo único que debe preocuparte es si has puesto en tus actos, en tus obras intelectuales y morales, todo el cuidado, todo el esfuerzo, todo el amor que requerían. ¿Ha sido así? Pues nadie tiene derecho a pedirte más, ni tú mismo a ser más exigente contigo. Que su alcance sea menor que el que tú hubieras apetecido, no es culpa tuya, y sólo debe conturbarnos lo que es culpa. Otra cosa sería vanidad, y la vanidad es un estorbo en la vida. Con que hayas contribuído de algún modo al triunfo de la verdad o de la justicia, a la difusión de la cultura, al acrecentamiento del saber, habrás hecho cien veces más que todos los que te critican, entre las cuales serán legión los que nada hayan hecho.

Pero si, además, el juicio de los competentes y de los desapasionados te dice que hay cosas útiles en lo que hiciste; que has sido un buen colaborador en la obra común; que has abierto caminos nuevos, o desbrozado parte de los antiguos; que entre tus errores — ¿quién no los tiene? — hay aciertos y obra aprovechable, sírvate esto de responsabilidad para seguir trabajando más y más y de modesta satisfacción para no desconfiar de ti mismo; pero no te envanezcas por ello, ni creas que has hecho ya bastante.

Y si todo esto considerado no experimentas dentro de ti la serenidad ante los ataques injustos, tiembla por tu obra, la que deseabas hacer, y quéjate de ti mismo, no de los otros.

Rafael Altamira.

Necrología



Señorita Alicia M. Pittaluga. — Capital.

Señora María A. Febre de Ojeda. — Capital.



Señor Francisco Javier Pinto. — Capital.



Señor Jerónimo Piantanida. — Capital.



Señor Nazario Contín. — Capital.



Doctor Pedro Giraldi. — Capital.



Señor Juan Badel. — Morón.



Señor Florencio Rey. — Tapalqué.

ANTEOJOS y LENTES

Para cualquier defecto de la vista.
Exactamente los que su médico receta.



La casa cuenta con talleres de precisión para componer o ajustar anteojos o lentes sin pérdida de tiempo. Los que nos envíen desde el interior son atendidos sin un minuto de demora.

Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO y Cía.

FLORIDA, 240 - Buenos Aires

Suc. Belgrano, Cabildo 1916 - Rosario - Córdoba - Tucumán - La Plata - Mar del Plata.



Evitan toses, resfríos y catarros, y Jarabe DASAC combate eficazmente esas mismas afecciones.

Pastillas, la caja, $ **1.—**
Jarabe, el frasco, » **1.20**

En todas las Farmacias.



Esto lo conseguirá Vd. fácilmente y sin mayor desembolso, si utiliza

COLORANTE
Floriol

De venta en todas las Farmacias.
La pastilla, $ **0.80**

Envíenos $ 0.20 en estampillas y recibirá el interesante libro: "Las enfermedades más comunes".

Unico Depositario:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. Mitre, 2176 — Buenos Aires



El Delfín se muere

El Delfín está enfermo, muy enfermo; el Delfín va a morir. En todos los templos del vasto reino el Santísimo Sacramento está expuesto de día y de noche y cirios gigantescos arden para obtener la curación del regio niño. Las calles de la ciudad permanecen tristes y silenciosas; no se oyen las campanas ni el rumor de los coches; los transeúntes van al paso. Alrededor del palacio los curiosos vecinos contemplan a través de las rejas a los suizos de uniformes vistosos que habitan el palacio dándose aires de importancia.

Todo el palacio está en movimiento. Chambelanes y mayordomos suben y bajan por las escalinatas de mármol. Las galerías están llenas de pajes y cortesanos que visten trajes de seda, y van de grupo en grupo en busca de noticias y hablando en voz baja. En las anchas graderías las damas de honor, llorando, se hacen grandes reverencias secándose los ojos con sus lindos pañuelos bordados.

Más allá hay una numerosa asamblea de médicos que visten el traje profesional. Se les puede ver a través de los cristales, agitando las mangas anchas y negras e inclinando doctoralmente las bien peinadas pelucas. El gobernador y el escudero del Delfín se pasean ante la puerta esperando las decisiones de la Facultad. Dos pinches de cocina pasan por su lado sin saludarles. El escudero reniega como un condenado; el gobernador recita versos de Horacio. Y entretanto allá abajo, hacia las caballerizas, se oye un prolongado y lastimero sonido. Es el alazán del Delfín, olvidado por los palafreneros, que relincha tristemente ante su pesebre vacío.

¿Y el rey? ¿Dónde está Su Majestad el rey? El rey se ha encerrado a solas con su dolor en una habitación situada en un extremo del palacio. Las Majestades no quieren que se las vea llorar. No sucede otro tanto con la reina. Sentada a la cabecera de la cama del Delfín, bañada en lágrimas la hermosa faz, llora a gritos ante todo el mundo como pudiera hacerlo la más miserable pordiosera.

En su lecho de encajes, el Delfín, más blanco que las almohadas en que reposa, descansa con los ojos cerrados. Creen todos que duerme; pero no es así. El Delfín no duerme. Se vuelve hacia su madre, y viendo que llora le dice:

—Reina y señora, ¿por qué lloráis? ¿Creéis acaso que voy a morir?

La reina quiere responder, pero los sollozos le ahogan la voz en la garganta.

—No lloréis, reina y señora; olvidáis de que yo soy el Delfín, y los delfines no pueden morir sin más ni menos.

La reina solloza aun más fuertemente, y el Delfín empieza a asustarse.

—¡Ea — dice, — veo que la muerte vendrá a buscarme; yo le impediré que llegue hasta aquí! ¡Que vengan inmediatamente noventa soldados escogidos entre los más fuertes para montar la guardia alrededor de mi cama! ¡Que cien cañones del mayor calibre velen día y noche al pie de mis ventanas con la mecha encendida! Y ¡ay de la muerte, si se atreve a acercarse hasta mí!

Para complacer al regio niño, la reina hace una señal, y en seguida se oyen los grandes cañones que ruedan por el patio, y cuarenta soldados fornidos, con la partesana en el puño, van a situarse alrededor de la habitación. Son los veteranos viejos de bigotes grises. El Delfín batió palmas al verles. Reconoció a uno de ellos y le llamó:

—¡Lorenés! ¡Lorenés!

El soldado se adelantó hacia el lecho.

—Te quiero mucho, viejecito mío. Enséñame tu sable gigantesco. Si la muerte viene a buscarme la matarás, ¿verdad?

Lorenés respondió:

—Sí, señor...

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus curtidas mejillas.

En aquel momento el capellán se acercó al Delfín, le habló largo tiempo en voz baja y le mostró un crucifijo. El Delfín le escuchó admirado y le interrumpió súbitamente:

—Comprendo muy bien lo que me dice; pero, veamos: mi amigo Beppo ¿no podría morirse en mi lugar dándole mucho dinero?

El capellán continuó hablándole en voz baja, y el Delfín mostró cada vez mayor asombro.

Cuando el capellán hubo terminado, el Delfín repuso, exhalando un gran suspiro:

—Todo lo que me dice es muy triste; pero me consuela pensar que allá arriba en el paraíso estrellado seguiré siendo Delfín.

Y luego añadió, volviéndose hacia su madre:

—¡Que me traigan mis mejores vestidos, mi justillo de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo! Quiero engalanarme para mis hermanos los ángeles y entrar en el Paraíso con mi traje de Delfín.

Por tercera vez el capellán se inclinó hacia el Delfín y le habló largo rato en voz baja. A medio sermón el regio niño interrumpió colérico:

—¿De modo que ser Delfín es no ser nada?

Y sin quererle oír más, el Delfín volvió el rostro a la pared y sollozó, sollozó amargamente...

ALFONSO DAUDET.

DIBUJO DE MACAYA.



Uno de los aspectos del Illimani. Trasportando un bloque de hielo.

"CARAS Y CARETAS" EN BOLIVIA

En las proximidades del Illimani

A pocos kilómetros de la ciudad de La Paz encuéntrase el nevado del Illimani, una de las montañas más elevadas de Bolivia y que mide 7.500 metros de altura.

Muchas y muy importantes expediciones se han organizado con objeto de ascender hasta sus accidentadas cumbres, pero con resultados infructuosos, en razón de ser muy expuesta su ascención, a causa de los ventisqueros y los fuertes ventarrones que ocasionan el deshielo de grandes masas, capaces de sepultar a los más atrevidos excursionistas.

En las poblaciones próximas al Illimani se hallan diseminadas varias propiedades mineras, en las cuales se explota el estaño, la plata, el cobre y el wolfrán, con rendimientos apreciables para sus afortunados propietarios, especialmente el estaño, que existe en gran cantidad, presentándose en vetas reales, en mantos y en bolsones.

Por falta de buenas vías de comunicación no es posible trasladar grandes maquinarias hasta las zonas productoras, limitándose los mineros a pequeñas instalaciones, donde el beneficio de metales se efectúa en pequeña escala y de una manera imperfecta.

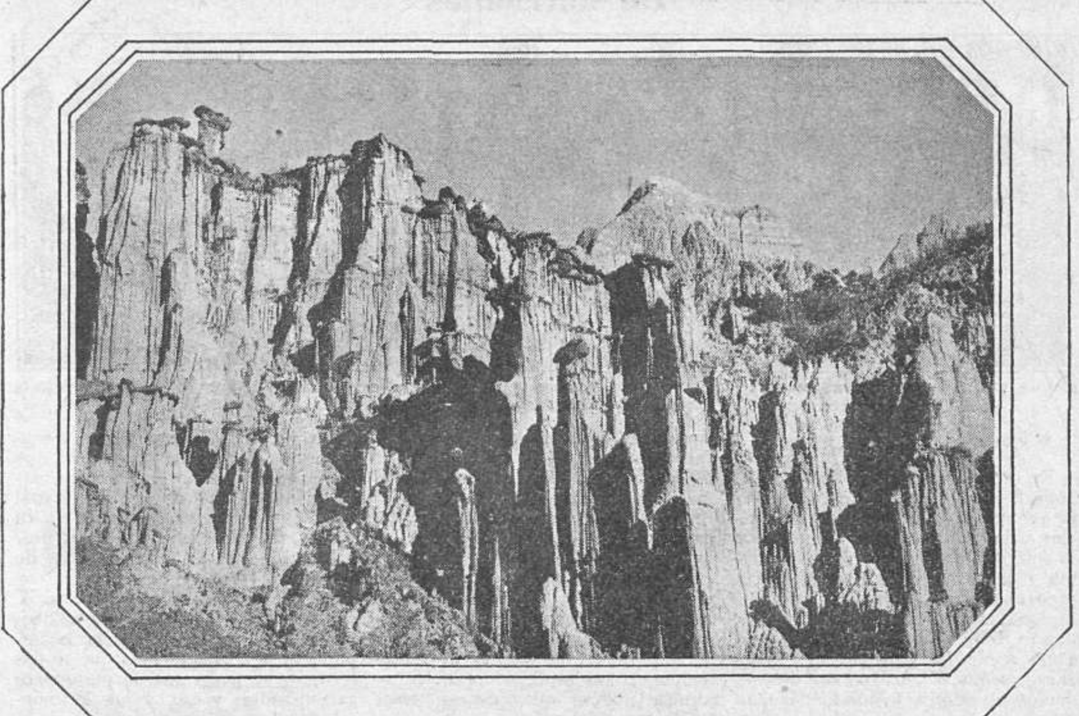
Durante la época de lluvias desaparecen los pequeños caminos, tanto por la creciente de los ríos como por los derrumbes que se producen en las cordilleras, arrastrando enormes bloques de piedra maciza que ocasionan desgracias personales y pérdidas de consideración en los viajeros.

Y además de este peligro, que es una amenaza constante para los habitantes de esas regiones, una densa neblina cubre la superficie de la tierra, especialmente durante las mañanas, a tal extremo que es imposible distinguir un objeto a dos metros de distancia. Un velo obscuro y húmedo envuelve esas montañas, dificultando el tráfico y rodeando de peligros a los trabajadores mineros, que se extravían frecuentemente cuando no se hallan provistos de la brújula, compañera inseparable y salvadora en esas despobladas regiones.

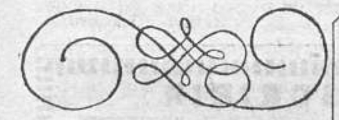
En cambio, durante el invierno y otras épocas determinadas del año, un cielo azul y sin nubes preséntase a los ojos del turista. Las montañas se destacan imponentes y majestuosas, con todo su esplendor. El soberbio Illimani exhibe sus blancas cimas, eternamente cubiertas de nieve, donde el sol refleja sus rayos en matices diversos. Panoramas variados y preciosos se presentan ante las miradas del observador, ya en forma de barrancos o de cuevas profundas, o de caprichosas conformaciones geológicas que semejan enormes fósiles, inaccesibles a la pisada de los hombres.

Y por en medio de esas rocas y de esos enormes bloques de granito, se desliza el agua que se deslíe en las altas cumbres, formando cristalinos arroyos que van a dar nacimiento a pequeños riachuelos, donde el ganado sacia su sed y cuyas orillas pueblan avecillas de variadas especies.

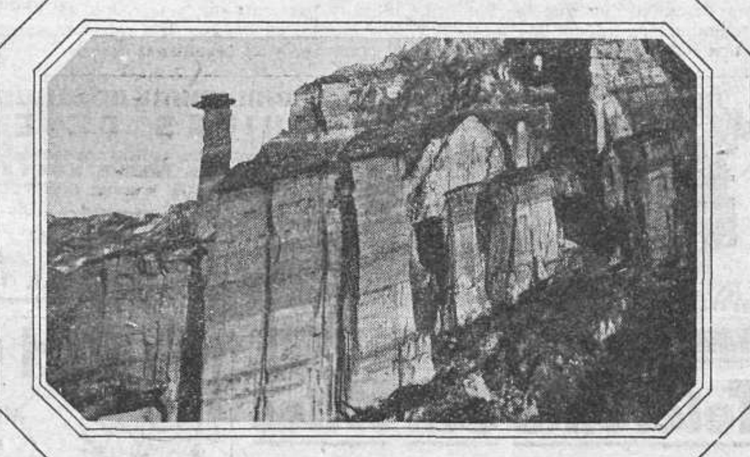
Hace algunos años surgió el proyecto de abrir un camino amplio hasta las faldas del Illimani, a fin de llevar hasta esos



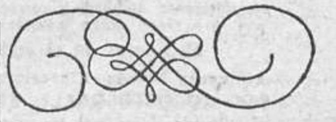
Grandes trozos de pizarra.



parajes los rápidos autos, que, venciendo laderas dilatadas y gradientes más o menos empinados, permitiesen viajes cómodos a los turistas, para contemplar panoramas agrestes y variados, donde la naturaleza se presenta con todos sus encantos y con todas sus deformidades. Desgraciadamente, tan plausible iniciativa, durante la administración del doctor Eliodoro Villazón, ex presi-



Enormes bloques de granito.

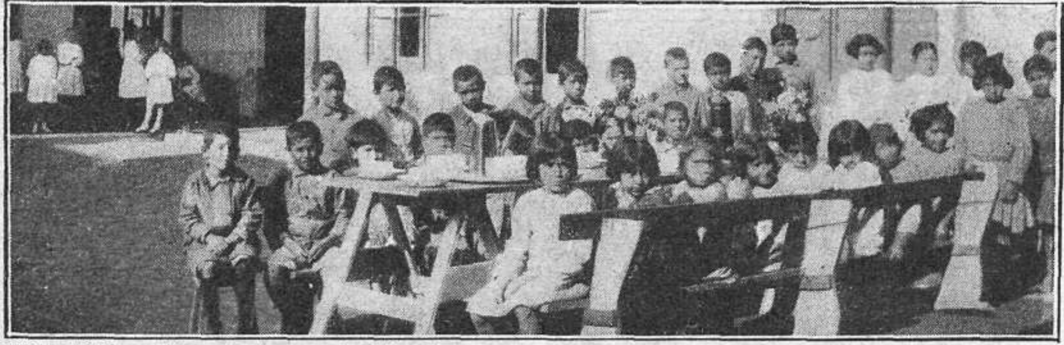


dente de Bolivia, no halló ambiente favorable y no pasó de ser un proyecto un tanto atrevido, cuya ejecución ha quedado rezagada para otros tiempos, y para cuando la situación económica, tan aflictiva por hoy para todas las naciones del mundo, ofrezca mejores perspectivas.

J. CÉSPEDES R.



En las faldas del soberbio nevado.



BELLA VISTA. — Niños pobres tomando el nutritivo desayuno que se les sirve en la escuela superior mixta Pedro Ferré, a cargo de la maestra especial señorita María Reguera.

MÁXIMAS Y REFLEXIONES

EL LIBERALISMO. — Uno de los tópicos más vulgares y corrientes de lo que se llamó «filosofía de la historia» es la afirmación de que, cuando la humanidad abandona un problema y lo sustituye por otro, en sus preocupaciones y disputas, es señal de que el primero se ha agotado, dando de sí todo lo que podía dar. Pero si de las afirmaciones generales, vagas y abstractas, descendemos al estudio concreto de cualquiera de los casos a que se refiere ese tópico, no será difícil hallar que ese AGOTAMIENTO más bien parece una disculpa con que los hombres pretenden justificar la inquietud amiga de novedades y el pronto cansancio de la atención sostenida, tal vez inherentes a la psicología de los pueblos. Gracias a que esa misma inquietud suele llevar de nuevo hacia las cosas abandonadas, y gracias, sobre todo, a que los problemas que responden a necesidades fundamentales de la vida resurgen siempre, por la propia fuerza de su causa, rompiendo la costra indiferente de la mayoría y tomando — a la manera de las formas de adaptación de las especies animales — formas nuevas que parecen traer fondo también nuevo.

Tal sucede con lo que se ha llamado «la bancarrota del liberalismo». Es muy frecuente oir, y leer, que el liberalismo, en cuanto dice relación al concepto y al organismo del Estado, ha cumplido su tiempo y está mandado retirar. La experiencia que de él hemos hecho en un siglo, exprimiéndole todo el jugo que tenía, es bastante para asegurar que no da más de sí y que no resuelve el problema que parecía encargado de resolver. Hay, pues, que buscar cosa nueva, enteramente nueva. Y sin embargo, lo cierto es que el liberalismo no ha logrado todavía imponer a la sociedad más que lo externo de su programa, lo puramente garantizador; y eso, y por lo general, sólo en las leyes, pero no siempre en la vida.

Lo práctico es, pues, volver al liberalismo y hacerle rendir toda su substancia.

Rafael Altamira.



En un rico estuche... todo lo necesario para transformar sus uñas

Comience Vd. hoy mismo a tener esas uñas maravillosamente bonitas que tanto embellecen las manos. Transforme sus uñas en **cinco minutos**, sin trabajo casi y **sin cortar la cutícula**, usando para ello el elegante Estuche



Después de usar **CUTEX Cinco Minutos**, quedará Vd. realmente encantada de haber encontrado al fin un método tan sencillo, tan rápido y agradable para embellecerse las uñas.

Este bonito Estuche contiene todo lo necesario para dar inimitable belleza a sus uñas y exquisita finura y elegancia a sus manos.

En venta en todas las Perfumerías, Farmacias y Tiendas

NORTHAM WARREN Co. — New York, E. U. A.

Unico Concesionario:

E. Herzfeld — Maipú, 533 — Buenos Aires



Lo ves, niña seductora,
cómo fácilmente ahora
rindes muchos corazones
y por tu querer suspiran
los galanes que te miran
y te ofrecen regios dones.

Con "ECLATINE" has logrado
este feliz resultado
que con afán anhelabas.
Usalo siempre y, sumiso,
verás volver de improviso
al novio que tanto amabas.

Cupido.

El perfumado y adherente Polvo "ECLATINE" se vende a **$ 1.80** la caja en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías y en la

CASA ARGENTINA SCHERRER

161. Suipacha, 185 — Buenos Aires

LA NOVEDAD DEL DIA

ANILLO CHINO DE LA BUENA SUERTE



UNA RELIQUIA DE LA VIEJA CHINA.

Marca Registrada

SE AMOLDA A CUALQUIER DEDO.

	Plata 925/1000	Oro 18 kil.
Para caballero, liso....	$ 8.50	$ 60.—
Para caballero, con esmalte..............	„ 10.50	„ 65.—
Para señoritas, señoras y niños, liso........	„ 7.—	„ 35.—
Para señoritas, señoras y niños, esmalte....	„ 9.—	„ 40.—

Las señoritas, señoras y niños, deben enviar la medida del dedo.

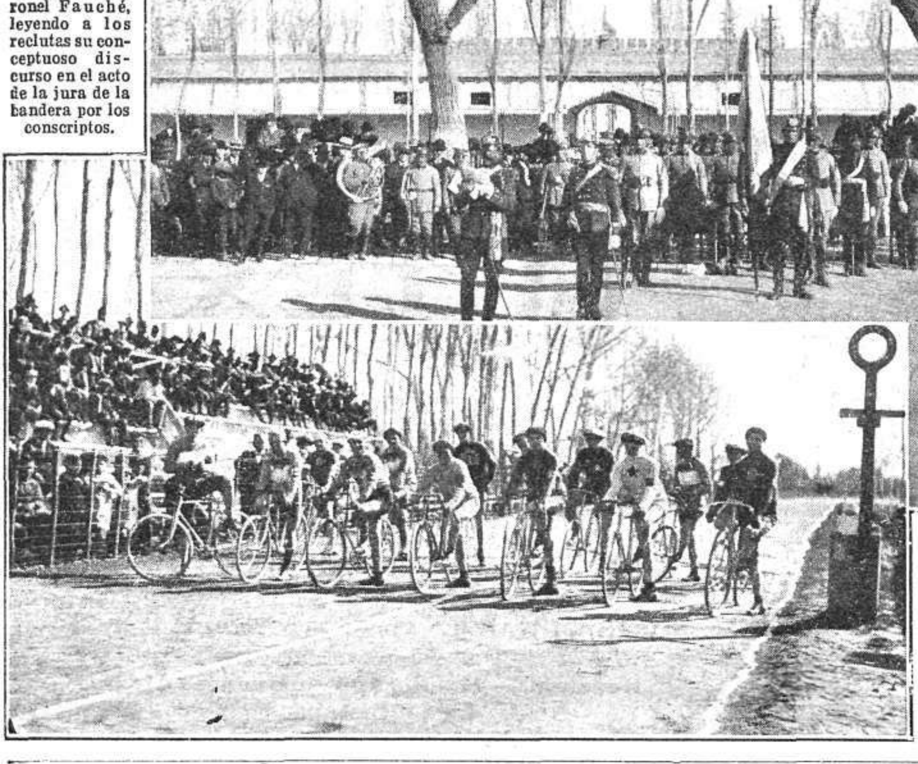
OBSEQUIAMOS a cada comprador con un librito con la historia y manera de usar este maravilloso anillo.

Unicos y exclusivos introductores:

Sociedad General de Relojes y Alhajas

Bmé. MITRE, 1085 — BUENOS AIRES

El teniente coronel Fauché, leyendo a los reclutas su conceptuoso discurso en el acto de la jura de la bandera por los conscriptos.



Salida de 14 corredores del velódromo de San Rafael en la carrera de los cien kilómetros, campeonato mendocino. Resultó vencedor Cosme Saavedra.

CAMPO

EN PRIMAVERA



ACAMOS nuestro carnet, pero... ¡no estampemos hoy una sola reflexión triste, y menos aún una idea que nos inquiete! En medio de la naturaleza, más que pensar, deseamos sentir.

Deseamos sentir — ¡y sentimos! — porque el día es benigno, tibio y encalmado.

A ratos esplende y a ratos se oculta el sol; cuando vuelve a surgir, tras una nube acerada, los gallos le saludan con sus clarines, que atraviesan el aire primaveral como una saeta.

Brota de la tierra un ardiente perfume, como el que exhalarían las carnes húmedas de una hembra prolífica. En pocas semanas los campos, achicharrados por los hielos invernales, se alegraron ciñéndose una veste esmeralda que adornan, aquí y allá, las rositas esféricas, los lirios cimarrones, las margaritas rojas y azules, los macachines frágiles, los cardos pomposos y decorativos como un capricho de pintor.

Los arbolitos de hojas caducas se han llenado de brotes y los eucaliptos tienen hojas menudas y lumínicas, cual un encaje de metal. Por todas partes la música de los pájaros borrachos de primavera: son jilgueros que pasan en alegres bandadas errabundas; tordos negros como una conciencia de mercader; teruteros estridentes; lechuzas fatídicas; carpinteros que esgrimen junto a un palo viejo sus lenguas inflexibles y penetradoras como taladros...

El alma se extasía ante la paz rumorosa de los campos, y se siente pájaro y árbol y flor... Y vemos, aleccionante ese árbol, que tiene raíces bien adentradas en la tierra: única manera de erigir una copa rumorosa en el aire, con lo que es posible soñar en los espacios azules...

EN VERANO

Del cielo, muy claro, baja un vaho ardiente que empaña las lejanías. En la estancia, con su color verde oliva, se recorta la vasta sábana de los potreros pelados, mientras amarillean los campos de invernada, con altas pasturas que ondulan áureas como las mieses en el trigal.

Se alza cálido el mugido de las vacas. Y el toro, de cogote poderoso y lomo bizarro, escarba el suelo reseco, echándose los calientes terrones sobre las ancas. Es la época en que madura todo: los frutos en la chacra y el instinto genésico de los animales.

Allá lejos, sobre el rastrojo áureo, en horas, se han alzado las torres triunfales de las parvas. Más lejos aún humea el motor de la trilladora gigantesca que precipita por su vientre el preciado grano, en tanto arroja con desdén — ese desdén que tienen hombres y máquinas para todas las cosas inservibles — las brazadas de paja.

El sol ardoroso evaporó cien aguadas superficiales, y las vacas flacas que entraron sedientas en el estero de la costa se empantanan y no pueden salir. Y a tiempo que ellas agonizan, nuevas vidas empiezan a agitar las entrañas de las vacas pingües.

Es el verano. Es la época de la madurez, del contraste, de la vida plena y de la muerte.

Junto al avenal amarillo, el verde lujurioso de los maizales que empiezan a crecer; junto a los rijosos toros inagotables, las pobres vacas viejas, exhaustas por la maternidad.

Llueve poco. Y cuando llueve no es a gusto de todos. El que empajera o trilla, se irrita; pero el que mediando enero aún no sembró todo su maíz, bendice al ser omnipotente que ablanda con agua la tierra para que los arados metan su reja viril, que abre una obscura estela madorosa, húmeda y propicia

como un sexo. En ocasiones, como si sobre los campos pesara una maldición bíblica, las nubes se obstinan en no dar agua y la sequía culmina. Las reses, entonces, sucumben por millares bajo el cielo impasible desde donde vomita su cólera un sol de fuego.

Y en el aire cálido, los cuervos revolotean como un augurio ominoso, en tanto las carnizas abrasadas semejan bronces bruñidos que un dios destrozón ha tirado sobre la tierra...

EN OTOÑO

El campo, a esa hora encantada en que la plata mística de las estrellas atenúa su brillo, nos parece admirable, todo calma deleitosa, todo perfume ingenuo. La fresca brisa llega cantando hasta las casas, y al mecer las copas de los pinos, les arranca un murmullo musical, y al toparse con las copas desmelenadas de los paraísos, les anuncia que ha entrado ya el otoño.

Algunas hojas, que se adivinan amarillas, caen con el trágico abandono de un niño desvalido, o aun mejor: con la extenuación de un anciano. Y sus hermanas, las hojas verdes, dicen algo litúrgico mientras se vuelca funeral el claror de la luna.

Luego las hojas verdes olvidan. Olvidan y ríen egoístas. Ríen porque el otoño uruguayo está lejos de ser una estación inclemente. Ahora los amaneceres son triunfales, las mañanas fragantes, los mediodías deslumbradores, las tardes tibias y las noches — ¡todo plata en el cielo! — encalmadas, benignas...

No hay locas ventolinas como en la primavera, ni esas sequías inquietantes que duran a veces todo un verano. El ancho lomo de los novillos tiene el lustre de la grasa inminente y, amenguado su ardor, las vacas miran con ojos dulces la figura vigorosa del toro que dió una palpitación nueva a sus entrañas. Los carneros, de andar suelto y gentil, olisquean incansables la grupa de las ovejas. Los gallos saludan el amanecer con una larga clarinada y luego persiguen a las gallinas con la saña sangrienta que les da el amor...

Los árboles de hoja perenne tienen un rebrotar jocundo y los pastos crecen tan a prisa que, por las noches, se oye el crepitar prolífico de las raíces hinchadas que revientan bajo la tierra.

El otoño es la vida. Y en las mañanas límpidas una brisa sutil, hecha optimismo, entra en el corazón de los hombres sanos que «sienten» la naturaleza.

EN INVIERNO

Obscurecido, los peones llegan a las casas de la estancia. Llueve y las centellas ponen su serpentina flamígera en el horizonte fosco. Hay truenos secos, que parecen sacudir los cimientos de viejos edificios.

Dentro de las casas no se siente «el rigor», pero a la mañana siguiente, cuando la peonada sale al campo, el frío entumece las piernas. Para entrar en calor se ponen al trote los caballos. El pasto, ralo y mojado, produce ese ruido característico de las esponjas en el baño.

Hay nubes bajas y negras; los bañados semejan lagunas; las cañadas, arroyos; los arroyos, ríos dilatados... Van de aquí para allá, inquietas y arrecidas las ovejas; las cachirlas dan saltos menudos; gritan desapacibles los teruteros. Vacas de cuero áspero lamen los terneritos que acaban de nacer.

De pronto el sol raja las nubes con sus espadas de oro. La luz del astro brilla tenue, tan tenue que el paisaje parece alumbrado por un alto y gigantesco arco voltaico. En las aguas hay como un reflejo eléctrico. El cuadro se torna irreal. La visión es de ensueño.

Luego frío viento del sud arrambla con las nubes. Deslumbra el sol, pero enfría el aire. Los novillos, que hace cuatro meses retozaban lustrosos, ahora enseñan el duro esqueleto, bajo el pelo erizado, en los campos abiertos. Murieron corderitos recién nacidos y las madres, balando macilentas, olfatean los cadáveres. Avanza un jinete por el amplio potrero. El sol, apenas tibio, vuelca la gracia de su luz alquimista que transforma en oro el agua de las lagunas. Un padrillo relincha ardiente a lo lejos. Y los recentales se quejan como niños débiles que fueran a morir.

VICENTE A. SALAVERRI

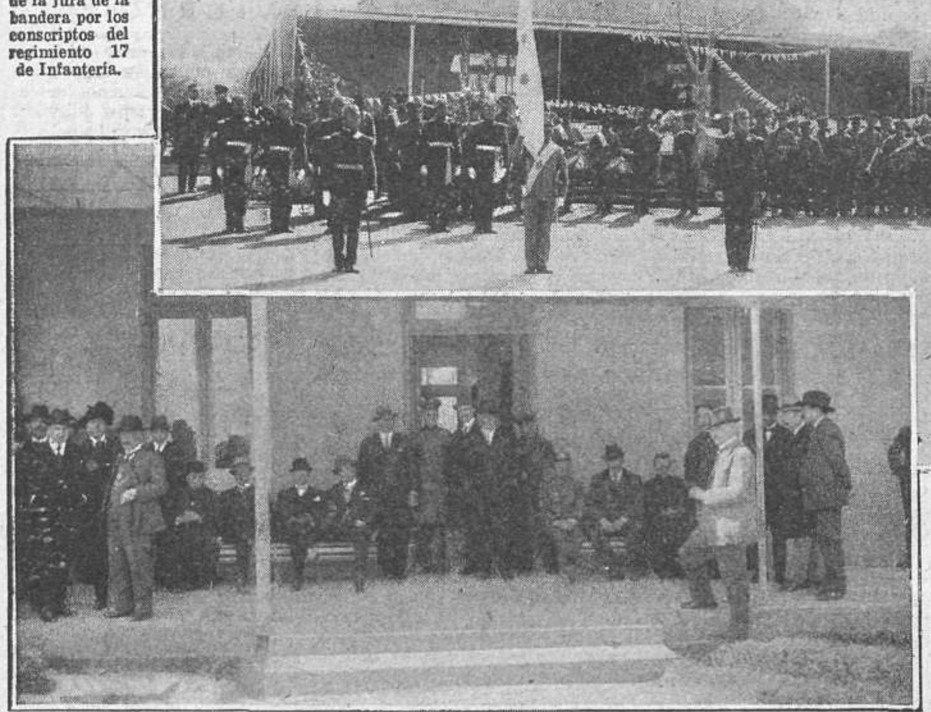


Una voz, desde arriba. — ¡Cielos! ¿Qué va a pasar?
La mucama. — ¡Oh! Nada, señora; ya pasó.

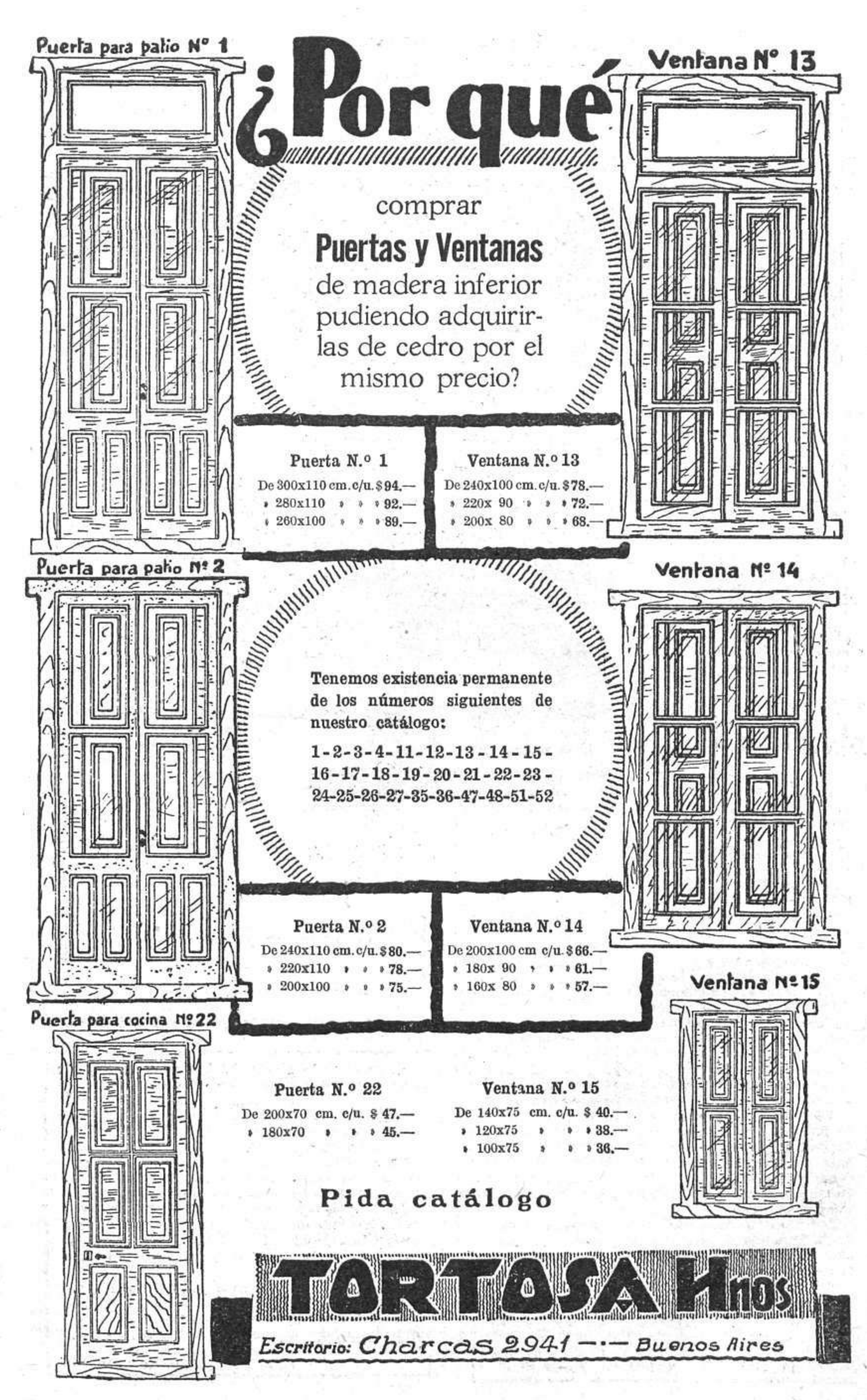


El mozo distraído.

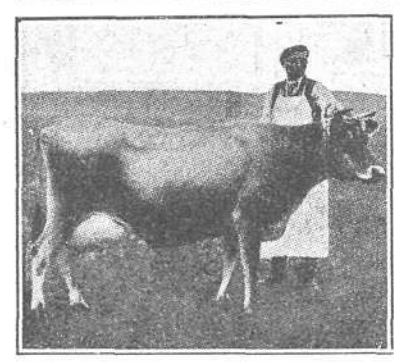
Solemne acto de la jura de la bandera por los conscriptos del regimiento 17 de Infantería.



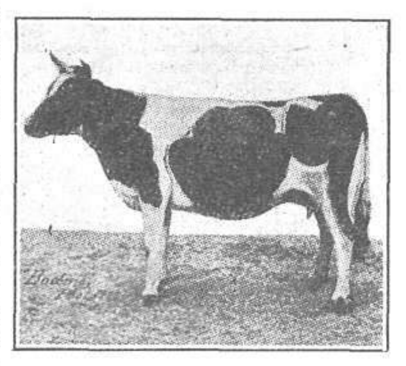
Parte de la concurrencia que presenció el acto de la jura de la bandera en el cuartel del regimiento 17.


Puerta para patio Nº 1
¿Por qué
comprar
Puertas y Ventanas
de madera inferior
pudiendo adquirir-
las de cedro por el
mismo precio?
Ventana Nº 13
Puerta N.º 1
De 300x110 cm. c/u. $ 94.—
» 280x110 » » » 92.—
» 260x100 » » » 89.—
Ventana N.º 13
De 240x100 cm. c/u. $ 78.—
» 220x 90 » » » 72.—
» 200x 80 » » » 68.—
Puerta para patio Nº 2
Ventana Nº 14
Tenemos existencia permanente
de los números siguientes de
nuestro catálogo:
1-2-3-4-11-12-13-14-15-
16-17-18-19-20-21-22-23-
24-25-26-27-35-36-47-48-51-52
Puerta N.º 2
De 240x110 cm. c/u. $ 80.—
» 220x110 » » » 78.—
» 200x100 » » » 75.—
Ventana N.º 14
De 200x100 cm c/u. $ 66.—
» 180x 90 » » » 61.—
» 160x 80 » » » 57.—
Ventana Nº 15
Puerta para cocina Nº 22
Puerta N.º 22
De 200x70 cm. c/u. $ 47.—
» 180x70 » » » 45.—
Ventana N.º 15
De 140x75 cm. c/u. $ 40.—
» 120x75 » » » 38.—
» 100x75 » » » 36.—
Pida catálogo
TORTOSA Hnos
Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

GANADERIA — PEQUEÑAS VACAS LECHERAS



Vaca de raza Jersey ("Lottie").

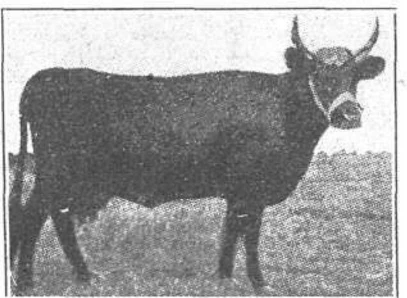


Vaca de raza Bretona (overa negra).

Al indicar como necesaria la transformación de nuestra ganadería bovina, cuya especialización en la producción de carnes de consumo de un tipo único es la causa principal de la crisis ganadera actual, en una ganadería productora de leche y sus derivados, de carnes y de fuerza motriz a un tiempo, tal como la necesita desde ya nuestro país para satisfacer en todo momento sus propias necesidades y tener un sobrante de productos negociables en todos los mercados consumidores, he señalado el empleo de toros de las *razas lecheras de gran tamaño* como elemento esencial para conseguir que esa transformación sea rápida, eficaz y duradera.

Esto no implica decir que las *razas lecheras de pequeño tamaño* no tengan una aplicación útil en determinados campos, y hasta más ventajosa que la de aquellas en determinadas circunstancias; cuando, por ejemplo, la alimentación es pobre y escasa o cuando la producción de gordura de leche para la fabricación de manteca es el objeto especial y casi único de la explotación.

Esas vacas en miniatura, prototipo de la belleza bovina para los cultores del arte pictórico y escultórico, que han dado fama universal a las pequeñas islas *Jersey* y *Guernesey* de las costas normandas, esas vacas cuyo peso es insignificante y cuyas carnes son tal vez menos abundantes que las de un capón de raza mejorada, p o s e e n la facultad, aumentada por una constante y metódica selección, de transformar en gordura de leche una cantidad enorme de alimento, desproporcionada con su tamaño



Vaca de raza Kerry ("Hardwick Flora").

Mientras el porcentaje de gordura en la leche de las demás vacas es generalmente de 3 ½ por ciento, en aquellas de la Jersey pasa siempre de 4 y alcanza a menudo 5 %. La *Bretona* del oeste de Francia, de tamaño insignificante, y la *Ayr* de Escocia, no mucho mayor que aquélla, son excelentes lecheras para poblar planicies alternativamente expuestas a los más opuestos rigores del tiempo y con escasos recursos alimenticios, que ellas saben aprovechar como ninguna otra.

En la quinta, en el parque y hasta en los patios de la casa de campo, la diminuta *Kerry* de Irlanda, enana de la especie bovina, ocupará poco más lugar que una oveja o una cabra y no será raro verla producir 10, 12 y más litros de leche gorda al día. Resistente y enérgica, ágil y a propósito para trepar las laderas, es irremplazable para poblar de ganado vacuno útil las sierras y quebradas en las que hasta ahora sólo se han criado cabras y ovejas chilludas.

Para todos nuestros climas, para todos nuestros suelos, en todas sus altitudes, existen razas de animales domésticos útiles. Hagamos, pues, ganadería regional.

COMO SE PROPAGA EL GRANO MALO (CARBUNCLO)

Las gravísimas acometidas que del carbunclo ha soportado nuestra ganadería, en los años próximos pasados, deben servirnos de prevención e incitarnos a tomar, ahora que se acerca la época de los grandes calores, todas las medidas a nuestro alcance para prevenir la reaparición y detener la propagación del mal apenas se le llegue a observar.

El exceso de existencia de ganados y su general desvalorización podrían ser motivos para que más de un hacendado desista de practicar la necesaria vacunación preventiva apenas se presente un período de temperatura templada en la primavera, para mal propio y de sus vecinos. La vigilancia debe, pues, ser de todos contra todos. Un descuido en este sentido podría acarrear consecuencias desastrosas para nuestra ganadería.

Veánse si no cuantos medios de propagación tiene a su favor el terrible mal por la fácil diseminación del *bacilus anthracis* o bacteria carbunclosa, que lo mismo hace presa en los vacunos, los lanares y los equinos, como en los caprinos y porcinos, aunque con menor frecuencia en éstos, no perdonando tampoco ocasión de infectar al hombre.

Los casos iniciales de carbunclo parecen proceder de la *ingestión de los pastos infectados* allí donde se abandonaron en el campo reses carbunclosas, o pastos y tierras impregnadas de sus residuos, o en los que cayeron deyecciones de animales enfermos.

Luego de aparecida la enfermedad se encargan los *insectos chupadores*, tábanos y otras sabandijas, de andar inoculando a los animales sanos los gérmenes del mal adheridos a sus lancetas, patas, alas, etc. Pero la diseminación más importante del mal se produce por el transporte sobre los pastos de las bacterias carbunclosas por los *animales a quienes se ha dejado comer carne de animales muertos del grano malo.*

Los gérmenes del carbunclo no son destruídos en el tubo digestivo del *perro*, encontrándoselo en las materias fecales del mismo 6 días después de haber sido ingeridos.

En las del *cerdo* todavía aparecen a los cinco días, y en las del gato a los cuatro.

La *gallina* elimina esos esporos a las 48 horas de haber ingerido carne o materias carbunclosas.

En cuanto a las *moscas* que se han nutrido de productos infectados, su cuerpo, patas y excrementos están plagados de *bacilus anthracis.*

Hasta las *aves de rapiña*, los vulgares caranchos y chimangos, los gavilanes, etc., los transportan en sus patas, su pico y especialmente en la enorme cantidad de materias vomitadas que siembran en el campo cuando encuentran extraordinaria abundancia de animales muertos en que hartarse.

De los EE. UU. de Norte América se comunicó, hace pocos años, haberse observado lo mismo en los buitres denominados «Cathartes auro» y «Catharista atrata».

Ante todo vacúnese a tiempo con vacuna doble. Destrúyase absolutamente por el fuego todo animal muerto de enfermedad sospechosa, así como los pastos y las tierras que hayan tenido contacto con él. Ténganse encerrados los perros, los cerdos y las aves durante la época de los grandes calores. No se beneficie nunca los cueros de esa epidemia.

El carbunclo ataca fácilmente al hombre, pero es curable cuando se consigue a tiempo la asistencia médica.

LUIS E. GRIMAUD,
Ing. Agrón.

AGRICULTURA: CULTIVO DE LA ARVEJA

Queremos señalar a la atención de los agricultores otro cultivo que no ocupa la extensión que merece, y que, sin embargo, tiene su importancia relativa, por su explotación remuneradora y por su mercado de consumo seguro; nos referimos a la arveja, que ocupa apenas algunos miles de hectáreas y de la que se ha importado en ciertos años hasta dos millones de kilogramos entre en grano y pelada, cuando no hay rincón de la república donde no se pueda cultivar útilmente.

Numerosas son las variedades que suelen cultivarse, y entre las de enrame, de grano liso para desgranar, anotamos: Príncipe Alberto, Ojo negro, Carubea de Génova y Duque d'Albany; entre las medio enanas: Gloria de los mercados, Rusia, Viena; entre las enanas: Blue Peters y Dwarf Champion; entre las de grano arrugado y azucarado: Maravilla de América, enana; y de las sin hebra o cometodo: Delicia temprana y 40 días. Para grandes cultivos son preferibles las primeras, las de grano liso y para desgranar; en huertas pequeñas, son buenas las dulces, arrugadas y cometodo.

En toda tierra, sana, fresca y profunda viene bien la arveja, aunque prefiere las que sean un poco arcillosas y fértiles.

Con dos aradas y sus rastreadas correspondientes se puede preparar suficientemente el suelo para la siembra, que se efectúa desde febrero hasta septiembre; las siembras de otoño son las más indicadas para zonas templadas y para obtener producciones precoces y tempranas; en zonas frías debe sembrarse a fines de invierno y en primavera, aunque la arveja sufre más por el calor excesivo que por el frío.

La siembra se hace en líneas, a surco corrido, a distancia de 60 centímetros para las variedades enanas y de 80 centímetros o más para las de gran desarrollo, quedando la semilla de 5 a 8 centímetros de profundidad, empleando de 70 a 80 kilogramos por hectárea.

Las carpidas frecuentes son necesarias para tener limpio el terreno de las malezas, y algunos suelen también aporcar a las arvejas; a las variedades que lo requieran, hay que darles tutor de ramas o cañas; las enanas o medio enanas no lo necesitan.

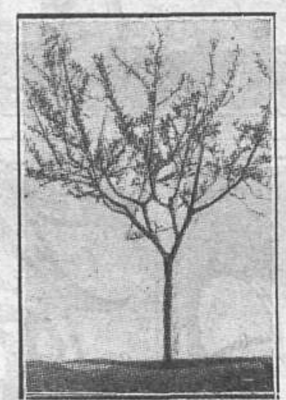
Las arvejas para consumo en estado verde se recogen a medida que se van formando y generalmente de mañana; para su grano seco se cosechan un poco antes de que maduren del todo para evitar el desgrane; la cosecha se efectúa con guadaña, haciendo pequeños montones que a los pocos días, cuando estén bien secos los tallos y las vainas, se emparvan y luego se trillan con yeguas o trilladoras especiales para leguminosas.

De una hectárea se puede obtener de 3 a 4.000 kilogramos de chauchas verdes; o de 1.500 a 2.500 kilogramos de granos secos; los tallos sirven para alimento de animales vacunos.

FRUTICULTURA: LA PODA DEL DURAZNERO

Siendo la forma más conveniente para este frutal la de medio viento, y sabiendo que estas plantas soportan mal la poda, que origina la «gomosis» y su rápido agotamiento, se limitarán los cortes a los más indispensables apenas en las ramas leñosas, prefiriendo más bien la poda en verde que opera sobre los gajos tiernos desde los primeros años.

Una vez plantados los arbolitos, de un año desde el injerto, para formar un medio viento a vaso, en diciembre se corta el tronco a 80 centímetros de altura, dejando las tres ramas más próximas a la extremidad, cuidando de elegir las más fuertes y simétricas, que deben servir para formar la copa. En invierno del año siguiente, esto es del segundo, no se poda la planta, e iniciada la primavera, teniendo los brotes 10 a 15 centímetros de largo, se cortan las tres ramas a 25 o 30 centímetros, y dejando a cada una dos brotes laterales, de los mejores y mejor situados y suprimiendo los demás, tendremos 6 ramas que empiezan ya a formar el vaso o cubilete. Al tercer año, durante el invierno solamente se suprimen los chupones y ramas secas, y a principio de primavera se cortan las ramas del año anterior a 30 centímetros de su inserción, dejándole solamente dos brotes laterales, bien situados, con lo que tendremos 12 ramas bien distribuídas y de largo, proporciones y dirección bastante uniformes, que constituirán una copa regular y simétrica.



Duraznero a medio viento.

Entrada la planta en producción, la poda durante el invierno principalmente ha de evitar la cargazón en la extremidad de las ramas, manteniendo la fructificación en la parte baja de las mismas, lo que se consigue con la supresión de las ramas que han producido y recorte y preparación de las que van a producir el año venidero.

Despuntando moderadamente en primavera y verano los brotes fructíferos y las ramas después de la fructificación, se prepara gradualmente la planta para reducir los cortes invernales a su mínimo posible.

FLORICULTURA: EL PELARGONIO O MALVON

Una de las plantas de jardín más comúnmente conocidas es sin duda el geranio o pelargonio o malvón; pero aun así es siempre apreciado por su fácil cultivo, por la exuberancia de su vegetación, por la brillantez y variedad de sus flores y por su adaptación a toda clase de ambiente, ya sea en jardín abierto, en terrazas, balcones, ventanas, etc.

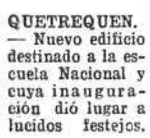
Aunque no requiere tierra especial, prefiere sin embargo las sueltas, mezcladas con mantillo y arena; se multiplica por gajo o esqueje, que se planta en verano o principios de otoño, en tierra muy suelta y bien drenada en el fondo con carbonilla o arena; una vez arraigados los gajos, se trasplantan en macetas, se despuntan a 8 ó 10 centímetros de altura y se ubican en lugar reparado para que no sufran de las heladas o fríos excesivos durante el invierno; no necesitan mucho calor, ni muchos riegos y sí en cambio luz y aire; llegada la primavera se trasplantan en plena tierra, o macetas o cajones, despuntando las primeras flores para que adquieran mayor desarrollo y vigor; y en fin, en verano, pasado el período de floración activa, se podan y con los gajos cortados se preparan nuevas multiplicaciones para el próximo año.

Hay muchas especies de pelargonios que cuentan numerosas variedades; son las principales: pelargonio *capitatum* o malvarrosa o malvacedrón, cultivado por el aroma de sus hojas que se destilan para perfumería; pelargonio *grandiflorum*, de flores grandes y lindas, de gran desarrollo y que florece en primavera solamente; pelargonio *inquinans*, muy rústico, cultivable en plena tierra y cuyas numerosas variedades florecen durante todo el año; pelargonio *zonale*, por sus hojas que tienen una zona o faja concéntrica de color más obscuro o blanco o amarillo o rojizo, con flores simples y dobles, de todos colores, y pelargonio *peltatura*, de hojas lustrosas, parecidas a las de hiedra, de gran desarrollo, con ramas rastreras y colgantes, muy adecuado para suspensiones, canastillas o adorno de grutas, ventanas, balcones, balaustradas, etc.; sus flores tienen todos los matices, desde el blanco hasta el rojo vivo.

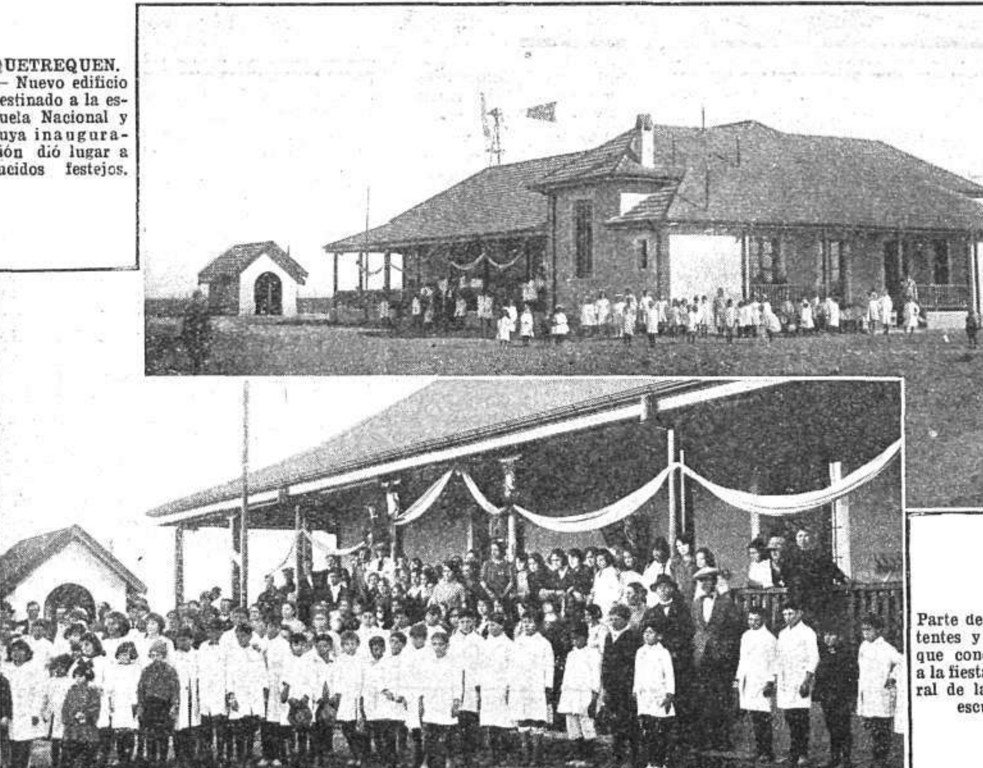
HUGO MIATELLO,

Ing. Agrón.

De Territorios



QUETREQUEN. — Nuevo edificio destinado a la escuela Nacional y cuya inauguración dió lugar a lucidos festejos.



Parte de los asistentes y alumnos que concurrieron a la fiesta inaugural de la nueva escuela.





Comentarios

Muy bien alumbrados,
están los salones, de gente colmados,
y dos caballeros que vemos allí
un poco apartados,
dialogan así:
— Di, en nombre del cielo,
¿qué tienes, Elpidio? Pareces de hielo.
Y Elpidio contesta:
— ¡Palabra de honor!
El frac de Marcelo
me inspira terror.



Un poco fastidiado,
grita un opositor exagerado:
— El señor presidente
es como un cataclismo exactamente.
Aplasta, hunde, derrumba,
y, después de volverle a uno tarumba,
exclama el cataclismo:
«Estoy muy satisfecho de mí mismo».



— Mírela bien. Aunque es vieja
no teme a ningún nacido,
y el automóvil maneja
y maneja a su marido.

Creyendo que estar cerca le conviene
de Alvear, se acerca a Alvear lo más campante,
cierto tipo que tiene
una cara más dura que el diamante.
— ¿Qué tal? ¿Cómo le ha ido? —
pregunta el perdulario. —
¿No me recuerda usted? Yo siempre he sido
su correligionario.
— ¿Pero, usted — dice el otro con sorpresa —
no era conservador?
— ¿Yo? ¡Buena es esa!
¿No ve que no conservo ni el bigote?
¿No ve que me he afeitado hasta el cogote?

— Vi a Joaquín el otro día.
¡Qué escena conmovedora!
Sabe tanta anatomía
patológica que, ahora,
está loco de alegría.
Llambías que, con razón,
hoy no cabe en el pellejo
va a entregarse, con fruición,
a la autopsia del Consejo
Nacional de Educación.



Se ocupan, con desdén ciertos autores
de ciertas *pesadísimas autoras*
¡Qué rabia dan las malas escritoras!
Sobre todo a los malos escritores.

Un quinielero decía:
— Quinielas, comisaría.
Comisaría, quinielas.
Sólo en *algunas novelas*
hay tanta monotonía.

— Salinas se irá pobre.
¿Qué hará en tal situación?
— Dar conferencias sobre
la regeneración.



Las damas del Asilo de Gotosos
necesitan dinero. ¡Es natural!
Y esperan, a los hombres dadivosos,
sacarles un platal.
Una de Salaberry se acordó
e iba a anotar su nombre en un papel,
y otra con esta frase lo impidió:
— ¿Pedirle plata a Salaberry? ¡No!
Nos la va a pedir él.

El gato del ministerio
de Agricultura es un gato
tan prudente como serio.
Ese gato, un largo rato
a Rodríguez contempló.
Y de pronto le hizo:
— ¡Fú!
Lo cual significa:
— Yo
voy a durar más que tú.

MONOS DE REDONDO.

Correo sin estampilla.

L. M. B. — Buenos Aires. —
¡Qué cantidad de papel
ha logrado emborronar!
No hay duda, su cuento es el
cuento de nunca acabar.

R. — Buenos Aires. —
No es usted ni genial, ni sorprendente,
ni ingenuo, ni profundo;
hace usted, simplemente,
versos como los que hace todo el mundo.

Patotero. — Buenos Aires. —
Es vulgar, macarrónico y huero
y no tiene ni pizca de humor.
¿No le basta con ser «Patotero»?
¿A qué viene meterse a escritor?

Garúa. — Buenos Aires. —
Si entre muchas sobresale
en calidad de humorada,
como novela, no vale
absolutamente nada.

J. I. A. — Buenos Aires. —
«Rey y reina en marcha están,
pues saben que Capablanca
al moverlos tiene un plan.
Ya el caballo vuelve el anca.
Ya hace el tambor ¡rataplán!»
¿Pero cree usted, hombre extraordinario,
que para jugar al ajedrez es imprescindible
tocar el tambor?

D. J. V. — Buenos Aires. —
Es inútil que usted nos pregunte
esas cosas bastante escabrosas.
No podemos llevarle el apunte.
No podemos hablar de esas cosas.

Amancio. — Buenos Aires. —
«Amancio»: lo tuyo, por ñoño, por rancio,
por ser un gazpacho de cuentos manidos,
produce cansancio.
Nosotros, al menos, estamos rendidos
con esas vejeces que envías, «Amancio».

J. M. Ll. — Buenos Aires. —
«Hagamos como Elisa,
que se dedica a envejecer sin prisa».
Nadie se va oponer, a buen seguro.
¡Qué llegue a los tres siglos sin apuro!

I. M. E. — Buenos Aires. —
Con un mal gusto feroz
larga usted, en su trabajo,
una metáfora atroz,
digna de un escarabajo.

A. A. A. — Buenos Aires. —
¿Que quiere probar suerte?
¿Y que otra vez intenta
escribir algo y que, quizás, acierte?
Eso quiere decir que no escarmienta.

P. M. S. — Buenos Aires. —
Vas siempre junto a los mismos
hondos y negros abismos
y no caes y te descrismas.
¡Escultor de silogismos!
¡Arquitecto de sofismas!